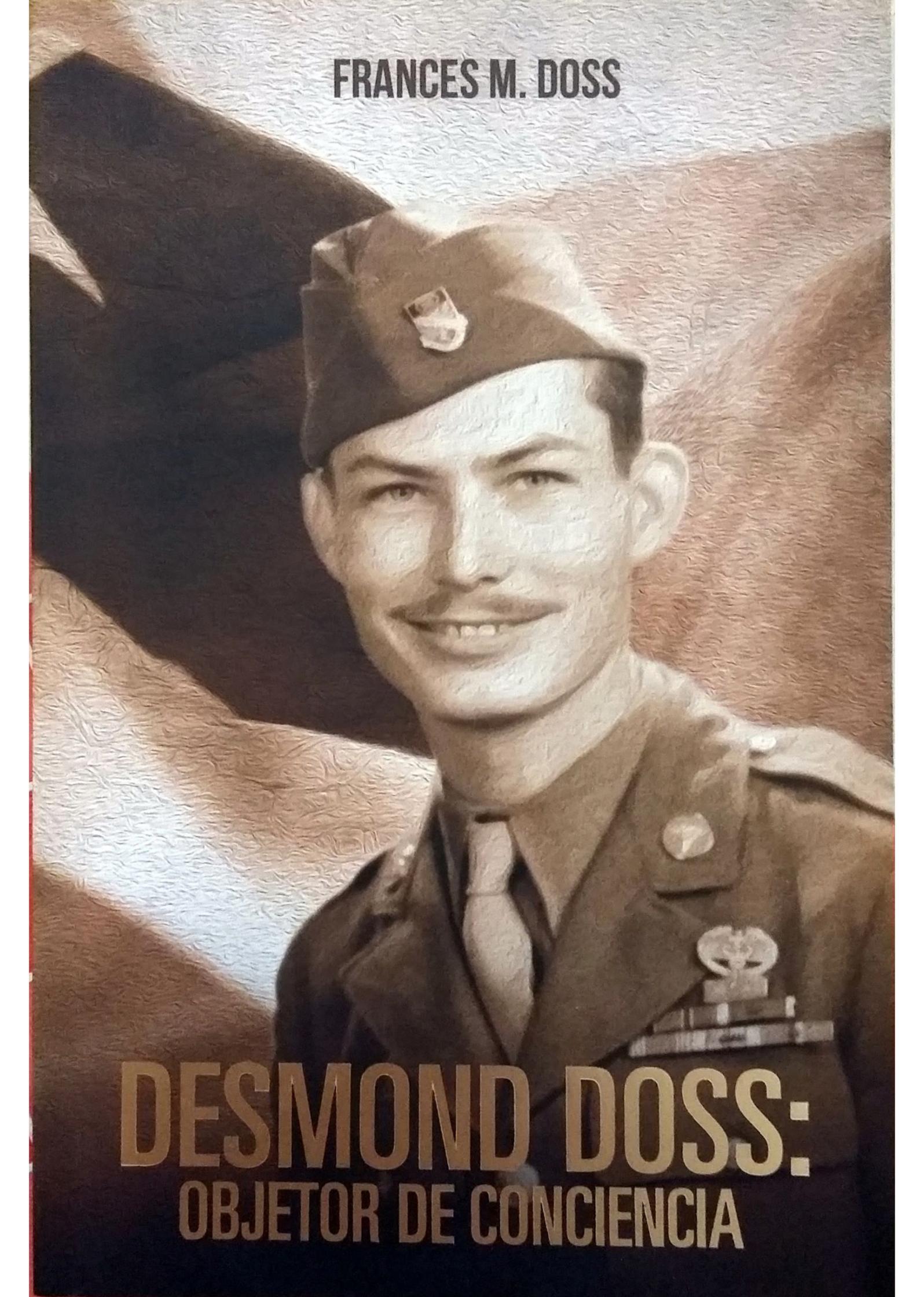


FRANCES M. DOSS



DESMOND DOSS:
OBJETOR DE CONCIENCIA

DESMOND DOSS

OBJETOR DE CONCIENCIA

La historia de un héroe inesperado

FRANCES M. DOSS



Asociación
Casa Editora
Sudamericana

Gral. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, República Argentina

DESMOND DOSS. Objeto de conciencia
Frances Doss

Título del original: *DESMOND DOSS. Conscientious Objector*. Pacific Press Publishing Association, Boise, ID, E.U.A., 2005.

Dirección: Gabriela S. Pepe
Traducción: Rolando A. Itin
Diseño del interior: Romina Genski
Diseño de tapa: Carlos Schefer
Ilustración del interior: Archivos ACES
Ilustración de tapa: Pacific Press

Libro de edición argentina
IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición
MMXVI – 4,5M

Es propiedad. © 2005 Pacific Press Publishing Association.
© 2016 ACES.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-701-478-5

Doss, Frances
Desmond Doss. Objeto de conciencia / Frances Doss / Dirigido
por Gabriela S. Pepe. – 1ª ed. – Florida : Asociación Casa Editora
Sudamericana, 2016.
183 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Rolando A. Itin.

ISBN 978-987-701-478-5

1. Biografía. I. Pepe, Gabriela S., dir. II. Itin, Rolando A., trad. III. Título.
CDD 920

Se terminó de imprimir el 14 de abril de 2016 en talleres propios
(Gral. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto,
imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya
sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso
previo del editor.

DEDICATORIA

*Por cuanto la madre de Desmond
significó tanto para él,
deseo dedicar este libro
a la memoria de Bertha Doss.*

*Y por cuanto mi propia madre
siempre significó mucho para mí,
también deseo dedicar este libro
a la memoria de Gertrude Sherman.*

Con aprecio,
Frances Doss



*El presidente de los Estados Unidos,
en nombre del Congreso,
tiene el placer de presentar
la Medalla de Honor a:*

DOSS, DESMOND T.

Rango y organización: Soldado de primera clase, Ejército de EE.UU., Destacamento Médico, 307º Infantería, 77ª División de Infantería. **Lugar y fecha:** Cerca de Urasoe Mura, Okinawa, Islas Ryukyu, 29 de abril a 21 de mayo de 1945. **Ingresó al servicio en:** Lynchburg, Va. **Nació:** Lynchburg, Va. **O.G. N.º** 97, 1º de noviembre de 1945.

Mención: El soldado Doss era un ayudante de compañía cuando el 1º Batallón asaltó un áspero acantilado de 120 metros de altura. Cuando nuestras tropas llegaron a la cumbre, una fuerte concentración de fuego de artillería, morteros y ametralladoras los atacó, lo que generó unas 75 bajas e hizo retroceder a los demás. El soldado Doss rehusó buscar cobertura, y permaneció en el área barrida por el fuego con los muchos heridos, llevándolos uno por uno al borde del acantilado y bajándolos allí con camillas sostenidas por sogas por el acantilado a manos amigas. El 2 de mayo, se expuso al nutrido fuego de rifles y morteros, y rescató a un hombre herido a 180 metros por delante de las líneas del mismo acantilado; y dos días más tarde, trató a cuatro hombres que habían quedado asilados mientras asaltaban una cueva fuertemente defendida, avanzando en medio de una lluvia de granadas hasta dentro de 6,5 metros de las fuerzas enemigas en la boca de la cueva, donde vendó las heridas de sus camaradas antes de hacer cuatro viajes separados bajo el fuego, para evacuarlos a un lugar seguro. El 5 de mayo, sin vacilar, afrontó el fuego enemigo de armas pequeñas para ayudar a un oficial de arti-

lleva. Aplicó vendajes, llevó a su paciente a un lugar que ofrecía protección de las pequeñas armas de fuego, y mientras los proyectiles de artillería y de morteros caían cerca de ellos, le administró plasma. Más tarde el mismo día, cuando un estadounidense fue gravemente herido por fuego desde una caverna, el soldado Doss se arrastró hasta donde él había caído, a 7,5 metros de la posición enemiga, prestó ayuda y lo llevó 80 metros a un lugar seguro, mientras estaba continuamente expuesto al fuego enemigo. El 21 de mayo, en un ataque nocturno sobre terreno elevado cerca de Shuri, permaneció en territorio expuesto mientras el resto de su compañía se refugió, arriesgándose sin temor a la posibilidad de que lo tomaran por un japonés infiltrado, y ayudando a los heridos hasta que él mismo fue seriamente herido en las piernas por la explosión de una granada. En vez de llamar a otro auxiliar por ayuda en su refugio, atendió sus propias heridas y esperó 5 horas antes de que los camilleros lo alcanzaran y comenzaran a llevarlo a lugar seguro. El trío fue sorprendido por un ataque de tanques, y el soldado Doss, viendo a hombres heridos más graves que él, se bajó de la camilla y ordenó a los camilleros que atendieran primero a los otros hombres. Esperando el regreso de los camilleros, fue herido nuevamente, y esta vez sufrió una fractura compuesta de un brazo. Con magnífica fortaleza, se ató un fusil para inmovilizar su brazo y se arrastró 250 metros sobre terreno abrupto hasta el puesto sanitario. Por medio de su notable valentía y decisión intrépida frente a condiciones desesperadamente peligrosas, el soldado Doss salvó la vida de muchos soldados. Su nombre llegó a ser un símbolo en toda la 77ª División de Infantería, por su notable valor por encima y más allá del llamado del deber.

12 de octubre de 1945.

LA CASA BLANCA.

Por Harry Truman.

COSAS FAVORITAS DE DESMOND

Texto bíblico:

“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas” (Prov. 3:5, 6).

Saludo:

“Dios te bendiga”.

Dichos:

“Lo que no vale la pena hacer bien, no vale la pena hacerlo”.

“No es tanto lo que sabes, sino lo que haces con lo que sabes”.



PREFACIO

Apreciado lector:

La razón por la que pedí a Frances, mi fiel esposa, que escribiera este libro es que ella, más que ninguna otra persona, conoce las experiencias que Dios me dio y sabe mi deseo de mantenerme estrictamente fiel a los datos, hasta donde sea posible.

Mi principal interés es animarlos, queridos lectores, a elegir dedicar sus vidas al Señor, y a estar listos para encontrarse con él en su pronto regreso.

Dios escribió los Diez Mandamientos sobre tablas de piedra con su propio dedo. Dijo que su Ley era perfecta y que no se debía añadir ni sacar nada de ella. Hemos de ser juzgados por esta Ley de libertad, de modo que el aceptarla o rechazarla es cuestión de vida o muerte.

Frances y yo hemos dedicado nuestras vidas a Cristo, y le hemos dado el primer lugar en nuestros corazones. Como resultado, él nos ha dado un amor más grande el uno por el otro del que alguna vez pensamos que fuera posible, y nunca hemos sido más felices.

Sinceramente, su hermano en Cristo,

Desmond T. Doss, CMH.

CONTENIDO

1. Recuerdos - I	10
2. Recuerdos - II.....	20
3. Recuerdos - III	27
4. Recuerdos - IV.....	32
5. Recuerdos - V	40
6. ¡Guerra!.....	46
7. Dorothy	50
8. "Ahora estás en el Ejército"	59
9. Entrenamiento básico	65
10. Campanas de bodas.....	72
11. Fort Jackson y puntos al oeste	80
12. Puntos al este otra vez, y al combate.....	91
13. Guam y Leyte	100
14. Okinawa.....	111
15. Otra vez en casa	123
16. Camp Doss.....	131
17. Sordera e implante coclear.....	138
18. Tragedia.....	147
19. Felicidad otra vez	151
20. Otra vez en Okinawa.....	161
21. Cáncer	167



CAPÍTULO 1

RECUERDOS — I

El soldado solitario estaba apoyado en la barandilla del transporte naval, mirando el océano. Una luna hermosa colgaba del cielo occidental, y su estela brillaba sobre el agua. El soldado estaba en un barco que llevaba tropas y había salido de Hawaii, donde la 77ª División de Infantería del Ejército de los Estados Unidos había estado en adiestramiento en la selva. Transcurría la Segunda Guerra Mundial; los soldados sabían que estaban en el Océano Pacífico, navegando hacia el oeste; sin embargo, para ellos, su destino era secreto.

Algunos otros soldados deambulaban por la cubierta, que estaba oscurecida para evitar que cualquier luz permitiera que los detectaran barcos enemigos y enviaran explosivos en dirección a ellos. Sin embargo, a Desmond le parecía que era el único en la cubierta y se sentía solitario. Sus pensamientos volvieron al hogar y sus amados: sus padres, su hermano y su hermana; y Dorothy, su bella esposa de hacía dos años. La echaba de menos, y recordaba sus últimos momentos con ella antes de que zarparan. ¿Cuándo volvería a verla? ¿La vería otra vez? El pensamiento era tan doloroso, que trató de dirigir su mente en otra dirección.



“Este es un cuadro hermoso. ¿Quién hace una oferta?” preguntaba el rematador al tomar otro cuadro de la pila. “¿Qué

me ofrecen?” repitió. “Diez centavos. Tengo diez centavos. ¿Quién ofrece veinte? Muy bien, señor Brown. Gracias. Tengo veinte centavos. ¿Alguien da cincuenta? Vale mucho más. Es un cuadro hermoso. Cincuenta centavos. ¿Quién da 75?” El rematador miró a su alrededor. “Allí tengo 75. ¿Quién da ochenta?” Esperó unos segundos y gritó: “75, 75, 75. ¿Alguien da ochenta? ¿No? Se va, se va... Se fue a 75 centavos a ese hombre de allí”.

–Oh, señor Doss. Consiguió una ganga, señor Doss.

El señor Thomas Doss tomó el cuadro en sus manos, lo miró y se preguntó por qué había hecho una oferta por una ilustración del Padrenuestro y de los Diez Mandamientos. Tenía que admitir que era un cuadro hermoso, pero ¿para qué lo quería?

BUENO..., murmuró para sí, *Bertha probablemente querrá colgarlo en la sala.*

Él había ido a la casa de remates para encontrar algún mueble y otros elementos para su hogar. No hacía mucho que Thomas y Bertha estaban casados, y estaban tratando de amueblar su casita sin gastar mucho dinero.

Por supuesto, esto había ocurrido muchos años antes de que Desmond Doss hubiera nacido, pero había escuchado el relato del incidente muchas veces. Además, hasta ese momento, ese cuadro todavía estaba colgado en la pared de la sala de la casita en la Avenida Easley. Desde que era un muchachito, Desmond miró el cuadro muchas veces. En realidad, mamá Doss a veces deseaba que él no estuviera tan interesado en el cuadro; no porque ella no quisiera que lo mirara, sino porque él siempre arrastraba una silla desde la cocina hasta la sala y se paraba sobre ella para poder ver mejor el cuadro.

Una vez, la mamá le dijo:

–Desmond, por favor, lleva la silla a la cocina. Te digo que esa silla se está gastando, de tanto tiempo que estás parado encima.

Sin embargo, Desmond se daba cuenta de que ella no estaba enojada con él.

Parado sobre cubierta, en medio del Océano Pacífico, y pensando en su vida desde la niñez, se dio cuenta, una vez más, de cuánto había influido en él ese cuadro. El sexto Mandamien-

to: “No matarás”, estaba ilustrado con un cuadro de Caín con un garrote en la mano, parado sobre el cuerpo muerto de su hermano Abel, después de haberlo matado. Desmond se había preguntado muchas veces cómo puede un hermano hacer tal cosa. Le causaba mucho horror matar a cualquier ser vivo; y estaba seguro de que había sido el cuadro lo que lo había hecho decidir ser un soldado paramédico, a fin de salvar vidas, en lugar de quitarlas. Podía imaginarse a Jesús, que le decía: “Desmond, si tú me amas, no matarás, sino salvarás vidas, como si yo estuviera en tu lugar. Sigue mi ejemplo”.



Sus pensamientos siguieron vagando. Su querida mamá siempre llevaba a sus tres hijos a la Escuela Sabática y al culto de adoración. Primero, empujó el cochecito de Audrey; más tarde, mientras Audrey caminaba junto a su madre, Desmond ocupó el cochecito. Luego, Harold iba en el cochecito, mientras los dos niños mayores saltaban alegremente junto a su madre.

–¡Desmond, Harold! ¡Es tiempo de estudiar la lección de la Escuela Sabática!

Audrey ya tenía su pequeña Biblia, lista para abrirla, y los muchachos pronto se unían a ella y a su madre. Esto llegó a ser un hábito para ellos. Desmond recordó que, cuando fue enrolado en el Ejército, acababa de recibir su cinta de honor de ocho años por haber asistido a la Escuela Sabática cada semana, llegar a tiempo y haber estudiado la lección siete veces: una vez cada día durante la semana.

Otro recuerdo era haber asistido a la pequeña escuela de iglesia que estaba detrás de la iglesia, en la Avenida Park. Cada alumno de la escuela actuaba como conserje. La maestra asignaba a cada uno algunas tareas de limpieza, turnando las asignaciones de tiempo en tiempo para que los niños no se aburrieran. Desmond recordaba bien una tarea que se le había asignado: limpiar el pizarrón y sacudir los borradores.

Ahora, ese pizarrón está bien, pensó para sí mismo. Llevo los borradores y los sacudo, y entonces puedo irme a casa. Entonces, se le ocurrió una idea. Conocía suficiente acerca de los borradores

como para saber que si los restregaba uno con el otro parecerían limpios, y no lo harían toser con ese polvo que se pegaba en la garganta. Además, le llevaría menos tiempo. Así que, Desmond restregó los borradores, los llevó de nuevo adentro y los puso en su lugar. Parecían limpios, pero estaban llenos de polvo de tiza.

La sabia maestra, Nell Ketterman, se acercó al pizarrón justo cuando Desmond dejaba los borradores. Ella tomó dos de ellos y los golpeó juntos. Ustedes saben lo que pasó: ¡el polvo VOLÓ! Entonces, dijo algo que Desmond nunca olvidó: “Desmond, lo que no vale la pena hacer bien, no vale la pena hacerlo”.

Desmond salió y limpió los borradores, esta vez adecuadamente. Sin embargo, lo que ella le había dicho le quedó grabado para toda la vida. Muchas veces, esa frase volvió a su memoria mientras crecía y después, cuando estaba en el Ejército. Y muchas veces decidió hacer el trabajo bien la primera vez.

Poco después de eso, Nell Ketterman se fue a China como misionera. A medida que Desmond crecía, pensó que le gustaría ser misionero en algún lugar remoto, así como su maestra favorita. Y en ese momento, en el barco lleno de soldados, no se dio cuenta de que tenía la oportunidad de ser un misionero en las islas a las que se dirigía –con gastos pagados por “el Tío Sam”– porque, a veces, atendería a los isleños así como a los soldados.



Su pensamiento esa noche fue el modo en que Dios lo había cuidado. Desmond parecía propenso a tener accidentes y, a veces, su madre se preguntaba cómo había logrado “sobrevivir” durante su infancia. A decir verdad, desde el ventajoso punto de vista de sus 25 años, él también se hacía a veces la misma pregunta.

–Desmond, necesito algo de leche; si no, no tendremos para el desayuno –dijo mamá Doss, un día–. Corre hasta la casa de la tía Ella y trae un litro, por favor.

La tía Ella tenía una huerta y una vaca; y muy generosamente compartía sus productos y la leche con sus familiares durante la época de la Depresión. Por eso, Desmond tenía que ir a la casa de la tía Ella por leche.

Él podía recordar la conversación que generalmente mantenía con su tía.

-¿Un litro será suficiente, Desmond? -preguntaba ella.

-Eso es lo que me pidió mamá que llevara -respondía él.

-Muy bien.

Y la tía Ella volcaba la leche en la botella de litro que Desmond había traído (en ese entonces, la leche venía en botellas de vidrio).

-Gracias, tía Ella -decía Desmond-. Y ya estaba en camino, después de prometer que saludaría a su madre en nombre de la tía Ella.

Sin embargo, ese día en particular, Desmond nunca llegó hasta la casa de la tía. Por el camino, debía cruzar una calle empedrada, que era mejor que una calle de barro, pero muy despareja. Se tropezó con una de las piedras y se cayó. Él no quería que la botella que llevaba se rompiera, de modo que trató de mantenerla en alto mientras caía. No funcionó. ¡La botella se rompió!

Los vecinos oyeron un grito, y salieron para ver quién se había lastimado. Entonces, alguien corrió para contárselo a su madre. La mamá salió corriendo y encontró a Desmond tirado en la calle.

-Desmond, querido, ¿qué te has hecho?

Le llevó solo un segundo notar que su mano izquierda tenía una herida muy fea. Ella volvió corriendo a la casa y regresó con una toalla para envolver la mano. Uno de los vecinos se ofreció a usar su automóvil para llevar a Desmond al hospital de Lynchburg, a lo que hoy llamaríamos la sala de emergencias.

El médico trabajó intensamente en los cortes en la mano y le hizo algunos puntos.

-Señora Doss, hice lo mejor que pude, pero me temo que su muchacho nunca podrá usar su mano otra vez. Con ese tendón y los músculos cortados... -el médico no terminó la oración.

Así que, Desmond fue llevado a casa, con esa terrible predicción pendiendo sobre su cabeza, y también sobre la cabeza de su amante, pero triste, madre. Ella no podía soportar no hacer nada, así que, tan pronto como la mano de Desmond comenzó a sanar y ya no dolía demasiado al tocarla, ella comenzó a trabajar con sus dedos, hacia arriba y hacia abajo, estirándolos cuanto podía.

-¡Ouch, mamá, eso duele!

–Sí, hijo, lo sé. Pero queremos darle a esa mano todas las posibilidades de sanar. A ver si puedes mover esos dedos tú mismo, cuando no estoy por aquí para hacértelo. Y, Desmond, oremos para que Dios sane tu mano, ¿no te parece?

Ella ya había estado orado sobre el tema, pero ahora lo hacían ambos, y aún más fervientemente.

–Mamá, ven, quiero mostrarte algo –llamó Desmond mientras su madre entraba por la puerta unos días más tarde, al volver de su trabajo en la fábrica de zapatos.

–Sí, Desmond, ¿qué quieres?

Cuando la madre llegó adonde él estaba, él levantó su mano izquierda... ¡y movió un poco su dedo índice!

–¡Desmond, es maravilloso! ¡Puedes mover el dedo! –exclamó la madre. No había dudas de lo contenta y feliz que estaba por lo que sucedía-. Oremos ahora mismo, para agradecer a Dios por ayudarte con tu mano.

Desmond inclinó su cabeza, mientras la madre agradecía a Dios por esa bendición maravillosa. Con el tiempo, su mano se sanó, y aunque no se veía tan bien como la derecha podía usarla, y estaba contento.



Mientras estaba parado sobre cubierta esa noche, Desmond recordó otra experiencia en la que Dios lo había bendecido de una manera muy especial.

Estaba jugando en la calle con los niños del vecindario, y corrían de aquí para allá sobre un muro de piedra. Desmond se resbaló y, al caer, se peló una rodilla. ¡Cómo dolía!

–Me voy a casa –dijo a los otros.

Oh, duele, se dijo a sí mismo cuando miró su rodilla esa noche. Sin embargo, no contó nada, porque estaba seguro de que se sanaría y él no quería que su madre se preocupara por tan poca cosa como una rodilla raspada. Trató de no cojear y consiguió ocultar el dolor a su familia... por un par de días. La tercera mañana, no podía salir de la cama.

La mamá tenía que ir a trabajar a la fábrica de zapatos y siempre salía temprano. Una señora vecina, a la que los niños llama-

ban tía Jenny, venía, los ayudaba a levantarse, les daba el desayuno y los enviaba a la escuela. Esa mañana, le dijo a Desmond que era tiempo de levantarse, pero unos minutos más tarde notó que todavía estaba en cama. Así que, fue a investigar.

Lo encontró quejándose y sosteniéndose la rodilla. Aun con su falta de experiencia médica, se dio cuenta, al mirarla, de que la rodilla estaba muy mal herida: estaba enrojecida y caliente, y unas líneas de color rojo fuerte muy feas sobresalían de la lastimadura, lo que indicaba envenenamiento de la sangre. Esta vecina llamó a la señora Doss a la fábrica de zapatos y le pidió que viniera a la casa, explicando un poco la situación de Desmond.

-Desmond, ¿por qué no me dijiste nada? -le preguntó la madre cuando vio la rodilla.

-Pensé que se sanaría y estaría bien; no quería preocuparte.

Mamá Doss pensó para sí que habría sido mejor haberse preocupado un par de días antes que esperar hasta ahora. Sin embargo, decidió no decírselo a Desmond en ese momento.

Por supuesto, vino el médico. Después de examinar la rodilla cuidadosamente, les dijo a los padres (el papá había llegado en ese momento):

-Lamento decirles esto, pero como ustedes ven, la rodilla está muy infectada y no veo otra solución que amputarle la pierna. El veneno de la infección está entrando en su cuerpo y podría matarlo.

¡Matarlo! ¡Qué pensamiento! Pero ¿cómo podrían permitir que el médico le cortara una de sus piernas? ¡No! ¡No! ¿Que Desmond fuera de aquí para allá en una sola pierna? Eso sería terrible. Pero ¿y si no lo hacían y Desmond moría? ¡Qué decisión terrible debían tomar!

-Doctor, ¿no hay alguna otra cosa que podamos hacer? -preguntó mamá Doss, desesperada.

El médico sugirió que podría ayudar si le aplicaba calor en la rodilla.

-Puede probar, señora Doss. No sé si realmente ayudará, pero no le va a hacer daño. Tendría que hacerlo por lo menos cada dos horas -respondió el médico mientras se iba-. Pruébelo, pero si no está algo mejor mañana, la pierna tendrá que desaparecer.

La mamá puso un gran recipiente con agua sobre la cocina y la mantuvo caliente. Luego, tomó una toalla grande, la mojó, la estrujó y la puso alrededor de la rodilla de Desmond, cubriéndola con una toalla gruesa, para mantener el calor. Cambiaba la toalla a menudo por otra caliente.

Por supuesto, mientras lo hacía, también oraba, pidiendo a Dios que bendijera sus esfuerzos y salvara la pierna de Desmond. Después de poner esas compresas calientes en la rodilla el resto de ese día y durante toda la noche, mamá Doss estaba exhausta; sin embargo, no se detuvo.

–Mamá, ya no duele tanto como antes –afirmó Desmond durante la noche.

Cuando la madre examinó cuidadosamente la rodilla otra vez, también sintió que no se veía tan mal. Las líneas rojas parecían estar desapareciendo. Con lágrimas de gratitud en sus ojos, ella agradeció al Señor y siguió orando... y cambiando las compresas calientes.

Cuando vino el médico a la mañana siguiente, examinó otra vez la rodilla.

–Señora Doss, realmente pienso que está ganando la batalla. Vamos a observar la rodilla muy cuidadosamente durante los próximos días, aunque parece estar mejor.

¡Qué palabras bienvenidas! Toda la familia se alegró; pero nadie más que Desmond.

Otro detalle acerca de esa experiencia fue que, después de estar en cama por un tiempo y de recibir todos esos tratamientos, y sabiendo que su pierna estaba mejor, un día decidió que quería levantarse, de modo que se sentó en el borde de la cama, bajó los pies, se puso de pie... y ¡se derrumbó en el suelo! Descubrió que tenía que recuperar las fuerzas, y casi aprender a caminar otra vez.



Mientras Desmond seguía junto a la barandilla del barco esa noche, estos pensamientos lo llevaron a recordar otra situación, aunque esta vez no giró alrededor de sí mismo.

Harold, el hermano menor de Desmond, estaba enfermo, muy

enfermo. Tenía fiebre, con una temperatura mayor a 39 °C, y sentía mucho dolor. La mamá había hecho todo lo que sabía para ayudarlo, pero no pareció hacer ningún efecto. Él estaba muy caliente y se quejaba de dolor. Cuando vino el médico, tampoco supo qué más se podía hacer en favor de Harold.

–Señora Doss, me pregunto si sobrevivirá a la noche. Si lo hace, traeré a otro médico mañana por la mañana y le tomaremos una muestra de líquido raquídeo; quizá podamos definir cuál es el problema y ayudarlo de algún modo –las palabras del médico no fueron muy consoladoras.

–Desmond, yo creo que deberíamos orar en favor de Harold, ¿no te parece? –dijo la madre.

–Sí, mamá, creo que debemos orar. ¿Sanará Jesús a Harold? –respondió Desmond.

–No estoy segura, querido. Siempre tenemos que pedir que se haga la voluntad de Dios. Aunque esta no sea lo que deseamos, igual siempre podemos pedir –y así, madre e hijo se arrodillaron junto a la cama del enfermo y ella oró:

“Querido Padre celestial, tú sabes que Harold está muy enfermo y tú sabes que tiene mucho dolor. ¿Podrías, por favor, darle sanidad a su cuerpo, si eso está en armonía con tu voluntad? Pero, si ves que no sería lo mejor para él sanarlo... –su voz se quebró con un sollozo en ese instante–, entonces... pon fin a su vida, para que no tenga que sufrir tanto. Gracias, Señor. Amén”.

Al levantarse de sus rodillas, la madre y Desmond miraron a Harold. De repente se dieron cuenta de que no respiraba con tanta dificultad como antes. Les vino el pensamiento de que se estaba muriendo, pero ¡NO! Estaba respirando tranquilamente, y el color estaba volviendo a su pálido rostro. Pronto se durmió en un sueño tranquilo y se despertó a la mañana siguiente sintiéndose mucho mejor. ¿Cómo podría Desmond olvidar esa experiencia?

El médico fue esa mañana como había prometido, y se sorprendió mucho de ver a Harold tan bien. La madre se alegró de contarle al médico sobre su oración y cómo de inmediato Harold había comenzado a mejorar.

–Hijo –le dijo el médico a Harold–, el Señor salvó tu vida, y confío en que con un buen propósito.

RECUERDOS – I



Me estoy sintiendo cansado. Creo que entraré y cerraré mis ojos por un tiempito, pensó Desmond, y se dirigió a la cabina que le correspondía. Se echó en su litera, y pronto estuvo dormido.



CAPÍTULO 2

RECUERDOS – II

Un par de noches más tarde, Desmond se encontró otra vez en la cubierta del barco. La luna estaba un poco más alta en el cielo, y su reflejo brillaba sobre el agua. Sus recuerdos continuaron.



–Desearía tener una bicicleta –le comentó un día Desmond a su amigo Pablo–. Entonces podríamos pasear juntos.

–¿Por qué no te consigues una? –preguntó Pablo.

–No puedo. No tengo dinero...

Por un momento guardaron silencio, pero solo por un momento. A Pablo se le ocurrió una idea.

–Vayamos al basural. Algunas veces hay partes de bicicleta que la gente tira a la basura. ¡Podemos hacer una bicicleta para ti! ¡Vamos!

Desmond estuvo de acuerdo, y antes de mucho, los jovencitos estaban en el basural de la ciudad, viendo qué podían encontrar.

–Me parece que aquí hay un bastidor –dijo Pablo, mientras excavaba entre la basura–. ¡Sí, es un cuadro! Y no parece estar muy malo.

–¡Y aquí encontré una rueda; no, dos ruedas! –Desmond estaba tan entusiasmado como Pablo.

Siguieron rebuscando, y encontraron una rueda de cadena,

dos o tres cadenas de diferentes medidas y hasta dos neumáticos viejos, que parecía que necesitarían parches, pero tal vez podrían usarse. Hasta encontraron guardafangos delantero y uno trasero (aunque uno era rojo y el otro azul; no importaba porque igual se podían usar).

Los muchachos volvieron a la casa, arrastrando detrás de sí sus "tesoros". En la caja de herramientas del padre de Pablo encontraron algunos tornillos y bulones, y pronto tenían la bicicleta armada. No lucía muy bien, pero andaba... ¡y eso era lo principal! Desmond y Pablo pasearon mucho juntos. Y, probablemente, gozaron y apreciaron los paseos tanto más porque estaban usando la bicicleta en la que ellos mismos habían trabajado.

Pero, esa bicicleta también lo metió en problemas algunas veces. Después de conseguirla, la usaba para ir a la escuela. Un día, cuando salía hacia la escuela, pasó por la verdulería Green y notó el camión de reparto del lechero. Y ¡le vino una idea loca! ¿Por qué no colgarse del camión mientras avanzaba, para no tener que pedalear? Lo ayudaría a llegar temprano a la escuela.

Así que, cuando el señor Woods saltó al camión para hacer el recorrido hasta su próxima parada, Desmond se tomó del paragolpes trasero derecho.

¡Qué divertido! pensó, mientras el camión entraba en la Avenida Campbell, una buena calle pavimentada de Lynchburg. A esa hora de la mañana, no había mucho tránsito. "Esto es divertido; ¡ni siquiera es peligroso!" exclamó Desmond, en voz alta. Sin embargo, de vez en cuando, el camión se acercaba hacia el cordón de la calle, dejando poco espacio entre el camión y la vereda. Obviamente, el señor Woods no sabía que el muchacho estaba colgado de la parte trasera del camión. Desmond comenzó a darse cuenta de que ¡podía realmente ser peligroso!

Entonces, miró hacia adelante, a la base de la colina, y notó las vías ferroviarias que tendrían que cruzar. Había dos pares de vías de tren, además del par de vías del tranvía que pasaba por esa intersección. Desmond se encogió un poco, pero se mantuvo aferrado; iba demasiado rápido como para soltarse ahora.

El cruce de las vías lo hizo saltar bastante. Se preguntó si la vieja bicicleta podría soportar ese castigo. Cuando cruzó sobre los rieles, parecía que las ruedas se destrozaban, y dos o tres

veces le pareció que estaba perdiendo el control y que saldría volando por el aire. Sin embargo, el camión pronto cruzó todas las vías y se deslizó suavemente subiendo la colina hacia su próximo destino.

Con su entusiasmo y atrevimiento, para cuando el señor Woods detuvo su camión frente al restaurante a fin de entregar la leche y otros productos, Desmond casi se había olvidado del peligro. El señor Woods saltó del camión y fue a la parte posterior, para sacar las cosas que tenía que entregar.

—Muchas gracias por el viaje en su camión —le dijo Desmond, sonriendo.

El señor Woods de repente se dio cuenta de lo que quería decir, y su cara empalideció.

—¿Te das cuenta, muchacho, de que podrías haberte matado? Nunca más hagas algo así.

Desmond solo atinó a decir “Bueno”, y fue un muchacho avergonzado el que saltó sobre su bicicleta y siguió hacia la escuela, a un paso más calmado.



Otro recuerdo involucraba un momento que fue más loco y peligroso todavía.

Lynchburg era un lugar de cruce de trenes. Las antiguas y enormes locomotoras a vapor, con sus largas filas de vagones de carga, y las máquinas que arrastraban coches de pasajeros, siempre fascinaban a los muchachos que vivían cerca de las vías. A las madres del vecindario no les gustaba el ruido, y tampoco apreciaban el humo negro y las cenizas que cubrían el área, pero a los chicos no les preocupaban tales cosas.

La escuela había terminado por ese día, y Desmond y sus primos Preston y Beverly (sí, ese era realmente su nombre), se preguntaban qué cosa interesante podrían hacer antes de que tuvieran que correr a sus casas para cenar.

—¡Ya sé! —dijo Preston—. Vayamos hasta la estación de la Calle Doce y miremos cómo pasa el tren de papá. Creo que pasa más o menos a esta hora. (El padre de Preston era guarda en el tren de pasajeros.)

-Muy bien, ¡vamos! -confirmaron Desmond y Beverly.

Cuando llegaron a la estación, el tren acaba de detenerse allí brevemente. El tío de Desmond, conocido como el "Tío Lanza", bajó de un salto, ayudó a un par de pasajeros a descender y saltó al tren, haciendo señales al maquinista para que siguiera. Vio a los tres muchachos que miraban, y los saludó con la mano mientras el tren tomaba velocidad.

Cuando el tren de pasajeros se había ido, un largo tren de carga, que había sido enviado a una vía lateral mientras pasaba el de pasajeros, comenzó a moverse en las vías, muy lentamente al comienzo.

Justo en ese momento, otra de esas ideas alocadas saltó en la mente de Desmond.

-¡Saltemos a ese tren! -gritó por sobre el ruido.

-¿Y eso no es peligroso? -preguntó Beverly, mientras veía pasar los ruidosos vagones.

-No. Mi papá solía hacer eso cuando iba a visitar a mamá antes de que se casaran. Lo llamaba "tomar el carguero del brazo". Lo hacía todo el tiempo. Solo salta a la escalerilla, tómate y súbete. Es fácil.

Por supuesto, Desmond no tuvo tiempo de contar que el papá trabajaba en el ferrocarril, y sabía cómo subirse y cómo bajarse de los trenes en movimiento; o que el tren generalmente andaba muy lentamente.

Preston y Beverly parecieron convencerse, de modo que comenzaron a correr junto al tren, sin pensar cuán peligrosa era la idea de Desmond.

-Yo salto primero y les muestro cómo se hace -gritó Desmond, mientras se tomaba de la escalerilla.

Los demás siguieron su ejemplo, y pronto estaban "viajando en el tren".

Preston y Beverly pronto creyeron que ya era suficiente y saltaron abajo, pero no Desmond.

-¡Desmond, salta! Va cada vez más rápido -gritaron los dos.

-¡Va demasiado rápido! ¡No puedo saltar ahora! -respondió Desmond.

Sin embargo, su mente le decía que tenía que saltar antes de que el tren llegara al puente sobre la Avenida Campbell. Final-

mente, lo hizo y cayó contra el suelo, dando tumbos hasta llegar a dar contra el muro de hormigón que separaba el terraplén de la Avenida Campbell, unos nueve o diez metros más abajo. Diez segundos más, y él se habría caído hasta la avenida... bien muerto.

-¡Guau! ¡Apenitas me salvé!

Respiraba fuerte, por el esfuerzo y la excitación del salto. Con cautela, movió los brazos y las piernas. ¡Estaban bien! Él sabía que tendría unos raspones pero, por lo menos, no tenía ningún hueso quebrado.

Cojeando un poco, regresó a su casa y se mantuvo fuera de la vista cuando su madre regresó del trabajo en la fábrica de zapatos. Ella notó que estaba más tranquilo que de costumbre, pero como tenía que preparar la cena, decidió que hablaría con él más tarde.

Desmond no quería que su padre supiera lo que había hecho, pero justo cuando el papá entraba en la casa sonó el teléfono y lo atendió.

-¿Qué? ¿Qué me estás diciendo? -exclamó mientras miraba en dirección a Desmond. Él escuchó unos instantes más y colgó.

Más tarde, Desmond descubrió que sus primos no lo habían visto saltar del tren, y entonces le habían contado todo el incidente a la tía Maud, quien llamó para saber si Desmond estaba en casa y si estaba herido.

-Desmond, ¿qué creías que estabas haciendo? Acabo de oírlo. ¡Estás loco, al pensar que puedes saltar a un tren! Te enseñaré a no hacer esas cosas.

En esa época, el papá no era cristiano y no sabía controlar su temperamento violento.

-Papá, ¡nunca más lo haré! Lo digo en serio. ¡Nunca más lo haré!

-Yo sé que nunca más lo harás. Y me voy a asegurar de que así sea.

Enojado, el señor Doss se sacó el ancho cinturón de cuero y comenzó a castigar con él a su hijo. Desmond gritaba cada vez que el cinturón le pegaba en la espalda o las nalgas. ¡Pensó que su padre nunca se detendría! La sangre comenzó a chorrear cuando el cinturón le daba en la espalda. Dolía muchísimo...

¡tanto, que casi deseaba haberse muerto cuando saltó del tren!

La madre todavía no sabía de qué se trataba todo eso, pero vino al rescate.

-Thomas, ¡eso es suficiente! Ya lo has golpeado demasiado.

-Bueno... él lo merecía. ¡Niño tonto! -el enojo del padre ya se había aplacado, y salió ruidosamente a la otra habitación.

-Desmond, ¿qué hiciste, para merecer eso? -preguntó la mamá, mientras se arrodillaba junto a él.

Y Desmond, entre sollozos, confesó cómo había saltado del tren.

-Oh, hijo. ¿No sabes que pudiste haberte matado haciendo eso? ¡Podrías haberte caído y hasta cortado los pies con las ruedas del tren!

-Sí, ahora lo sé, mamá. ¡Y nunca más lo haré!

-Estoy contenta de escuchar esto, querido. No quisiera perder a mi hijo de esa manera. Y cuando prometes algo, yo sé que cumplirás esa promesa.

Mamá Doss era sabia, y sabía que demostrar confianza a su hijo lo ayudaría, más que las reprensiones, a cumplir con lo que debía hacer.

Años más tarde, en la cubierta del barco, Desmond no pudo menos que recordar esa experiencia; y al pensar en ella, se dio cuenta de nuevo de que Dios había protegido a ese "muchacho tonto" otra vez; ¡tenía mucho por lo cual agradecer!

Otro pensamiento cruzó por su mente, como lo hacía siempre que recordaba esa experiencia. ¿Qué habría sucedido, si Preston o Beverly se hubieran caído del tren y hubiesen muerto, o hubieran perdido un pie o una pierna? ¡Habría sido culpa de Desmond! No podía menos que darse cuenta de cuán importante era dar un buen ejemplo. De hecho, el incidente había dejado tal impresión en su mente, que desde el momento en que sucedió lo ayudó a procurar dar siempre un buen ejemplo.

Mientras pensaba en estas cosas, se preguntaba cuántas de esas experiencias tenían que ver con las decisiones que había tomado mientras crecía, y especialmente en el momento de entrar en el Ejército. Cosas como el cuadro de los Diez Mandamientos, y el modo en que le había mostrado lo que era correcto y lo que no lo era; y la influencia de su madre y su sabia

manera de enseñarle aquello que lo haría desarrollarse en un joven bondadoso, reflexivo y servicial; un joven que estaría de parte de lo correcto sin importar las consecuencias, y que recordaría la importancia de dar un buen ejemplo.



Como las noches anteriores, no había mucho para hacer a bordo del enorme transporte de tropas, que llevaba a los soldados a su destino. Pero, como era de noche, Desmond se sintió cansado y se encaminó a su litera.

CAPÍTULO 3



RECUERDOS — III

Una de esas noches después de salir de Hawaii, Desmond se encontró otra vez en su “rincón” sobre la cubierta del barco. Había estado recordando algunas situaciones casi trágicas en su vida juvenil; y ahora sus pensamientos tomaron un rumbo ligeramente diferente.



Mamá Doss era una operaria fiel y trabajadora, y sus jefes en la fábrica de zapatos apreciaban su trabajo. Ella también era fiel en devolver al Señor lo que le pertenecía. Más de una vez, había oído que decía: “Yo nunca robaría un banco, y nunca robaré a Dios”, refiriéndose a devolver el diezmo de sus ingresos: el diez por ciento que Dios dice que le pertenece a él.

Sin embargo, Dios también promete una bendición especial para los que son fieles en devolverle el diezmo. Dios no pide a las personas que entreguen el diezmo para complicarles la vida; esto da a Dios la oportunidad de bendecirlos. La gente que devuelve el diezmo ha encontrado que nueve décimos llegan más lejos que diez; y Desmond recordó un par de ocasiones en que Dios los bendijo como la madre decía que lo haría.

Después de vivir en diversas casas en Lynchburg, la familia Doss tuvo la oportunidad de comprar al señor Vandegrift,

un amigo adventista del séptimo día, una casita en la Avenida Easley. El señor Vandergrift y su esposa habían tenido varios hijos, y necesitaban una casa más grande. Así que, los Doss entregaron un pequeño anticipo e hicieron arreglos para realizar pagos mensuales por la casa.

–Los pagos mensuales no son muy grandes –dijo un día la señora Doss a su esposo–, pero con tu trabajo irregular, y como yo no trabajo tiempo completo en la fábrica, no veo cómo podremos pagar la cuota este mes.

–Realmente espero que el señor Vandergrift no nos presione demasiado. Pero él también tiene una familia y necesita del dinero –contestó el señor Doss.

–Puedes estar seguro de que yo oraré por esto –afirmó ella.

–No sé si servirá de algo– replicó él, un tanto secamente–, pero hazlo. No hará daño.

La señora Doss recordaba que Dios había prometido dar una bendición especial a quienes fueran fieles en devolver el diezmo, de modo que, cuando oraba, pedía a Dios esa bendición especial que ellos necesitaban en ese momento.

Un par de días más tarde, alguien llamó a la puerta. Desmond fue a atender, y allí estaba el señor Vandergrift. Desmond sabía acerca del problema de los pagos mensuales, así que se preguntó qué quería el hombre, porque era temprano para que le cobrara, pero lo invitó a pasar.

–Mamá, está el señor Vandergrift –avisó a su madre, que estaba en la cocina.

–¡Hola, señor Vandergrift! Por favor, tome asiento –saludó mamá Doss, entrando en la sala.

–Gracias, señora Doss. Vine para hablarle del pago de las cuotas de la casa.

La señora Doss se preguntaba qué diría acerca del pago del dinero, que vencía dos días después.

–Yo sé que ustedes están pasando por momentos difíciles últimamente, y me parece que les está costando mucho reunir el dinero para pagarme la cuota, ¿verdad?

–Sí, señor Vandergrift, es cierto. Tenemos una parte de la cuota, pero no toda.

–Quisiera proponerles algo. Quizá podrían pagarme solo la

mitad de la cuota por unos pocos meses, hasta que las cosas mejoren para ustedes –sugirió.

–Señor Vandergrift, esa sería una respuesta a mis oraciones. He estado preocupada, y estuve orando sobre el tema –admitió mamá Doss–. Puedo darle la mitad ahora mismo.

Y así, ella hizo precisamente eso. Cuando el señor Vandergrift se fue, dejó tras de sí a una familia muy feliz; además de dejar una impresión muy profunda en la mente del joven Desmond.

Poco después, las cosas empezaron a mejorar, y pronto pudieron volver a entregar las cuotas completas. Incluso pudieron pagar un pequeño monto adicional, y el último pago fue hecho un mes antes del plazo fijado. La mamá siempre decía que era porque ella le daba siempre primero a Dios lo que le correspondía: el diezmo.

Oh, sí, esa bendición especial de Dios la vieron en más de una ocasión. La verdulería Green vendía a crédito a sus clientes, a menos que se atrasaran mucho en los pagos: en ese caso, el señor Green tenía que cortarles el crédito.

Una noche, recordó Desmond, la mamá y los tres hermanos fueron hasta la verdulería para comprar algunas cosas y entregar algún dinero para su cuenta. Cuando pusieron las cosas sobre el mostrador, el señor Green les preguntó amablemente:

–Señora Doss, he notado que últimamente no han comprado tantas frutas y verduras. ¿Tienen algún problema?

–Bueno, señor Green, hemos estado yendo al supermercado a comprar algunas cositas allí. Son un poco más baratas, y pensamos que nos dejaría algo más de dinero para pagar nuestra cuenta de frutas y verduras en su negocio. Yo sé que la cuenta es bastante alta –respondió ella, algo tímidamente–. Aprecio mucho que no nos haya cortado el crédito.

–Señora Doss, su crédito aquí es bueno, mientras este negocio se mantenga abierto –replicó él.

Desmond sabía que aun algunos de sus parientes tenían que pagar al contado todas sus compras, de modo que se dio cuenta de que esta era otra bendición.

Por supuesto, esto hizo que la señora Doss estuviera muy contenta, no solo porque no tendría que preocuparse tanto acerca de las cuentas de frutas y verduras, sino por la confian-

za que el señor Green manifestó tener en ella. Otra vez, mamá Doss supo que Dios les había dado esa bendición especial porque ella había sido fiel en la devolución del diezmo.



Una vez más, los pensamientos de Desmond se orientaron hacia otros recuerdos.

¿Cómo podría olvidar la noche en que su padre se emborrachó? La familia Doss había ido a visitar a la tía Mattie, una hermana de papá Doss, y su esposo, el tío Arturo. Mientras los niños jugaban y las mujeres conversaban, el papá y el tío Arturo comenzaron a ingerir bebidas alcohólicas, de unas botellas que tenía el tío Arturo.

Ahora bien, mamá Doss había establecido una regla para su esposo en cuanto a la bebida.

-Thomas -había dicho ella-, tú me recibiste de un hogar donde nadie bebía, y a mí no me gusta que estés bebiendo. Tengo que criar a tres hijos, y no quiero que andes bebiendo o traigas bebidas a la casa. O dejas de beber o puedes irte de casa.

Como el señor Doss sabía que su esposa hablaba en serio, y siendo que él amaba a ella y a su familia, decidió dejar de beber.

Y le estaba yendo bastante bien. Sin embargo, cuando esa tarde se reunieron con el tío Arturo, él se olvidó de su decisión de no beber más. No pasó mucho tiempo antes de que ambos estuvieran bastante ebrios y comenzaran a discutir.

¿Quién se acuerda acerca de qué pelearon? Más tarde, ni lo podían recordar. La familia observaba lo que ocurría. Para sorpresa de la mamá, papá Doss sacó una pistola y le apuntó al tío Arturo.

-¡Thomas, detente! -le gritó ella.

Ninguno de ellos estaba tan ebrio como para no darse cuenta de que la señora Doss se había interpuesto entre ellos, y ninguno de los dos quería verla lastimada. Mientras, la tía Mattie fue al teléfono y llamó a la policía.

-¡Tomas, dame esa arma! La policía está en camino, y tú sabes lo que te costará si te encuentran con un arma.

La señora Doss había extendido la mano. Tomas sabía que

lo que ella decía era cierto, así que, finalmente le entregó el arma. Ella se salió de en medio de los dos hombres y fue a darle el arma a Desmond.

-Ve corriendo, Desmond, y esconde el arma. ¡No me importa dónde!

Desmond se fue corriendo a su casa. Al entrar, se preguntaba cuál sería un buen lugar para esconder el arma, de modo que el padre no pudiera encontrarla.

¡Oh, claro! En la canasta donde mamá guarda sus hilos para tejer con ganchillo. Dio vuelta la canasta sobre la mesa, puso la pistola adentro, y volvió a poner los hilos y los trabajos que estaban en proceso. (Más tarde, Desmond dijo a la madre dónde había guardado el arma. Allí quedó por algún tiempo, hasta que ella la escondió en el cajón de más abajo de una cajonera que rara vez usaban.)

Después de esconder el arma, Desmond volvió corriendo a la casa del tío, a tiempo para ver que estaban llevando al papá en la "Negra María", como llamaban al vehículo que usaba la policía para trasladar, entre otros, a los borrachos. El papá tuvo que quedarse en la cárcel por un día, hasta que se recuperó de la ebriedad. Al final, reconoció totalmente que su esposa tenía razón al decirle que no bebiera más.

Esta experiencia hizo que Desmond grabara profundamente en su mente y corazón la decisión de nunca consumir bebidas alcohólicas. Había visto que esos hábitos hacían que la gente hiciera cosas terribles. Además, se propuso no fumar, pues dos de sus tíos que fumaban mucho habían muerto por problemas en los pulmones. En ningún momento lamentó Desmond la decisión que tomó ese día, de nunca beber alcohol ni fumar.



Una vez más, un Desmond cansado buscó la tranquilidad de su cabina; después de arrodillarse frente a su litera y orar sin interrupciones y con tranquilidad, se acostó. Por un momento, antes de dormirse, recordó el tiempo en que sus camaradas le tiraban zapatos y botas mientras oraba; sin embargo, ahora ya se habían acostumbrado a sus hábitos y no lo molestaban más. Pronto, estuvo dormido.



CAPÍTULO 4

RECUERDOS — IV

Después de un tiempo, el pequeño rincón de la cubierta del transporte de tropas hacía que Desmond se sintiese casi como en casa. Era un lugar donde podía alejarse del trajín de los muchos soldados que estaban a bordo y poder pensar un poco.

El sol todavía no había terminado de ponerse, cuando Desmond se acomodó en su camastro esa tarde. Sacó de su bolsillo la pequeña Biblia que Dorothy le había regalado poco después de haberse casado. Primero, leyó el versículo bíblico que ella había copiado en la página delantera: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar" (1 Cor. 10:13). Leyó también otros pasajes que le daban ánimo y eran una ayuda. Luego, hizo una breve oración: por sus padres, por su esposa y por sí mismo. Sentía que necesitaba orar, y él sabía que necesitaba la oración.



Ahora estaba pensando en algo que había traído gozo a su vida. Cuando su madre estudió la Biblia y decidió seguir sus enseñanzas y llegar a ser adventista del séptimo día, su padre también estaba interesado en la Biblia y lo que ella estaba

estudiando. Sin embargo, el trabajo escaseaba durante la Depresión y él sabía que pedir el sábado libre haría que le fuese más difícil conseguir un trabajo.

"Si me hago adventista, me moriré de hambre", era su excusa. Así, durante años se mantuvo fuera de la iglesia. También seguía fumando, práctica que no les es permitida a los miembros de la Iglesia Adventista. Después de la noche en que él y su cuñado se trenzaron en una pelea, decidió que no bebería más.

Algún tiempo más tarde, mamá y papá Doss estaban conversando acerca de unas reuniones que se realizaban en Buena Vista, a unos treinta kilómetros de Lynchburg.

-Realmente me gustaría ir -dijo Bertha-. ¿Podríamos ir por lo menos la noche del viernes? Oí decir que el pastor Lester Coon es un buen orador.

-Me suena bien. Vayamos -concordó Thomas.

Audrey, Desmond y Harold estaban encantados. No salían muy a menudo de Lynchburg, de modo que era una especie de fiesta para ellos. Llegó el viernes de tarde, y todos se subieron al auto de la familia para ir a Buena Vista.

Pensar en ese automóvil le recordó a Desmond la ocasión cuando Jack, su mascota bulldog, embistió desde adentro con su cabeza contra la ventanilla plástica del auto. Si un perro pudiera pensar, tal vez Jack razonaría: *Ahora, esto está mejor. Tengo un poco de aire y, además, puedo ver mejor.*

Pero esta vez, Jack no los acompañó; después de viajar por un buen tiempo, la familia llegó al lugar de las reuniones, en Buena Vista. En aquellos días, muchas reuniones evangelizadoras se llevaban a cabo en carpas grandes, con el suelo cubierto de aserrín; sin embargo, esta vez, las reuniones se realizaron en la Iglesia Adventista de Buena Vista. Los niños corrieron hacia adelante, para sentarse en el primer banco, y también fueron hacia adelante papá y mamá Doss, porque no querían perderlos de vista.

Pronto comenzó la reunión. La congregación cantó algunos himnos, hubo música especial, y el asociado del pastor Coon dio una entusiasta bienvenida. Luego, el pastor Coon presentó su sermón.

Al finalizar la reunión, el predicador se acercó a la familia Doss.

-Estamos muy contentos de que hayan venido esta noche

-dijo-. Esperamos que estén haciendo planes de asistir mañana a la mañana.

-Bueno, lo dudo... -replicó el señor Doss-. Usted sabe, aunque justo mañana no trabajo, vivimos en Lynchburg, y eso es a una buena distancia desde aquí.

-Pero, eso se arregla muy fácilmente. La señora Coon y yo estaríamos muy contentos de que pasaran la noche en nuestra casa.

Ellos podían ver que hablaba en serio, pero no querían ser una molestia.

-Esa sería una incomodidad muy grande para ustedes. Mejor no nos quedamos -respondió la señora Doss.

-No sería ninguna molestia, y estaríamos muy contentos de tenerlos en casa -la señora Coon, que se había acercado a donde estaban parados, añadió su invitación a la de su esposo.

Así que, la familia Doss fue a la casa con los Coon. Para cuando llegaron, se estaba haciendo tarde y los niños estaban cansados. Pero, hubo algo que Desmond siempre recordaría. La casa de los Coon tenía una ventana con un vidrio grande, que sobresalía un poco de la pared, y un vidrio más pequeño a cada lado, que formaban un ángulo con la pared. Proporcionaba un espacio delante la ventana, que había sido llenado con un sillón apropiado. Allí, la señora Coon preparó la cama para Desmond. Al acomodarse para dormir, giró la cabeza hacia la ventana y vio algo que nunca olvidó: a través de las tres ventanas podía ver las estrellas que brillaban sobre él.

A la mañana siguiente se levantaron, comieron un buen desayuno y volvieron a la iglesia para la Escuela Sabática y el culto de adoración.

Después del almuerzo, papá Doss pensó que ya era hora de irse a casa. Sin embargo, mamá Doss y los tres niños querían quedarse. Realmente gozaban con la conversación del pastor Coon. Así que, el papá cedió, y se quedaron.

El pastor Coon era una persona interesante, llena de chispa y vigor, así como un buen orador, y papá Doss siempre decía que era el mejor predicador que alguna vez hubiese conocido. Siempre usaba un traje negro tipo esmoquin, con largas colitas en la chaqueta, y una camisa blanca con los extremos del cuello vueltos hacia abajo.

Si la gente había comido demasiado, hacía calor en el salón y a la gente le daba sueño, él golpeaba el púlpito con un fuerte puñetazo mientras predicaba, y preguntaba: "¿Verdad que es así, hermanos?" ¡Cualquiera que estuviera dormido se despertaba de golpe!

Después de la reunión de la tarde, el señor Doss pensó que realmente era hora de volver a Lynchburg. Después de todo, a la puesta del sol el sábado habría pasado, y ellos siempre iban al centro del pueblo el sábado de noche y compraban las provisiones para la semana siguiente.

-¿Tendrán en Lynchburg alguna cosa que no se pueda conseguir aquí, en Buena Vista? -preguntó el pastor Coon.

Los Doss tuvieron que concordar en que podían obtener lo que necesitaban en Buena Vista. De modo que otra vez decidieron quedarse. Después de ir al almacén y comprar las provisiones, todavía volvieron a la iglesia a tiempo para la reunión de la noche.

El tema del pastor Coon esa noche era la marca de la bestia del libro del Apocalipsis, en la Biblia. Explicó que ninguno tiene la marca de la bestia ahora mismo, pero que cuando las leyes dominicales se promulguen antes de la segunda venida de Jesús y la gente se convenza de que deben elegir entre guardar el sábado establecido por Dios o el domingo establecido por los hombres, los que elijan el domingo recibirían la marca de la bestia.

Entonces, el pastor Coon recordó a los presentes que era peligroso postergar la decisión de hacer lo que Dios pide de nosotros. Su colorida observación fue: "Cualquiera que sabe lo que es correcto y no lo hace, tiene una columna vertebral de fideo".

Thomas Doss no había pensado en ello de esa manera antes, y le dio algo en qué meditar en el camino de vuelta a casa esa noche.

-¿Sabes?, siento realmente que debería guardar el sábado, y realmente quisiera hacerlo, pero si lo hago, moriríamos de hambre. Es difícil conseguir un trabajo si no trabajas los sábados -le dijo a Bertha, más tarde.

La respuesta de ella fue:

-Bueno, podremos morir de hambre todos juntos -ella había pasado por situaciones difíciles, y había aprendido a depender de un Dios amante.

Thomas estuvo muy contento con la actitud de su esposa. Poco después de las reuniones de Buena Vista, el pastor Clinton Coon, presidente de la Asociación de Virginia, y el hermano Lester Coon fueron a Lynchburg para realizar una serie de reuniones evangelizadoras. Thomas y Bertha Doss, y sus hijos, asistieron fielmente; y más y más, Thomas deseaba llegar a ser un miembro de la Iglesia Adventista. Sin embargo, antes de eso, tenía que pelear una batalla con el señor Nicotina.

Cuando mamá Doss realizaba el culto con sus tres hijos cada tarde, cada uno incluía en su oración: "Querido Jesús, por favor, ayuda a papá a dejar de fumar". Aquel por quien oraban generalmente estaba en el comedor, sentado en su mecedora y leyendo el diario, sosteniéndolo frente a su rostro. Sin embargo, escuchaba las oraciones.

Una noche, justo después del culto con las oraciones usuales por el papá y su hábito de fumar, mamá Doss preguntó suavemente:

-¿Notaron que papá no ha estado fumando últimamente?

-¿En serio?

-Sí, hace ya como tres semanas que no fuma ningún cigarrillo.

-Mamá, eso es maravilloso. No lo habíamos notado- dijeron los niños.

Y entonces se fueron corriendo donde estaba el papá y le dijeron cuán contentos estaban porque ya no fumaba. El papá no dijo mucho, pero se alegró de que lo hubieran notado.

Al final de la serie de reuniones, el pastor Clinton Coon bautizó a papá Doss.

Enseguida después de que el papá se bautizara, comenzó otra vez a buscar trabajo. Él era carpintero, y podía conseguir trabajos de tiempo parcial de vez en cuando, pero nada permanente. Otra vez fue a ver a John Hancock, un contratista de construcciones. A veces, conseguía allí trabajo para uno o dos días.

Thomas encontró al señor Hancock en su escritorio.

-¿Tiene usted algo para que yo pueda hacer?- le preguntó.

-Tom, tengo un trabajito que puedes hacer ahora. Es esto...

-y John le explicó lo que debía hacer.

Era viernes, y el trabajo llevó más tiempo que el que ellos

habían pensado. Hacia el final de la tarde, John fue a ver cómo iba y notó que todavía no estaba listo.

-Thomas, estás haciendo un buen trabajo, pero veo que no podrás terminarlo hoy. Ven mañana -sugirió John.

-Lo lamento, John, pero mañana es mi sábado. Bueno, el sábado de Dios; y no puedo trabajar en ese día -respondió Thomas.

-Bueno, entonces ven mañana para buscar tu dinero -fue la siguiente sugerencia de John, que no parecía estar muy contento.

-Lo lamento, tampoco puedo hacer eso. Pero vendré el lunes por mi pago.

-Está bien, Thomas.

Y con eso, el señor Doss se fue a casa para pasar el viernes de noche y el sábado con su familia, ir a la Escuela Sabática y al culto.

El señor Doss fue el lunes de mañana para buscar su pago, se acercó a John, y este le dijo:

-Aquel trabajo todavía no está terminado. ¿Quieres hacerlo ahora?

-¡Por supuesto! Estaré contento de terminarlo -respondió Thomas.

Se fue a buscar las herramientas que necesitaría y pronto estaba concentrado en la tarea.

Cuando estaba terminando el trabajo, John Hancock se acercó a Thomas y le dijo:

-Tom, tengo otro trabajo que puedes hacer, si estás interesado.

Por supuesto que Thomas estaba interesado, y se dedicó a esa nueva tarea el resto del día. De allí en adelante, Thomas siempre tenía trabajos para hacer. Él sabía que esto era así porque, con la ayuda de Dios, era fiel en su desempeño y en lo que él sabía que era lo correcto.

Ahora que, además de mamá Doss, el papá también tenía mucho trabajo, las cosas comenzaron a mejorar en lo financiero para la familia.



Desmond había terminado su enseñanza primaria; sin embargo, le resultaba difícil estudiar, de modo que decidió con-

seguir un trabajo. Lo encontró en la Compañía Maderera Lynchburg, donde le pagaban ocho centavos por hora. Era un trabajo duro: en el aserradero, había una hornalla donde se mantenía encendido el fuego para producir el vapor que hacía funcionar las maquinarias; Desmond ayudaba a descargar vagones de madera, recogía los trozos de madera y viruta cerca de la hornalla, y descargaba bolsas de 45 y 90 kilos de fertilizante. Para un adolescente que solo pesaba 57 kilos, eran tareas pesadas. Además, trabajaba cincuenta horas por semana.

Cuando llegaba a la casa de noche, estaba tan cansado que apenas podía cenar. Luego se sentaba en el sillón, y se dormía al instante. Mamá Doss lo despertaba, para que se fuera a la cama.

Más tarde le aumentaron la paga a diez centavos por hora. Todas las semanas devolvía su diezmo, siguiendo el buen ejemplo de su madre, y ponía cincuenta centavos aparte como ahorro, como ella le sugería. Luego, le daba a su madre tres dólares para ayudarla a pagar la cuenta de las provisiones. Eso le dejaba un dólar para ropa y cualquier otra cosa que necesitara o deseara. Todavía recordaba cuán molesto se puso cuando la maderera comenzó a quitarle de su paga cinco centavos por día para el Seguro Social.

A mamá Doss le gustaba ayudar a sus hijos, y encontró una manera de animar a Desmond. Él necesitaba ropa para reemplazar algunas muy gastadas, y ella lo acompañó a comprar nuevas prendas. Cuando venía algún familiar, la mamá señalaba los zapatos y el pantalón nuevos de Desmond, y decía que Desmond estaba comprando su propia ropa ahora, con su sueldo, y Desmond se sentía complacido. Mamá Doss nunca decía cómo ella lo ayudaba a comprar la ropa con el dinero que ella ganaba.



Al pensar en esto esa noche, en el barco, Desmond también recordó otra experiencia que tuvo, que le hizo darse cuenta de que necesitaba cuidar el ejemplo que daba.

Un día caminaba hacia la casa de la tía Ella para cortar le el césped. Al llegar al lugar donde debía cruzar la calle, notó a un

hombre que él sabía que era un alcohólico. Recordó lo que su madre le había dicho acerca de los que beben: "Cuidado con las personas que beben. No se puede confiar en ellas".

Este alcohólico lo vio y se acercó donde él estaba.

-Amigo, ¿tienes un fósforo? Necesito uno -le dijo.

-Lo lamento, pero no fumo -respondió Desmond.

-Yo sé que no fumas -le dijo el hombre-. ¿A dónde vas?

Entonces, Desmond le contó que iba a la casa de su tía para hacerle un trabajo.

El hombre sorprendió a Desmond, al decirle:

-Yo sé dónde vive ella. También sé dónde vives tú, y que eres un muchacho del séptimo día y dónde vas a la iglesia, y dónde trabajas, y sé que no peleas.

El hombre parecía saber más acerca de Desmond de lo que él sabía de sí mismo. Le hizo pensar en que si este hombre, un alcohólico a quien nunca había visto sobrio, lo observaba y sabía cuáles eran sus hábitos, entonces, ¿cuántos otros lo estarían observando, aún más de cerca? Realmente, necesitaba ser cuidadoso con su ejemplo como cristiano adventista del séptimo día, a fin de no ser un tropiezo para otros.



El enorme barco que transportaba tropas había salido de Hawaii bastantes días antes. *Realmente, pronto deberíamos llegar a algún lugar, pensó Desmond.* Él no sabía si estaría contento de bajar del barco o si prefería seguir en él. ¿Cómo serían los combates?

Al orar esa noche, pidió a Dios que lo acompañara y lo mantuviera a salvo al ir a la batalla. "Y acompaña a mi familia y a Dorothy", concluyó.



CAPÍTULO 5

RECUERDOS — V

Habían pasado varios días desde que zarparan de Hawaii. Desmond sabía que habían estado navegando bastante en zigzag, como medida de precaución. También, que estaban con los ojos abiertos por si veían barcos, submarinos o aviones japoneses. Una vez, cuando Desmond estaba bajo cubierta en su litera, oyó un sonido como de algo que se rasgaba debajo del barco y, alarmado, se preguntó qué sería. Subió a cubierta para averiguarlo.

—¿Viste eso?—le preguntaron los otros soldados—. Un torpedo venía directo hacia el barco y, entonces, de repente cambió de dirección y pasó debajo del barco.

Desmond sintió que los ángeles habían guiado el torpedo alejándolo del barco; aunque había pasado suficientemente cerca como para raspar el fondo. Aliviado, elevó una oración de gratitud a Dios.

Esa noche, sobre la cubierta, se sentó sobre su cajón. El clima era agradable allá afuera, en el Pacífico, y él gozaba con sus recuerdos.



La abuela de Desmond había criado gatos malteses; ella pensaba que eran los mejores gatos que existían. Pero, los ga-

tos machos del vecindario a menudo se acercaban para socializar con las gatas de ella, y el resultando era crías mestizas.

El señor Doss quería matar a los gatos machos del vecindario desde su ventana siempre que podía. La abuela temía que él también matara a uno de los gatos de ella; sin embargo, estos parecían tener un sexto sentido del peligro: cuando se abría de repente la ventana, corrían para meterse debajo de la casa.

-Desmond -dijo la abuela un día-, quiero deshacerme de siete gatitos mestizos. ¿Quisieras tú atraparlos y llevarlos al arroyo, para ahogarlos allí? Te pagaré un centavo por cada uno.

Y así fue que Desmond llevó al arroyo los gatitos en una bolsa y los tiró al agua. Cuando vio a los gatitos desesperados en el agua trató de rescatarlos, pero no pudo, y al final se ahogaron. Él no podía recordar si había recibido los siete centavos, pero entonces decidió que nunca ahogaría a otro gato, no importa cuánto dinero le ofrecieran.

La abuela y los animales también tuvieron algo que ver con que Desmond fuese vegetariano.

Ella criaba pollos y, de vez en cuando, iba al gallinero, atrapaba un pollo, le retorció el pescuezo, lo limpiaba y lo cocinaba para la cena. A Desmond también le gustaba comer pollo. Pero, un día...

-Desmond, ¿podrías matar un pollo para la cena de hoy? -le pidió la abuela.

-¿Yo, abuela? Oh, no, yo no quiero matar un pollo -Desmond sintió que temblaba un poco al decirlo.

-Bueno, te gusta comerlos, ¿verdad? Si puedes comerlos, puedes matarlos -respondió la abuela.

Él pensó en un pobre pollo saltando por allí sin su cabeza, solo para que él gozara comiéndolo.

-Abuela, no voy a comer más pollos -anunció.

Y así fue.

Algún tiempo más tarde, Desmond conoció a un joven que trabajaba en el matadero Kennedy, en Lynchburg.

-Leroy, me gustaría visitar el matadero algún día -pidió.

-Claro, ¿por qué no? Ven mañana por la tarde. No trabajo a esa hora y puedo mostrar te todo -lo invitó Leroy.

Desmond llegó a la hora convenida. Más tarde, dijo que se quedó absolutamente impactado con lo que vio. Una cantidad de vacas eran piel y huesos, y parecían enfermas. Una hasta tenía una pata quebrada, sin embargo, la empujaron con las otras y la mataron. Los cerdos eran tratados aún peor. Se sentía mal por los animales.

-Cortan la carne separándola de los huesos, aun cuando estén enfermas. Si tienen alguna herida, recortan la herida. Luego, muelen toda esa carne y hacen hamburguesas con ella -explicó Leroy.

A Desmond le gustaban las hamburguesas. Pensó en cómo su madre las preparaba, y luego las cubría con salsa... Pero, después de la visita al matadero perdió el apetito por las hamburguesas. Eligió ser vegetariano.



Otra noche, en su rincón en la cubierta del barco, Desmond recordó una ocasión más en la que sintió cómo Dios lo había protegido.

-¡Mi pelota! ¡Tío Desmond, mi pelota! ¿La ves? Por favor, tráemela -Ronnie, de cinco años, miraba anhelante a su tío.

Ronnie y su familia habían ido a pasear a la orilla del Océano Atlántico, y Ronnie estaba jugando con su pelota nueva, roja, amarilla y azul, cerca de la orilla. De algún modo, se le había escapado y estaba yéndose mar adentro.

Desmond, que con sus 18 años ya era tío, no sabía nadar muy bien, sin embargo, se las arreglaba; y como la pelota no estaba muy lejos de la orilla, se metió al mar y comenzó a nadar hacia la gran pelota de playa. Nadaba velozmente pero, de alguna manera, la pelota siempre estaba más adelante que él. No estaba haciendo mucho progreso para alcanzarla.

Cuando se detuvo un momento, miró alrededor y se asustó por lo que vio. Estaba mucho más lejos de la orilla de lo que pensaba. De repente se dio cuenta de que la marea estaba bajando; por eso, la pelota siempre iba más adelante que él y, también por esa razón, él había ido tan lejos en tan poco tiempo.

¿Y ahora qué debo hacer?, se preguntó a sí mismo. Se dio

cuenta de que nadar de regreso contra la marea sería imposible. Además, ya estaba bastante cansado. Su única esperanza era alcanzar la pelota y usarla como una especie de salvavidas, para mantenerse a flote. Pero ¡no lograba alcanzarla!

Desmond estaba acostumbrado a orar acerca de las cosas, pero nunca había estado frente a esta clase de problemas antes. "¡Señor, ayúdame!", rogó.

Volvió a mirar a su alrededor, y allí estaba la pelota, todavía flotando un poco más adelante que él. Luego, notó algo que no había visto antes: un bote. Era un pequeño bote pesquero con motor. Dos hombres parecían estar recogiendo sus avíos de pesca, y preparándose para adentrarse más en el océano. Las olas no eran muy altas, pero eran lo suficientemente fuertes como para que Desmond a veces pudiera ver el bote y otras veces, no. Sabía que los pescadores no podrían verlo aun si estuvieran mirando en su dirección.

"Señor, ayúdalos para que me vean", oró esta vez.

-¡Socorro! -gritó.

Pero con el motor en marcha, los hombres no lo oyeron ni le prestaron atención. Comenzaron a dirigirse mar adentro. Pero entonces parecieron ver la gran pelota de playa; dirigieron el bote hacia ella y la sacaron del agua. Entonces...

-¡Hey, allí también hay un hombre! -exclamó uno.

Pronto, el bote estaba junto a Desmond.

-Permiteme ayudarte a subir al bote. Fue muy bueno que te viéramos. Sí que necesitabas ayuda.

Desmond estaba muy de acuerdo. Sabía que Jesús los había ayudado a verlo.

No hablaron mucho mientras se dirigían hacia la playa, pues el motor hacía demasiado ruido. Pronto estuvieron cerca de la orilla.

-¿Puedes llegar desde aquí hasta la playa? -le preguntó uno de los hombres.

-Sí, está bien. ¡Y muchísimas gracias! -respondió Desmond, mientras tomaba la pelota y saltaba al agua poco profunda.

Cuando salió del agua, se dio vuelta y saludó con la mano otra vez a estos hombres, en un gesto de "Muchas gracias".

Pero ¡no había ni pescadores ni bote! Ni siquiera una estela

en el agua. ¿Dónde estaban esos dos hombres que los ángeles habían enviado en respuesta a su oración?

Cuanto más pensaba Desmond en esa experiencia, más se convencía de que habían sido ángeles.



Mirando al mar oscuro, Desmond pensaba que el tiempo que debían pasar viajando ya se estaba terminando. Aunque todavía no sabía cuál era el destino del barco, se imaginaba que pronto llegarían. Sus recuerdos también avanzaron en el tiempo y se concentró en sucesos más recientes.

Después de trabajar en la Compañía Maderera Lynchburg durante un año, trabajó para la ciudad por un tiempo. Recordó cómo él y otros obreros, en un día muy frío, habían hecho un fuego, que al final no los ayudaba porque el frío era extremo. Antes ese día, el pico que usaba se le había escapado del costado de la zanja helada en la que trabajaban y había caído sobre su pie, que no le dolió, y ni siquiera sangró, del frío que hacía.

Finalmente, el último lugar en el que había trabajado antes de ser reclutado por el ejército era los astilleros en Newport News, en Virginia. Aún antes de que se iniciara la Segunda Guerra Mundial, el astillero estaba remodelando, renovando y reconstruyendo barcos, para ser usados por los militares. Algunos de los navíos habían sido transatlánticos de lujo, y Desmond recordaba cómo habían arrancado todo lo suntuoso, como las alfombras y los muebles de los camarotes, para dejar pisos desnudos y cabinas vacías. Las llenaron con literas de lona para los hombres, luego de lo cual quedaba un espacio muy limitado para cada soldado.

También pensó en los navíos más famosos que había visto y para los que había desempeñado tareas en el astillero. Había trabajado dos veces en el "America", el barco de esplendor más grande del país. La primera vez, eliminaron todo lo lujoso. Dos meses más tarde, entró de nuevo, para recibir más alteraciones. Esta vez cerraron las cubiertas, de modo que pudiera haber más camarotes para alojar soldados.

Cada tanto, Desmond veía el "USS Hornet", que había sido transformado en un portaaviones. Por ese tiempo, vivía con el pastor Harry Gray, y dos de sus hijos eran electricistas en el "Hornet". Desmond lo veía cada día cuando pasaba para ir hasta donde estaba el "Indiana", que era el que le tocaba en ese momento.

-Me gustaría ver ese barco grande en el que estás trabajando -le dijo a Jimmy Gray un día.

-Claro. Ven y te lo mostraré -le respondió Jimmy.

Sin embargo, Desmond pensaba que no era apropiado que él ocupara tiempo de su trabajo para ver el otro barco, y al final nunca fue. Más tarde, deseó haber ido a verlo. En ese momento nadie lo sabía, pero el "Hornet" sería el barco que transportaría a los aviones que bombardearon Tokio en 1943.

Los bombarderos eran un grupo atrevido, comandado por Jimmy Doolittle. Más tarde, Doolittle recibió la Medalla de Honor del Congreso por su liderazgo y heroísmo en esa ocasión. Como Doss y Doolittle estaban muy cerca en el orden alfabético, Desmond a menudo almorzaba con Jimmy Doolittle, en ciertas celebraciones militares.

Para cuando partieron de Hawaii, Desmond ya había estado en el ejército por, aproximadamente, dos años y medio. Era el verano de 1944, y por primera vez participaría en la lucha en ultramar.



De aquí en adelante, este libro tratará sobre las experiencias de Desmond Doss en el Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica.



CAPÍTULO 6

¡GUERRA!

—Desmond, ¿te gustaría ir a Nueva York este fin de semana? —le preguntó su amigo Robert Taylor.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —Desmond respondió a la pregunta de su amigo con otra pregunta.

—No he visto a mi familia por mucho tiempo, y no creo que mi automóvil viejo pueda hacer el viaje. Tú tienes un auto bastante mejor. Te pagaré el combustible y un poco más. ¿Qué te parece?

—Muy bien. ¿Cuándo salimos?

—El viernes; y volvemos el domingo —respondió Robert.

En ese tiempo, el Gobierno de los Estados Unidos estaba reclutando jóvenes para servir por un año en las fuerzas armadas. Robert era uno de esos reclutas, y le faltaba solo un mes para concluir su servicio.

Antes de poder salir, los muchachos tuvieron que terminar sus trabajos, de modo que partieron más bien tarde para el viaje de 480 kilómetros a Nueva York. En un lugar, era una carretera de solo dos vías, y estaba tan oscuro que Desmond no podía ver el camino.

—Mira —le dijo a Robert—, ¿ves esa limusina que va allá adelante? Voy a seguirla.

La limusina tenía buenas luces y marchaba a bastante velocidad, y Desmond logró mantenerse cerca de ella. Lo llamativo fue que el domingo, durante el viaje de regreso, notaron

que el camino por donde habían ido detrás de la limusina era un angosto camino de montaña, con banquetas más angostas aún. Desmond agradeció profundamente a Dios por haberles permitido recorrer ese tramo sin deslizarse hacia los precipicios que había junto a este. Si hubiera ocurrido eso, seguramente ambos habrían muerto.

Antes, mientras Desmond se preparaba para salir de la casa de los Taylor y Robert acomodaba el equipaje en el automóvil, su amigo dijo:

–Muchísimas gracias por el hermoso tiempo que pasamos con ustedes, mamá y papá. Y por la rica comida –añadió.

–Sí, ha sido muy bueno estar aquí. Muchas gracias –agregó Desmond.

Pronto, estaban recorriendo el camino de regreso, gozando de la calidez del automóvil en un frío día de diciembre, y escuchando radio. De repente, se interrumpió el programa de música y, por un segundo, todo quedó en silencio. Entonces...

“Los japoneses bombardearon Pearl Harbor en Hawaii. ¡Norteamérica está en guerra! Cualquier miembro del personal militar que no está en su cuartel, debe presentarse de inmediato. Repito. Estados Unidos está en guerra con Japón”.

Robert y Desmond se miraron, con incredulidad reflejada en sus rostros. El anuncio comenzó a penetrar en sus mentes.

–Sospecho que este es el fin de mis planes de pasar solo un mes más de servicio militar –dijo Robert, un tanto conmocionado–. Seguramente estaré en las fuerzas armadas todo el tiempo que dure la guerra... Me pregunto cuánto tiempo será.

–¿Quién lo sabe? Probablemente, me toque unirme contigo pronto –respondió Desmond.

Él no había sido reclutado porque tenía un número de sorteo muy alto, y además trabajaba en el astillero, que él consideraba que era una industria esencial para los planes militares del Gobierno.

Mientras los dos jóvenes viajaban por la carretera esa tarde del 7 de diciembre de 1941, sus pensamientos estaban en el futuro, y lo que este traería para ellos.

Tres veces, esa tarde, fueron detenidos por la policía antes de llegar a casa. Siendo que Robert estaba con el uniforme

puesto, la policía quería saber adónde se dirigían los dos jóvenes. Después de que Robert les explicara que habían estado en Nueva York y se dirigían a su cuartel, los dejaban pasar.

Entretanto, Desmond pensaba en el día en que había ido a la oficina de reclutamiento para registrarse, como debían hacer todos los varones a los dieciocho años. El pastor Wood, de su iglesia, fue con él. Esperaron en el pasillo, hasta que el oficial de reclutamiento los llamó.

Había unos cuatro o cinco oficiales en la oficina. Después de registrar su nombre y el domicilio, estaban listos para darle una clasificación.

-Quisiera registrarme como "No combatiente" -les dijo Desmond.

-Hijo, no hay tal cosa en el ejército -le respondió un oficial.

-Señor -Desmond recordó dirigirse al oficial como "señor"-, pertenezco a la Iglesia Adventista del Séptimo Día, y nosotros guardamos el sábado, por lo que no realizamos tareas regulares ese día. Sí podemos cuidar de los enfermos y los heridos los sábados, tal como lo hizo Jesús.

-¿Qué tiene eso que ver con ser "No combatiente"? -preguntó otro oficial.

-Bueno, creemos que debemos guardar todos los Diez Mandamientos. Uno de ellos dice: "No matarás". De modo que no creemos en usar armas -respondió Desmond.

El pastor Wood asintió con la cabeza, al parecer satisfecho con las respuestas de Desmond.

El oficial reclutador parecía perplejo.

-¿Qué pasaría si todos se sintieran de esa manera, jovencito? ¿Cómo podríamos pelear en una guerra?

-Si todos pensaran de ese modo, no habría guerras -replicó Desmond-: pero habrá soldados que serán heridos, señor, y me gustaría ayudar a cuidarlos.

-OK, Doss. Pero entonces tendrás que registrarte como "Objetor de conciencia" -propuso otro oficial.

-Pero, señor, no soy un "objeto de conciencia".

Desmond recordó lo que sabía de los objetores de conciencia. Hacían demostraciones contra el Gobierno, no saludaban a la bandera ni querían usar uniformes militares o hacer cual-

quier cosa que pudiera ayudar en la guerra. Él no quería que lo mezclaran con esas personas.

–Pues verás, hijo: tú me dices que quieres guardar el sábado y que no quieres portar armas. Si entras en el ejército con la clasificación de 1A, y quisieras guardar tu sábado y no portar armas, te puedo asegurar que pronto estarías frente a una corte marcial. Pero si tienes la clasificación 1AO, en que la O representa "Objetor de conciencia", aun el ejército no puede ponerte ante una corte marcial –explicó el oficial–. Así que, ya ves: eso sería lo mejor para ti. Ser un objetor de conciencia no significa que no servirás a tu país; solo significa que vas al ejército con escrúpulos o reservas.

Desmond miró al pastor Wood, que le devolvió la mirada.

–Desmond, creo que será mejor para ti tomar la clasificación que él te sugiere. No hay mucho más que tú puedas hacer –le recomendó el pastor .

Mientras avanzaban con el automóvil ese domingo 7 a la tarde, Desmond recordó aquel momento clave. ¿Qué le deparaba el futuro? Él no tenía dudas de que pronto sería llamado al servicio militar.

Y tenía razón: pronto le llegó su "saludo" en el correo, y el 1º de abril de 1942 Desmond ingresó en el Ejército de los Estados Unidos de Norteamérica.

Y eso no era ninguna broma.



CAPÍTULO 7

DOROTHY

Volvamos a 1920. Fred y Elsie Schutte vivían en el Estado de Colorado en ese tiempo. Fred había soportado un ataque con gases durante la Primera Guerra Mundial y había quedado con una invalidez permanente. Elsie estaba embarazada de su primer hijo, y estaba muy feliz por ello.

Sin embargo, ella no se sentía muy bien, así que Fred contrató a una señora del vecindario para ayudar a Elsie con las tareas del hogar y de la cocina. Betty (así la llamaremos) era adventista del séptimo día, y le gustaba leer su Biblia y hablar de ella a otros cada vez que tenía oportunidad. No pasó mucho tiempo antes de que hablara a Elsie sobre la Biblia, y de cosas que ella nunca había oído antes. Con mucho cuidado, Betty le explicó la santidad del sábado, lo que ocurre con las personas luego de que mueren, la segunda venida de Jesús en las nubes de los cielos y otras verdades bíblicas.

–Realmente, todo eso suena razonable. Aunque nunca antes había escuchado nada parecido –le comentó Elsie un día.

Luego, Elsie comenzó a estudiar por su propia cuenta en la Biblia que Betty le había dado.

–Yo creo que esta es la verdad de la Biblia– le dijo a su amiga un día; porque estas dos damas habían llegado a ser buenas amigas al estudiar juntas la Biblia –. Verdaderamente, me gustaría unirme a tu iglesia, pero ¿cómo podría hacerlo? Mi esposo creció como católico, y él quiere que vaya a esa iglesia.

-Lamento mucho eso, Elsie -declaró Betty-, pero te digo algo: sigue estudiando la Biblia, y las cosas finalmente se arreglarán, estoy segura.

Poco después de eso, Fred y Elsie decidieron volver a vivir en Richmond, Virginia, donde estaban sus familiares. En camino a Virginia, les resultó necesario detenerse en Filadelfia, Pensilvania, para el nacimiento de una de sus hijas, a quien llamaron Dorothy Pauline.

Como Dorothy le contó a Desmond mucho más tarde, el de los Schutte no era un hogar feliz. En primer lugar, a Fred no le gustaba que Elsie estuviese interesada en una religión diferente de aquella en la que él había sido criado: aun cuando rara vez asistía a la iglesia. Él ni siquiera quería que ella leyera la Biblia, que ahora le era tan preciosa.

-No quiero que estés leyendo todo el tiempo ese viejo libro -le dijo un día, muy enojado.

Y le arrancó la Biblia de las manos y la tiró a la estufa encendida.

Esto había sucedido varios años antes de que naciera Dorothy. Para este tiempo, otros seis niños se habían unido a la familia. Su padre había adquirido el hábito de beber y se había vuelto alcohólico. La bebida siempre sacaba lo peor de él, y muchas veces era abusivo para con su esposa y con sus hijos.

A menudo, llegaba a su casa después de haber estado en el bar de la esquina, donde compraba bebidas y bebía con sus amigos, y comenzaba a golpear a sus hijos. Un día, Dorothy protestó con un sollozo:

-Papá, ¿por qué me pegas? ¡No hice nada malo!

-Es para compensar por las muchas veces que hiciste cosas malas y no recibiste ninguna paliza -contestó friamente.

Parecía que le gustaba "desquitarse", especialmente con los dos hijos mayores; así, Dorothy y Thomas aprendieron a esconderse cuando veían que su padre volvía a la casa. Cuando Dorothy tenía quince años, su padre murió, probablemente como resultado de su mala salud y del alcoholismo. Más tarde, ella diría que este hecho transformó la casa de los Schutte; que fue como salir del infierno e ir al cielo. Después de la muerte de Fred, Elsie y los niños comenzaron a ir a la iglesia cada sábado; pronto, ella y sus hijos mayores fueron bautiza-

dos en la Iglesia Adventista. Elsie hizo arreglos para que los niños asistieran a la escuela de iglesia, que se desarrollaba en un salón detrás de la iglesia.

Para ese entonces, Dorothy había terminado el octavo grado y estaba lista para asistir a la Shenandoah Valley Academy, una escuela de nivel secundario con internado, donde los alumnos podían aprender de la Biblia junto con las otras materias. Dorothy quería asistir a la academia, de modo que habló sobre ello con su madre.

-Mamá, realmente me gustaría asistir a esa escuela. ¡Aprendería tanto de la Biblia! Y sería divertido vivir en el dormitorio con las otras niñas -dijo Dorothy.

-Pero, Dorothy, ¿podremos pagar las cuentas? Sería bastante costoso -observó Elsie.

-Podría trabajar en la escuela. Hay muchas cosas que un estudiante puede hacer allí, como ayudar en la cocina con la preparación de los alimentos y lavar los platos, cosa que sabes que he hecho muchas veces. También, es posible trabajar en el lavadero, o cortando el pasto, o en una oficina, depende de lo que uno pueda hacer bien. Yo trabajaría cada minuto que me permitieran hacerlo, y estoy segura de que podré ganarme una buena parte de los gastos.

-Está bien, Dorothy. Veremos qué puedes averiguar. Escribe a la escuela pidiendo información y una solicitud de ingreso -concedió la mamá.

De este modo, Dorothy se encontró en la Shenandoah Valley Academy y pronto se sintió muy a gusto allí.

Otra cosa que los alumnos podían hacer para ayudar a pagar sus estudios era vender revistas religiosas y libros durante los meses del verano. Un día, en la academia, Dorothy estaba hablando con su compañera de cuarto.

-Mary, ¿por qué no salimos a vender revistas este verano? Nos daría algo de dinero para nuestros pagos escolares del año próximo -sugirió.

-Y ¿por qué no? Si vamos juntas, estoy dispuesta a probarlo. Piensa, podríamos ganar lo suficiente como para toda nuestra cuenta del año que viene -se animó Mary.

Las chicas estuvieron algo más entusiasmadas de lo que re-

quería la situación, pero ¿qué se puede lograr sin sueños? Así que, con la ayuda y el ánimo de los dirigentes de esa actividad, hicieron los arreglos para vender revistas. Les asignaron la zona de Lynchburg, en Virginia.

Fue en la iglesia en Lynchburg que Desmond se encontró por primera vez con Dorothy.

En ese tiempo, Desmond estaba trabajando para la ciudad y viviendo con su familia. El que primero llegaba del trabajo el viernes de tarde comenzaba a preparar la comida para el sábado. Para este tiempo, Audrey estaba casada y a Harold realmente no le gustaba cocinar, de modo que la mayor parte de la tarea normalmente recaía en mamá Doss y en Desmond.

Un viernes, Desmond llegó a la casa primero, de modo que comenzó a cocinar. Siempre tenía que haber sobre el fuego una olla con porotos (frijoles) blancos, de modo que puso un puñado en la olla grande, los cubrió con agua y los puso a cocinar. Luego, preparó algunas verduras e hizo un delicioso guiso vegetal. Cuando terminaron de cocerse los porotos y el guiso, se sentía bastante bien acerca de su comida para el sábado.

—Mamá, ¿te parece que mañana podríamos invitar a casa a comer con nosotros a Dorothy y a Mary? Tú sabes, las dos señoritas que están vendiendo revistas en Lynchburg este verano. Sería divertido —sugirió Desmond más tarde ese día.

—Sí, por supuesto, Desmond —respondió la madre, que siempre era hospitalaria.

Al día siguiente, cuando Desmond vio a las señoritas en la iglesia, les preguntó:

—Dorothy, ¿quisieras venir con Mary hoy a comer a casa?

Las niñas se miraron y al mismo tiempo dijeron: "Sí". Lo que Desmond no sabía era que a estas señoritas no les iba muy bien vendiendo revistas y que su alimentación no era muy adecuada. ¡Tenían mucho apetito! En realidad, si les hubiesen pedido que recordaran algún día en el que no tuvieron nada para comer ni dinero para comprar, les habría resultado fácil.

El viernes, un hombre les había comprado una revista por diez centavos cuando le dijeron que tenían hambre. Con esos diez centavos, compraron una hogaza de pan y unos cien gramos de mantequilla, y se comieron todo de una sola vez. De

modo que ese sábado Dorothy y Mary estaban muy contentas de ir a la casa de la familia Doss para almorzar.

Desmond llevó disimuladamente aparte a su mamá cuando llegaron a casa, y le dijo:

-Mamá, siéntate a conversar con las niñas un poco, mientras pongo a calentar la comida.

-Muy bien, Desmond, si es eso lo que prefieres -respondió la mamá.

Así que, Desmond puso los porotos blancos y el guiso sobre el fuego, y levantó la llama para que se calentaran más de prisa. Luego, sacó algunas galletitas, cortó una rebanadas de pan y preparó otras cosas como para ponerlas sobre la mesa.

¿Qué era ese olor? ¡Oh, los porotos! Desmond los quitó rápido de la estufa. Se habían secado, y el olor indicaba que se habían quemado. Los echó en otra olla, cuidando de que los que estaban quemados quedaran en la primera olla. Luego, añadió agua y los puso de nuevo sobre el fuego, pero con el fuego bajo. Raspó los porotos quemados del fondo de la olla y los guardó, pensando que podría comerlos más tarde.

Justo cuando pensaba que todo estaba bajo control, otra vez sintió olor a quemado. ¿Y ahora qué es? ¡El guiso! Lo quitó de la estufa y realizó otra vez lo mismo que con los porotos. Era demasiado tarde para preparar alguna otra cosa y, además, en la casa de los Doss no se desperdiciaba nada. Probó el guiso: tenía un sabor ligeramente a tostado, pero le pareció que igual era comible. Así que, llamó a los demás a la mesa.

Una vez, mucho más tarde, Desmond le recordó a Dorothy ese almuerzo, y los porotos y el guiso quemados. Se rieron bastante por ello. Dorothy dijo:

-Estábamos con tanto apetito, que ni nos dimos cuenta de que los porotos estaban quemados.

Finalmente, Dorothy y Mary volvieron a su amada academia de Shenandoah Valley, y Desmond quedó muy ocupado con otras cosas... tales como trabajar. Pasaron tres o cuatro años, y él ya estaba trabajando en el astillero de Newport News cuando, un día, se encontró con la señora Hildebrandt en la iglesia. Recordaba que ella había estado a cargo de las señoritas cuando vendían revistas.

-Señora Hildebrandt, ¿tiene idea de dónde se encuentra ahora Dorothy Schutte? No he tenido noticias de ella, ni sé dónde está ahora -preguntó Desmond.

-Bueno, sí, Desmond -contestó ella-. Se graduó de la Sheandoah Valley Academy y ahora asiste al Washington Missionary College. Esa institución está en un suburbio de Washington, D. C., Takoma Park. La Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, la Review and Herald Publishing Company, y el Sanatorio y Hospital de Washington están todos en la misma zona.

Eso era todo lo que Desmond necesitaba saber. El siguiente fin de semana estaba por Washington, D. C., esperando poder ver a Dorothy.

Había tres iglesias adventistas en la zona: la gran iglesia de Sligo, la iglesia del hospital y la iglesia del Washington Missionary College. Pensó que, probablemente, Dorothy asistía a la iglesia del colegio, de modo que allí fue. Estuvo frente a la iglesia por unos momentos, para ver si Dorothy entraba con otros estudiantes; sin embargo, no la vino. Decidió entrar y adorar allí de todos modos. Tal vez, podría encontrar a Dorothy más tarde. Se sentó cerca del fondo y, de inmediato, notó que Dorothy estaba en el asiento justo delante de él.

La tocó en el hombro. Ella se dio vuelta, y una expresión de sorpresa apareció en su rostro. Él le quería susurrar algo, pero ella, conociendo las reglas, dijo:

-¡Shh! Hablaremos más tarde.

Es dudoso que Desmond escuchara mucho de lo que dijo el predicador ese día. Después del culto, al fin tuvo la oportunidad de hablar con Dorothy.

-¡Qué bueno volver a verte, Dorothy! Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. Se me ocurre que fue cuando ustedes dos estuvieron en Lynchburg.

-Desmond, ¡qué bueno es verte! Sí, fue en Lynchburg. Parece como que fue hace mucho tiempo -subrayó Dorothy.

-¿Podemos comer juntos en alguna parte? -Desmond había encontrado a Dorothy, y no la dejaría escapar fácilmente.

-Los Miller, que son miembros de esta iglesia, me invitaron a comer con ellos, así que, no sé... -y su voz se fue apagando.

En ese momento, los Miller llegaron a donde estaban Dorothy y él conversando, para recoger a Dorothy y llevarla a su casa para el almuerzo.

Desmond no perdió tiempo en explicarles:

-Estoy aquí para ver a Dorothy, pero ella no sabía que yo vendría. Me gustaría llevarla a comer.

-Por supuesto, Dorothy -dijo la señora Miller-, Sigan con sus planes. Tú puedes venir en cualquier otro momento a casa.

Así que, los Miller fueron hasta su automóvil y partieron hacia su casa. Desmond y Dorothy quedaron solos.

-Dorothy, tú conoces más este lugar que yo. ¿Dónde hay un buen lugar para comer? -preguntó Desmond.

-Bueno, hay dos lugares. Uno es la cafetería del Colegio. El otro es el comedor del hospital -respondió Dorothy.

-¿Adónde preferirías ir? -preguntó él.

-Generalmente, voy a la cafetería del Colegio -respondió ella.

El Colegio tenía la regla de que los amigos "especiales" no debían comer juntos -norma que hoy consideraríamos anticuada-. Dorothy esperaba que cualquiera que la viera pensara que Desmond era su primo o algo así. Después de todo, él no era su amigo especial, sino solo un conocido.

Así que, Desmond y Dorothy comieron juntos en la cafetería del Colegio. Más tarde, encontraron un lugar donde pudieran conversar.

-¿Qué estás estudiando en el Colegio, Dorothy? -le preguntó Desmond.

-Ahora mismo estoy tomando el curso previo para estudiar Enfermería. Espero entrar el año próximo. ¿Qué estás haciendo tú, Desmond? -preguntó ella.

-Trabajo en el astillero de Newport News, en Virginia. Soy ensamblador, como carpintero, solo que la mayor parte del trabajo es adentro de esos barcos grandes. De este modo, podemos trabajar aun en los días lluviosos -respondió él.

Las preguntas fueron y vinieron, y los jóvenes disfrutaron esa tarde juntos. Desmond sabía que él tendría que irse pronto, ya que tenía que recorrer cerca de 320 kilómetros y quería llegar a su casa esa noche.

-¿No te molestaría que viniera alguna otra vez para verte?

Desmond observó bien de cerca a Dorothy mientras ella respondía, con una sonrisa en el rostro:

-Ven cuando quieras. Lo he pasado bien hoy.

De allí en adelante, Desmond viajaba cada fin de semana: uno para ver a sus padres en Lynchburg, y el siguiente, para ver a Dorothy en el Washington Missionary College. Se encontró gozando los días que pasaba con Dorothy, y siguió alternando los fines de semana.

Más tarde, cuando Desmond y Dorothy habían llegado a ser muy amigos, salían junto con otra pareja.

-¿Por qué no manejas tú mi automóvil esta vez, y permites que Dorothy y yo nos sentemos atrás, como para cambiar un poco? -sugirió Desmond a su amigo.

-No tengo problemas. No creo que pueda hacerle algún daño a tu auto viejo -fue la respuesta, medio en burla.

Ahora bien, Desmond no había planeado las cosas para que ocurrieran de esa manera; pero aquí estaba Dorothy, a su lado, ¡y tan cerca!

Él se inclinó un poco y la besó en la mejilla. Lo que realmente él no esperaba fue lo que ocurrió después. Ella se dio vuelta, ¡y casi le dio una bofetada!

-¡Desmond, NO! ¿Qué quieres decir con besarme? Es la primera vez que un muchacho me besa, y ¡yo no te dejé hacerlo! Lo hiciste sin preguntarme nada -Desmond veía que ella estaba enojada con él.

-Me dio miedo preguntarte -dijo suavemente- porque temía que no me dejaras... Pero, Dorothy, te besé porque realmente te amo. Yo no estaría viajando seiscientos kilómetros para verte si no estuviese interesado seriamente en ti. ¿verdad?

-Bueno... no, seguramente, no -respondió Dorothy, y había una expresión de sorpresa y alegría en su rostro.

Desde entonces, su relación se fue desarrollando naturalmente, y Desmond y Dorothy pasaban tiempo juntos cada vez que podían.

Así que, era natural que, cuando Desmond y Robert Taylor viajaban de regreso a Newport News desde Nueva York, aquella noche del 7 de diciembre de 1941, Desmond deseara

detenerse unos pocos minutos para hablar con Dorothy acerca de la guerra.

Mientras Robert daba vueltas por la zona, Desmond fue a la casa donde Dorothy trabajaba por alojamiento y comida, pues vivía allí mientras estudiaba en el colegio. Ella estaba comenzando a estudiar para sus clases del día siguiente, cuando la señora para quien trabajaba vino hasta la puerta de su habitación y le dijo que tenía una visita. La señora, a propósito, no le dijo quién era, y Dorothy estaba perpleja. Ella sabía que Desmond no tenía planes de verla ese fin de semana.

Cuando vio a Desmond, gritó de alegría. Pero, pronto se dio cuenta de que él estaba muy preocupado.

-Dorothy, ¿has oído las noticias? -le preguntó Desmond.

-¿Qué noticias? -dijo ella, con un dejo de temor en sus ojos.

-Japón bombardeó Pearl Harbor, y Estados Unidos y Japón están ahora en guerra.

-No, no sabía nada. Desmond, ¿eso quiere decir que tendrás que ir a la guerra?

-Supongo que sí -respondió él-. Estoy seguro de que me espera el reclutamiento.

Hablaron unos minutos más, y Desmond sabía que debía irse, pues todavía tenía por delante un largo viaje hasta su casa. Esta vez, cuando tomó a Dorothy en sus brazos y le dio un beso de despedida, no hubo protestas.

CAPÍTULO 8



“AHORA ESTÁS EN EL EJÉRCITO”

Desmond se dio cuenta de que se acercaba el momento en que realmente entraría en el ejército. Pero, mientras esperaba su llamado al reclutamiento, todavía trabajaba en el astillero.

-Desmond, ¿tienes alguna idea de cuándo irás al servicio? -le preguntó su jefe un día.

-La verdad que no sé cuándo será -respondió Desmond-, pero supongo que pronto, a juzgar por el número que están llamando ahora. Están muy cerca del que me tocó a mí.

-Tú sabes que estás trabajando en una industria esencial, y podríamos tratar de que te pongan en la lista de los postergados -sugirió su jefe-. Creo que puedo conseguirlo. Tantos de nuestros obreros están yendo al ejército, que ahora estamos cortos de personal.

-Bueno, no creo que debería procurar estar entre los postergados. Mi salud es buena, no tengo ninguna preocupación por ese lado. Y no creo que sea mejor que los otros amigos que van por 21 dólares por mes. Gracias, de todos modos, pero creo que debo ir...

-Está bien. Pensé que debía ofrecerte la posibilidad, de cualquier manera -concluyó su jefe, y se fue a atender otras tareas.

Ahora que el tema de su servicio estaba decididamente resuelto, Desmond sintió que no era necesario que tomara alguna otra decisión al respecto.

Él estaba en Washington otra vez, y con Dorothy había pasado un hermoso sábado juntos. El domingo de tarde, después de que Dorothy había terminado su trabajo por el día, Desmond la pasó a buscar para ir al parque, antes de que él tuviera que regresar a su casa.

-¿Has tenido alguna otra noticia de cuándo irás al ejército? -preguntó Dorothy.

-Nada definido todavía. Te dije que el jefe en el astillero me ofreció postergar el servicio, ¿verdad? -preguntó Desmond.

-Sí, me contaste eso, y te admiro por tomar esa actitud, aun cuando habría sido más fácil para ti haberte quedado fuera del ejército -subrayó Dorothy.

Desmond estacionó el automóvil cerca de un arroyito donde habían gozado de muchos momentos juntos. Ahora se inclinó más cerca de Dorothy, puso su brazo sobre los hombros de ella y la abrazó con firmeza mientras le preguntaba:

-Dorothy, te amo mucho, y me gustaría que fueras mi esposa. ¿Lo harías?

-Yo también te amo, Desmond, y no hay nada que me gustaría más que ser tu esposa -fue la bienvenida respuesta de Dorothy.

Hubo otras palabras cariñosas, y esta vez Dorothy no puso objeciones a los besos del hombre que había ganado su corazón. Sin embargo, esos eran años de guerra, y las parejas que querían casarse tenían que recordar esto, al hacer planes para el futuro.

-Tenemos algunos problemas, Desmond -dijo Dorothy, cuando conversaban sobre toda esta situación-. Uno de ellos es que tengo planes de empezar a estudiar Enfermería en septiembre, y la escuela de Enfermería no me permitiría casarme. Bueno, ellos realmente no me pueden detener, pero si me caso, no puedo asistir a la escuela. Ellos creen que es mejor que los estudiantes no estén casados. Y yo realmente quiero ser enfermera.

-Lo sé, querida, y no vamos a impedir que seas una enfer-

mera. Otro problema es que si me voy al ejército y me envían a ultramar, te quedarías sola. ¿Qué pasaría si tuvieras un bebé? -preguntó Desmond.

-He pensado en eso, Desmond. Cuando tenga un bebé, quiero ser madre de tiempo completo. Pero si tuviéramos un bebé y tú estuvieras en ultramar, me quedaría completamente sola y tendría que trabajar. Y peor aún -añadió Dorothy, un tanto tímidamente-, ¿qué pasaría si tuviera un bebé y tú no regresaras? ¿Cómo podría criar a un niño yo sola?

Mientras conversaban sobre estas cosas, decidieron que, por más que se amaran el uno al otro y les gustaría casarse, sería mejor que esperaran hasta después de la guerra. Ellos sabían que muchas otras parejas habían llegado a la misma conclusión. Esto era parte de la guerra.



Era el 1º de abril de 1942, y el ejército estaba llamando a un nuevo reclutamiento.

-¿Nombre? -interrogó el oficial en la recepción.

-Doss, Desmond T. -declaró el nuevo recluta.

-Tú eres de Lynchburg, ¿verdad? -dijo el oficial, mirando los papeles de Desmond.

-Sí, señor -respondió Desmond.

-Muy bien, Doss. Ve donde está aquel grupo de hombres. Pronto saldrán para Camp Lee.

Poco después, los nuevos reclutas estaban en el tren. Desmond notó que la mayoría de los muchachos tenían apenas 18 o 19 años, mientras que él tenía 23. Todos parecían estar nerviosos. Desmond suponía que él tenía en su mente algo que los demás no: era viernes, por lo que el día siguiente sería sábado. ¿Qué ocurriría?

Se acomodó en el asiento e intentó relajarse. Desmond percibió el terrible olor del humo de tabaco, y también de whisky y cerveza. Los reclutas todavía no habían prestado su juramento militar; eso ocurriría en Camp Lee. Así que, tenían una pequeña celebración de última hora. Casi cada joven de ese tren militar estaba fumando y bebiendo; y sus cigarrillos eran

realmente cigarros grandes y oscuros. Muchos de ellos se embriagaron tanto que apenas podían ponerse en pie.

Cuando el tren llegó a Camp Lee, Desmond sintió como si él mismo hubiese estado fumando. Tenía un terrible dolor de cabeza.

-Abajo todos, muchachos. Vayan a aquel edificio -ordenó el oficial a cargo.

Desmond saltó del tren, se puso en la fila y, después de algún tiempo, estaba frente a la mesa donde un soldado les entregaba uniformes y otros elementos.

-Veamos, ¿tú eres Doss? ¿Cuál es tu talla?

Después de que Desmond le diera sus datos, el soldado trajo dos uniformes, ropa interior, zapatos, calcetines y un abrigo pesado, junto con una bolsa de lona para poner todo adentro.

-Ponte esta ropa, Doss -le dijo-, y lleva tu ropa de civil a aquella mesa: ellos te ayudarán a enviarlos a casa. No la necesitarás en el ejército.

Cuando Desmond hubo hecho todo eso, se sintió como si fuera otra persona. ¿A dónde había ido el otro Desmond?

Después de recibir su ropa militar, los nuevos reclutas fueron enviados a las diversas barracas, donde dormirían mientras estuvieran en este lugar. Siendo que era un centro de reclutamiento, los jóvenes no estaban todavía limitados, así que Desmond fue a Petersburg para la reunión del viernes de noche en la Iglesia Adventista. Le habría gustado volver a la mañana siguiente para los cultos, pero no le resultó posible.

El sábado de mañana, se despertó al grito del sargento:

-Muy bien, muchachos. Es tiempo de levantarse y destacarse. Tenemos trabajos que hacer hoy. Ahora están en el ejército: no pueden holgazanear todo el sábado, como lo hacían en casa.

Desmond se levantó con el resto de los jóvenes, se vistió y fue al comedor para el desayuno. Él no sabía qué sucedería el resto del día, pero sabía que no podría hacer ciertas actividades en sábado.

Después del desayuno, el sargento anunció:

-OK, compañía. Más tarde hoy tendremos la inspección. Eso significa que tenemos que tener limpias las barracas. Y lo digo en serio. ¡limpias! -insistió el sargento-. Hay que trapear los

pisos; deben sacudir el polvo de todos los muebles y limpiar el interior; las camas deben estar hechas perfectamente, sin arrugas; y el exterior de las barracas también debe estar limpio. Todo lo que no crece debe recogerse. Oh, sí, no se olviden de las ventanas: tienen que brillar por dentro y por fuera. Recuerden que los inspectores usan guantes blancos, y ¡ay de aquel de ustedes que deje algo de polvo encima de su aparador! Los trapos, palas y elementos de limpieza deben de estar en esta alacena. Si tienen alguna pregunta, háganmela ahora. ¡A trabajar!

Este era el momento en que Desmond debía hablar con el sargento.

-Sargento, señor -dijo-. Soy adventista del séptimo día, y hoy es el sábado de Dios. No puedo hacer esa clase de trabajo en sábado.

-¿Tú eres qué? ¿Qué diantre es un "adventista del séptimo día", y por qué no puedes ayudar con la limpieza, nenito de mamá?

El sargento parecía escupir cada palabra.

-No tengo miedo de limpiar. Pero no puedo hacerlo en sábado. Usted ve, soy un OC, "Objetor de conciencia".

-Bueno, ¿qué les parece? Tenemos un OC -dijo sarcásticamente el sargento-. Compañero, debes saber que no puedo usar gente como tú. Ahora, ¡ponte a trabajar!

-Lo lamento, señor, pero no puedo -insistió Desmond- Trabajaré mañana, el doble de fuerte. Se lo prometo.

-Te necesitamos hoy, no mañana. Si no trabajas, ¡vete de aquí antes de que te eche afuera! ¡No quiero verte!

Así que, Desmond salió y se sentó en los escalones de entrada a la barraca. Sacó su pequeña Biblia del bolsillo, y comenzó a leer. Los últimos minutos habían sido como una pesadilla, y él necesitaba obtener algo de ánimo de su Biblia.

-Bueno, ¿qué tenemos aquí? -un oficial estaba pasando, y vio a Desmond sentado en los escalones, leyendo su Biblia-. No debes estar fuera de la barraca en este momento. ¡Vuelve adentro y ponte a trabajar!

Desmond trató de explicar, pero el oficial no quería escuchar nada. Solo repetía: "Entra".

Con un suspiro, Desmond se levantó y entró en la barraca.

realmente cigarros grandes y oscuros. Muchos de ellos se embriagaron tanto que apenas podían ponerse en pie.

Cuando el tren llegó a Camp Lee, Desmond sintió como si él mismo hubiese estado fumando. Tenía un terrible dolor de cabeza.

-Abajo todos, muchachos. Vayan a aquel edificio -ordenó el oficial a cargo.

Desmond saltó del tren, se puso en la fila y, después de algún tiempo, estaba frente a la mesa donde un soldado les entregaba uniformes y otros elementos.

-Veamos, ¿tú eres Doss? ¿Cuál es tu talla?

Después de que Desmond le diera sus datos, el soldado trajo dos uniformes, ropa interior, zapatos, calcetines y un abrigo pesado, junto con una bolsa de lona para poner todo adentro.

-Ponte esta ropa, Doss -le dijo-, y lleva tu ropa de civil a aquella mesa; ellos te ayudarán a enviarlos a casa. No la necesitarás en el ejército.

Cuando Desmond hubo hecho todo eso, se sintió como si fuera otra persona. ¿A dónde había ido el otro Desmond?

Después de recibir su ropa militar, los nuevos reclutas fueron enviados a las diversas barracas, donde dormirían mientras estuvieran en este lugar. Siendo que era un centro de reclutamiento, los jóvenes no estaban todavía limitados, así que Desmond fue a Petersburg para la reunión del viernes de noche en la Iglesia Adventista. Le habría gustado volver a la mañana siguiente para los cultos, pero no le resultó posible.

El sábado de mañana, se despertó al grito del sargento:

-Muy bien, muchachos. Es tiempo de levantarse y destacarse. Tenemos trabajos que hacer hoy. Ahora están en el ejército: no pueden holgazanear todo el sábado, como lo hacían en casa.

Desmond se levantó con el resto de los jóvenes, se vistió y fue al comedor para el desayuno. Él no sabía qué sucedería el resto del día, pero sabía que no podría hacer ciertas actividades en sábado.

Después del desayuno, el sargento anunció:

-OK, compañía. Más tarde hoy tendremos la inspección. Eso significa que tenemos que tener limpias las barracas. Y lo digo en serio, ¡limpias! -insistió el sargento-. Hay que trapear los

pisos; deben sacudir el polvo de todos los muebles y limpiar el interior; las camas deben estar hechas perfectamente, sin arrugas; y el exterior de las barracas también debe estar limpio. Todo lo que no crece debe recogerse. Oh, sí, no se olviden de las ventanas: tienen que brillar por dentro y por fuera. Recuerden que los inspectores usan guantes blancos, y ¡ay de aquel de ustedes que deje algo de polvo encima de su aparador! Los trapos, palas y elementos de limpieza deben de estar en esta alacena. Si tienen alguna pregunta, háganmela ahora. ¡A trabajar!

Este era el momento en que Desmond debía hablar con el sargento.

-Sargento, señor -dijo-. Soy adventista del séptimo día, y hoy es el sábado de Dios. No puedo hacer esa clase de trabajo en sábado.

-¿Tú eres qué? ¿Qué diantre es un "adventista del séptimo día", y por qué no puedes ayudar con la limpieza, nenito de mamá?

El sargento parecía escupir cada palabra.

-No tengo miedo de limpiar. Pero no puedo hacerlo en sábado. Usted ve, soy un OC, "Objetor de conciencia".

-Bueno, ¿qué les parece? Tenemos un OC -dijo sarcásticamente el sargento-. Compañero, debes saber que no puedo usar gente como tú. Ahora, ¡ponte a trabajar!

-Lo lamento, señor, pero no puedo -insistió Desmond-. Trabajaré mañana, el doble de fuerte. Se lo prometo.

-Te necesitamos hoy, no mañana. Si no trabajas, ¡vete de aquí antes de que te eche afuera! ¡No quiero verte!

Así que, Desmond salió y se sentó en los escalones de entrada a la barraca. Sacó su pequeña Biblia del bolsillo, y comenzó a leer. Los últimos minutos habían sido como una pesadilla, y él necesitaba obtener algo de ánimo de su Biblia.

-Bueno, ¿qué tenemos aquí? -un oficial estaba pasando, y vio a Desmond sentado en los escalones, leyendo su Biblia-. No debes estar fuera de la barraca en este momento. ¡Vuelve adentro y ponte a trabajar!

Desmond trató de explicar, pero el oficial no quería escuchar nada. Solo repetía: "Entra".

Con un suspiro, Desmond se levantó y entró en la barraca.

El sargento lo vio.

-¡Pensé que te había dicho que salieras!

-Estuve afuera, pero un oficial me dijo que volviera a entrar -respondió Desmond.

-¡Bonito lío es este! OK, Doss, vete a aquel rincón, fuera del camino, así los otros muchachos no tropezarán contigo -dijo irónicamente.

Así que, Desmond fue y se sentó en la esquina, mientras los demás soldados que pasaban cerca de él lo maldecían y se burlaban de él.

A la mañana siguiente, dijeron a los reclutas que juntaran sus cosas y estuvieran cerca de las vías a las diez de la mañana. Irían a Fort Jackson, en Carolina del Sur, para el entrenamiento básico.

CAPÍTULO 9



ENTRENAMIENTO BÁSICO

-**S**úbense a ese tren, muchachos del ejército. Pónganse lo más cómodos que puedan, pues el viaje es largo. Además, una vez que lleguen, no tendrán tiempo de estar cómodos –señaló el oficial del ejército.

Fue un hermoso viaje por el sur de Virginia, cruzando Carolina del Norte y siguiendo por Carolina del Sur, hasta Fort Jackson, cerca de Columbia. Indicaron a los hombres que dejaran el tren y subieran a los vehículos del ejército, que los esperaban para llevarlos a Fort Jackson.

Al llegar al cuartel, les indicaron que fueran a las mesas, donde les darían información y asignaciones. Cuando le llegó el turno, Desmond se acercó a la mesa y le dio al oficial un saludo más bien torpe, pues no había aprendido todavía esa técnica. El oficial devolvió el saludo con una media sonrisa.

Luego tomó los papeles de Desmond, los revisó, y dijo:

-Doss, tu número en el ejército es 33158036. El número de tu registro médico es C6067288. Aquí tienes una tarjeta con esos números, pero sugiero que los aprendas de memoria. Los usarás muchísimo. Te asignamos a la Compañía M. Ese soldado en la puerta te indicará el camino.

-¿Dónde está la Compañía M? –preguntó Desmond al soldado.

El soldado le dio las instrucciones. Sin embargo, luego le dijo:

-Espera. Quieren que todos aguarden aquí, pues les darán más instrucciones.

Los instructores leyeron a los hombres el Artículo de Guerra, y les dijeron que no se ausentaran sin autorización oficial (Absent Without Official Leave) y otras cuestiones. Finalmente, dijeron:

-Estarán en cuarentena las próximas dos semanas. No deben salir de Fort Jackson durante ese tiempo.

Y los despidieron.

Desmond encontró la Compañía M. Guardó prolijamente sus cosas en el extremo de su camastro. Era el comienzo de la semana, y decidió que no esperaría hasta el viernes para preguntar acerca del sábado. Quería estar seguro de que no le asignarían un grupo de trabajo ese día, y también quería ir a la iglesia; pero se preguntaba cómo podría hacerse ese arreglo, teniendo en cuenta que estaban en cuarentena. Antes de salir de la barraca, hizo una breve oración, pidiendo a Dios ayuda para resolver estas cosas. Buscó al sargento.

-Sargento, yo soy adventista del séptimo día, y quiero hablar acerca de tener el sábado libre. ¿Adónde voy, y a quién tengo que ver? -preguntó Desmond.

-Me suena como que tienes que ver al capellán del regimiento. Su nombre es Stanley, y puedes encontrarlo en la capilla, cerca de la enfermería del regimiento -respondió el sargento, sin rudeza.

Después de que le dieran las indicaciones para llegar, Desmond buscó la enfermería.

-¿Estará el capellán por aquí cerca? -preguntó.

-Lo encontrará allá, en la capilla, soldado.

Desmond fue hasta la capilla y vio a un hombre sentado ante una mesa cerca de la puerta.

-Señor, ¿es usted el capellán Stanley?

Al recibir una respuesta afirmativa, Desmond siguió:

-Creo que usted es la persona con la que tengo que hablar, entonces.

-¿Cómo te llamas, y acerca de qué quieres hablar conmigo? -preguntó el capellán Stanley.

-Mi nombre es Desmond T. Doss. Acabo de llegar al cuartel,

señor. Soy cristiano adventista del séptimo día, y quiero ver si me será posible estar libre de tareas los sábados. Me gustaría mucho tener un pase, de modo que pueda ir a la iglesia en Columbia –explicó Desmond, cortésmente.

–Contento de conocerte, Doss. Tengo un buen amigo que es adventista del séptimo día. Me parece que es uno de tus pastores. En cuanto a tu problema, no estoy seguro de lo que podré hacer por ti, por causa de la cuarentena. Pero puedo tratar de hacer algo –dijo el capellán.

–Usted verá, señor, siempre he ido a la iglesia, y no me gusta ni pensar en no poder ir –subrayó Desmond.

–OK. Gracias por venir. Ven a verme un poco más tarde en la semana, y veré si puedo hacer algo por ti –respondió el capellán mientras despedía a Desmond.

Desmond podía ver que el capellán Stanley era amigable y comprensivo, y creyó que él lo ayudaría, si pudiera. Con el paso del tiempo, muchas veces pudo confirmar esta opinión, porque el capellán lo ayudó con problemas que surgían por causa de su fe adventista.

Desmond regresó a la Compañía M y pronto se adaptó a la rutina de la vida en el cuartel. Hasta donde pudo ver, la M parecía ser una compañía en la que al menos algunos de los soldados nuevos eran ubicados hasta que los oficiales pudieran decidir dónde podían desempeñarse mejor.

El viernes, Desmond fue a hablar otra vez con el capellán.

–Capellán Stanley, ¿qué pudo conseguir acerca de mi pedido de ir a la iglesia mañana? –le preguntó.

–Estoy contento de que vinieses, Doss. Nuestra comisión para atender pedidos tales se reunió, y hemos decidido dejarte ir mañana a la iglesia. El único problema es que necesitas que alguien vaya contigo.

Desmond se preguntaba quién en el mundo podría ir con él a la iglesia el sábado, cuando se dio cuenta de que el capellán seguía hablando.

–...pero hemos decidido permitirte ir solo –concluyó.

Desmond recogió su pase en la enfermería y estuvo muy contento de ir a la iglesia ese primer sábado en el cuartel. Gozó con los cultos en la iglesia. Esta gente, que estaba acos-

tumbrada a ver que los soldados venían y se iban, lo saludó calurosamente. Hasta lo invitaron a quedarse para el almuerzo a la canasta para los soldados que estaban allí de otras compañías en Fort Jackson. Al final de ese sábado, tenía un sentimiento muy cálido y agradeció a Dios por ese día hermoso.

Desmond estaba aprendiendo cómo se conforma un ejército, con divisiones, regimientos, batallones y compañías. El Departamento Médico es una unidad separada, que no responde a los comandantes de la compañía, sino ante el Departamento Médico. Sin embargo, los soldados de sanidad son divididos de tal modo que están agregados a cada compañía. Durante la semana siguiente, Desmond fue transferido al departamento médico como soldado de sanidad, agregado a la Compañía B, del 307º Regimiento de la 77ª División.

El viernes siguiente, de tarde, fue hacia la enfermería del regimiento a fin de obtener su pase para ir a la iglesia al día siguiente. Después de los arreglos de la semana anterior, no esperaba problemas.

-¿Puedo obtener un pase para mañana, para poder asistir a la iglesia? -preguntó Desmond al sargento en la enfermería.

-Sospecho que tendrás que conseguirlo del capitán Wendell (no es su nombre real), si quieres tener uno. Tú sabes que los nuevos reclutas están en cuarentena durante dos semanas, y no puedo darte un pase -le respondió el sargento.

-¿Dónde puedo encontrar al capitán?

-En este momento ha salido, pero debería volver en unos quince minutos. Si quieres, puedes esperarlo...

-Lo esperaré -Desmond sabía que era importante que viera al capitán.

El capitán Wendell volvió diez minutos más tarde, y vio a Desmond sentado en una silla. Desmond se puso de pie y saludó.

-¿Qué puedo hacer por ti, soldado? -preguntó el capitán.

-Señor, mi nombre es Desmond Doss, y soy adventista del séptimo día. La semana pasada el capellán Stanley fue bondadoso, e hizo arreglos para que yo pudiera ir a la iglesia, y que no tuviera asignada ninguna tarea en sábado. Es mi costumbre ir a la iglesia cada semana, y ciertamente apreciaré obtener otro pase.

-Espera un momento, Doss. Yo soy judío, y también es mi cos-

tumbre ir a la iglesia cada sábado... cuando estoy en casa. Pero ahora estamos en el ejército. Yo tengo que trabajar en sábado y tú tendrás que hacer lo mismo –subrayó el capitán Wendell.

–Lo lamento, capitán, pero no puedo considerarlo de ese modo. Mi Biblia me dice que no hemos de hacer ninguna obra en el sábado de Dios, y tengo que obedecer a Dios. El capellán Stanley habló de algún tipo de comisión que se reunió a fin de tratar mi pedido, donde decidieron que podía ir a la iglesia aunque estuviera en la cuarentena. Por eso, ¿podría tener un pase para mañana?

–Creo que tendré que darte uno, si Stanley dijo eso. Píde al sargento que te prepare uno y yo lo firmaré –concluyó el capitán Wendell.

Desmond se fue alegremente con su pase, sabiendo que podría asistir a la iglesia al día siguiente. También se acordó de agradecer a Dios.

Cada viernes de tarde, Desmond fielmente iba a la enfermería del regimiento por su pase. El capitán Wendell siempre rezongaba con él acerca de que no trabajaba los sábados y que quería un pase para la iglesia, sin embargo, finalmente se lo daba. Hasta que un día...

–Doss, estoy cansado de darte un pase para ir a la iglesia cada semana. Ya te he dicho que tienes que olvidarte de este asunto del sábado mientras estés en el ejército. Tendrás que trabajar como el resto de nosotros. Después de todo, puedes tener el domingo libre. Esto debería ser suficiente –dijo el capitán ese viernes.

–Capitán, señor, no puedo hacer eso. Yo trabajo los domingos cuando me tomo el sábado libre. Pero, simplemente, no puedo trabajar en el sábado de Dios.

–Bueno, Doss, te daré un pase hoy, pero no vuelvas más. No te firmaré otro pase y no permitiré que nadie firme un pase. ¿Está claro? –y Desmond se dio cuenta de que hablaba en serio.

–Doss, ¿a qué hora termina su reunión tu iglesia? –siguió diciendo el capitán.

–Termina alrededor del mediodía, pero generalmente hay un almuerzo a la canasta para los soldados –explicó Desmond.

–Muy bien, estarás de regreso aquí, en el cuartel, para las cuatro. Y preséntate en la enfermería.

-Sí, señor.

Al día siguiente, Desmond fue a la iglesia con un poco de preocupación. Cuando llegó el momento para la oración matutina, Desmond explicó a los presentes el problema que estaba teniendo, y pidió que oraran por él para que pudiera asistir a la iglesia regularmente. Ellos oraron por él en la iglesia y prometieron hacerlo durante la semana.

Cuando Desmond regresó al cuartel y se presentó en la enfermería esa tarde, el capitán Wendell no estaba allí.

-OK, Doss. Volviste a tiempo -dijo el sargento-. ¿Por qué no vas a la capilla por un momento? Si te necesitamos, te llamaremos.

Desmond no estaba seguro de qué ocurriría si lo necesitaban, pero cruzaría ese puente cuando llegara el momento.

En la capilla, se encontró con el capellán Stanley; fue una alegría hablar con este amigable hombre de Dios.

-Hola, Doss. Qué bueno verte. ¿Cómo andan las cosas desde que entraste al grupo de sanidad? -le preguntó el capellán.

-No demasiado mal, capellán Stanley. Estoy realmente aprendiendo mucho y estoy contento con mi trabajo. Pero hoy tuve un problema -y Desmond le contó al capellán lo que había sucedido con el capitán en relación con el sábado y los pases.

-Desmond, realmente quiero ayudarte -ofreció el capellán Stanley-. Lo único que queda es llevarlo ante la División. Al capitán Wendell no le gustará y él no me apreciará por hacerlo, pero no veo qué otra cosa se puede hacer. Lo haré, y te haré saber cómo me resulta.

El capellán Stanley y Desmond conversaron un poco más. Entonces, al ponerse el sol y terminar el sábado, Desmond se despidió del capellán diciéndole cuánto apreciaba la ayuda que le había estado dando, y salió de la capilla.

El viernes, nuevamente fue a ver al capellán Stanley.

-Buenas noticias, Doss -le dijo el capellán-. La División ha aprobado tu pase los sábados. Aquí está el papel con la aprobación. Dice que Desmond Doss ha de recibir un pase para ir el sábado a la iglesia siempre que sea posible. Esto debería acabar el asunto para ti -el capellán le entregó el papel a Desmond.

-Usted no sabe cuánto aprecio esto, capellán -dijo Desmond-. Dios lo bendiga.

Esa tarde, Desmond fue a la enfermería del regimiento, llevando el papel de la División que el capellán Stanley le había dado. El sargento lo vio venir.

-Yo no le puedo dar un pase, Doss -dijo él-, y el capitán no está aquí.

-Sargento, es una orden de la División -explicó Desmond-. ¿Dónde está el capitán?

-Está en el campo de deportes, dando una clase de calistenia a los reclutas -respondió el sargento.

Esto era algo que Desmond no había visto que el capitán hiciera antes.

-Bueno, prepáreme el pase y yo lo llevaré al campo para que lo firme -le dijo Desmond al sargento.

Desmond tomó el pase y se fue a donde estaba el capitán. Saludó, y luego le pasó el papel de la División y el pase.

-¡Descanso! -ordenó el capitán Wendell, mientras tomaba el papel y lo leía. Su cara enrojeció, pero firmó el pase que había declarado que nunca más firmaría... frente a todos sus hombres. Desde entonces, Desmond sintió que el capitán ya no tenía ninguna simpatía por él... y el capitán Wendell le dio razones para sentir eso.

Sin embargo, otra vez, Desmond Doss fue a la iglesia el sábado.



CAPÍTULO 10

CAMPANAS DE BODAS

Durante los diversos problemas que estaba teniendo, especialmente acerca del sábado, Desmond siempre podía contar con que una persona estaba de su lado y lo animaba: Dorothy. Estaban separados por muchos kilómetros, pero el servicio postal siempre estaba disponible y lo usaban bien.

Un sábado en la iglesia, Desmond estaba hablando con la señora Thomas, uno de los amistosos miembros de la iglesia.

—¿Cómo van las cosas, Desmond? —preguntó ella—. ¿Te está tratando bien el ejército?

—Bueno, sí, señora Thomas —contestó él—. Realmente, estoy aprendiendo muchas cosas en el ejército. Aparte de las dificultades que tuve para obtener mis pases para venir a la iglesia, no tengo demasiados problemas. Lo único es que siento la ausencia de la familia, en especial de Dorothy. Usted sabe, es mi prometida. No nos hemos visto desde que me reclutaron.

—Desmond —dijo la señora Thomas—, ¿hay alguna manera en que Dorothy pudiera venir a verte? Si fuera así, estaríamos contentos de que se alojara con nosotros en cualquier momento que quiera.

El rostro de Desmond se iluminó.

—Eso sería maravilloso, señora Thomas; muchas gracias. No estoy seguro de cómo podríamos hacerlo, pero trataremos.

Debido a esa invitación, Dorothy llegó a Columbia unas

pocas semanas más tarde. Para ese tiempo, por supuesto, la cuarentena ya había terminado, de modo que Desmond pasó todo el tiempo que pudo con Dorothy durante el fin de semana en que ella estuvo allí. La familia Thomas era muy hospitalaria, y parecían alegrarse de tener a estos jóvenes en su casa.

El sábado de noche, Desmond y Dorothy estaban conversando en la sala (los esposos Thomas discretamente se habían ido al comedor). Los jóvenes gozaban mucho en orar juntos, de modo que ambos oraron, y luego Dorothy preguntó:

-Desmond, ¿cómo van realmente las cosas para ti? ¿Tienes algunos otros problemas, además de los que me contaste en tus cartas?

-Cariño, en cuanto a lo que es el ejército, no está tan mal, lo voy sobrellevando. Pero te extraño mucho, y desearía que hubiera alguna manera en que pudiéramos casarnos. Yo sé que quieres ir a la escuela de Enfermería en septiembre, y no quiero impedirte hacerlo. Pero sería tan lindo si pudiéramos casarnos y estar juntos, por lo menos parte del tiempo.

Dorothy suspiró.

-Querido, yo he estado pensando acerca de este problema por mucho tiempo. Todavía quiero prepararme como enfermera, pero estoy comenzando a sentir que tú me necesitas más de lo que yo soy necesaria como enfermera. ¿Por qué no nos casamos, pero cuidándonos mucho, para no tener niños hasta que vuelvas de la guerra? ¿Qué te parece?

-Cariño, ¿lo dices en serio? ¡Eso sería tan maravilloso! Podrías venir a cualquier lugar donde me estacione, si estamos casados. Y yo podría tener tanto tiempo libre como sea posible para estar contigo.

Los ojos de Desmond brillaban cuando pensaba en esa posibilidad. Después de algunos abrazos y besos más, para sellar esta maravillosa nueva idea, Desmond y Dorothy decidieron que, tal vez, deberían hacer algunos planes definidos.

-Casémonos en la iglesia de Richmond, querido -sugirió Dorothy con entusiasmo-, ¿Cuándo podrías conseguir una licencia?

-Estoy en entrenamiento básico y no puedo conseguir ninguna licencia hasta que termine. Eso sucederá en agosto.

creo. Tendré que averiguar eso, y ver si puedo conseguir una fecha firme para la licencia.

Miraron el calendario que estaba en la pared. Parecía que podrían tener la ceremonia a mediados de agosto, si todo iba bien. Dorothy tenía que volver a Richmond el domingo, pero fue con corazones comparativamente aliviados que la pareja se despidió al separarse.

Desmond fue a ver al capitán Wendell y le preguntó por una licencia, pero no pudo conseguir ninguna fecha precisa.

-Los oficiales y los no combatientes vienen primero. Tendrás que esperar tu turno.

Desmond deseaba poder darle a Dorothy algo específico, pero tendrían que ser pacientes, decidió él. Faltaban todavía dos meses para agosto.

En 1942, el 4 de julio cayó en viernes, y para todos en Fort Jackson ese día era feriado. Desmond se sentía solo, y deseaba ver a su amada Dorothy otra vez; ¡tendría que encontrar una manera de verla! Si se iba a Richmond en un ómnibus el jueves de noche, decidió, y volvía el domingo a tiempo para el toque de diana del lunes, nadie lo sabría. No le contó a nadie en el cuartel sobre cuáles eran sus intenciones. Afortunadamente, le dijo a la señora Thomas que tenía planes de ver a Dorothy durante el fin de semana.

Todo estaba saliendo muy bien. Llegó a Richmond y encontró el camino a la casa de la familia Schutte, anticipando una alegre reunión de sorpresa con Dorothy. Él sabía que ella estaría feliz de verlo. Golpeó, esperando que Dorothy saliera a recibirlo, deseando ver la cara de sorpresa y alegría de ella. En su lugar, abrió la puerta la señora Schutte.

-Desmond, ¿qué estás haciendo aquí? -ella fue la sorprendida, en lugar de Dorothy.

-Bueno, vine para ver a esa dulce hija suya, mamá Schutte -replicó Desmond.

-Pero... pero, Desmond, ¡Dorothy fue a verte a ti! Ella quería sorprenderte.

Desmond apenas podía dar crédito a sus oídos.

¿Y ahora qué hago?, pensó. La madre de Dorothy estaba pensando lo mismo.

-Veamos -dijo ella-. ¿Cómo se llama la gente donde se aloja Dorothy cuando va para allá? ¿No es Thomas? ¿Por qué no la llamamos y le pedimos que Dorothy vuelva enseguida?

Era viernes de mañana, así que lo que ella sugería era todavía posible.

Entretanto, Dorothy había llegado a Columbia, esperando la maravillosa sorpresa que tendría Desmond cuando la viera. Llegó a la casa de los Thomas y llamó a la puerta. Se preguntó por un instante por qué la señora Thomas tenía esa cara de sorpresa cuando abrió la puerta.

-Dorothy, ¿qué haces aquí? -preguntó la señora Thomas.

-Vine para ver a Desmond. Quería sorprenderlo -contestó Dorothy, alegremente.

-Lo sorprenderías, claro... si estuviese aquí. Pero se fue a Richmond para sorprenderte a ti, Dorothy.

La realidad de la situación finalmente quedó clara para Dorothy.

-¿Qué hago ahora, señora Thomas?

-Llamemos a la estación, para ver si hay un tren hacia Richmond que salga temprano -sugirió la señora Thomas.

La llamada informó que un tren partiría para Richmond en unos veinte minutos. Dorothy prácticamente corrió hasta la estación, y llegó justo a tiempo para subir al tren antes de que comenzara a ponerse en movimiento.

Cuando la mamá Schutte y Desmond llamaron a la señora Thomas, ella pudo informar que Dorothy estaba en camino de regreso a Richmond. Desmond la esperó en la estación y pudieron pasar juntos un sábado maravilloso. Pero decidieron que ¡nunca, nunca más, tratarían de sorprenderse mutuamente de esa manera!

El domingo, Desmond decidió tomar el tren, en lugar del ómnibus, de regreso a Fort Jackson porque de ese modo llegaría a la hora correcta. Estaría en Columbia a las cuatro de la mañana del lunes, lo que le daría tiempo suficiente para llegar a Fort Jackson antes del toque de diana. El único problema fue... ¡que el tren tuvo un desperfecto! Pudieron arreglarlo pero, como resultado, el tren llegó a Columbia al mediodía, y Desmond no llegó a Fort Jackson hasta la una... siete horas después del toque de diana.

-¿Dónde diantre estuviste al toque de diana esta mañana?
-le preguntó el sargento, cuando Desmond finalmente entró en su área del cuartel.

Desmond decidió no ocultar nada y le contó al sargento toda la historia. Su castigo fue que pasaría las siguientes diez tardes en la enfermería de su compañía rasqueteando el piso y enderezando las estanterías. Y durante ese tiempo, no podría ir al PX (el pequeño almacén del cuartel donde los soldados compraban artículos generales).

No era un castigo demasiado difícil para él. Rasqueteaba un piso que probablemente había sido ya limpiado ese día, y puso algo de orden en varios de los estantes. Luego, le quedaba tiempo para escribir a Dorothy y a sus padres. Como no podía ir al PX él mismo, le pidió a un amigo que llevara su uniforme allí para enviarlo a la tintorería. *El mejor castigo que pude haber recibido, se dijo. Ponerme al día con mis cartas y conseguir que me limpiaran el uniforme para el casamiento.*

El momento en que Desmond y Dorothy querían tener su boda se acercaba rápidamente. Necesitaban fijar una fecha, pero Desmond todavía no había podido conseguir la licencia. El sargento Ricky estaba de turno en la enfermería cuando Desmond fue una vez más a preguntar por la licencia.

-Sargento, ¿qué puedo hacer con mi licencia? Ya le dije que tengo planes de casarme, y necesito saber cuándo podré tener mi licencia, para que Dorothy pueda fijar una fecha definida para la boda -insistió Desmond.

-¡Felicitaciones, Doss! Tengo una sugerencia. ¿Por qué no va a las oficinas centrales del regimiento y ve al Ayudante? Él es el que maneja esas cosas. Tal vez él pueda darle una fecha -sugirió el sargento Ricky.

Así que, Desmond fue a las oficinas centrales del regimiento, pero el Ayudante no estaba. Se quedó allí un momento, pensando en qué sería lo siguiente que debía hacer, y en eso entró en el lugar el comandante del regimiento.

-¿Qué puedo hacer por usted, soldado? -preguntó.

Saludando ágilmente, Desmond contestó:

-Necesito ver al Ayudante, señor, pero él no está aquí. Y no tengo permiso para hablar con usted.

-Te digo una cosa: yo te doy ese permiso -dijo bondadosamente el comandante-. Ahora, ¿qué es lo que necesitas?

-Señor, quiero casarme cuando termine mi entrenamiento básico. Tengo la novia y la iglesia, pero no he podido conseguir la fecha de mi licencia, para poder hacer los planes para la boda. Me preguntaba si de algún modo usted podría conseguir que me fijen una fecha para mi licencia -respondió Desmond.

-No creo que sea posible, Doss, por causa de la OCS [Escuela de cadetes del ejército] -dijo el comandante.

Cuando vio la mirada en blanco en el rostro de Desmond, le preguntó:

-¿No estás en la lista para la OCS?

-No, señor.

-Oh, eso es diferente. Entonces, no sé por qué no podemos darte una fecha. Llamaré al capitán Wendell -y mientras decía esto, tomó el teléfono y discó el número del capitán.

"Wendell, tengo a Desmond Doss en mi oficina. Me dice que quiere casarse. Cuando un soldado quiere casarse, es mejor dejarlo seguir adelante con sus planes y que lo haga. ¿Puede definir una fecha para su licencia, de modo que pueda hacer sus planes?"

Desmond estaba escuchando la conversación telefónica, pero no podía oír lo que decía el capitán Wendell. Cuando el comandante colgó, se dirigió a Desmond y le dijo:

-OK, Doss. El capitán Wendell fijará la fecha. Y de paso, ¡felicitaciones!

-¡Gracias, señor! Y muchas gracias por su ayuda -Desmond sonrió mientras saludaba.

Cuando llegó a la enfermería, caminó en dirección a la oficina del capitán Wendell, pero el sargento Ricky lo detuvo.

-Doss, ¡no te atrevas a entrar allí! Te cortará la cabeza. Está furioso. ¿Cómo te atreviste a hablar con el comandante sin permiso?

Desmond explicó que el Ayudante no estaba en la oficina, y que él no se había dirigido al comandante, sino que el comandante le había hablado a él.

-Bueno, vuelve a tu barraca. Yo trataré de arreglar todo el asunto con el capitán Wendell. Puedes conseguir la fecha de tu licencia más tarde, cuando se haya calmado.

Desmond finalmente encontró que su licencia comenzaría el jueves 13 de agosto. Esto le permitiría casarse con Dorothy el sábado de noche, 15 de agosto, como habían esperado.

Llegó a Richmond el jueves de noche. El viernes, él y Dorothy fueron al tribunal, para obtener su licencia de matrimonio. Sin embargo, se presentó un problema: ambos necesitaban hacerse un análisis de sangre. Podían sacarse sangre ese día, pero los resultados estarían recién el lunes de mañana. No podrían obtener la licencia de matrimonio hasta el lunes, así que, tampoco habría casamiento hasta ese día.

El lunes de mañana, buscaron su licencia de matrimonio del Palacio de Justicia. La boda sería a las cuatro de la tarde. Los miembros de la iglesia estaban todos interesados en ayudar a la joven pareja a tener un casamiento hermoso; muchos regalaron flores para adornar la iglesia. Desmond usó el automóvil de mamá Schutte para ir a varios domicilios a buscar las flores, y las llevó a la iglesia. Entonces, decidió que necesitaba cortarse el cabello, para lucir bien en la boda. Cuando llegó a la peluquería, había varios hombres delante de él, esperando. Acababa de decidir que no tenía tiempo para esperar, cuando entró un hombre preguntando de quién era el Ford que estaba frente a la peluquería.

-Mío, ¿por qué? -dijo Desmond.

-Tiene un neumático pinchado. Pensé que le interesaría saberlo -respondió el hombre.

El peluquero ya sabía que Desmond quería un corte de cabello porque se casaba esa tarde.

-Soldado, ve a hacer arreglar ese neumático, y te guardaré el lugar en la fila -dijo el peluquero.

Así que, Desmond hizo arreglar el neumático, consiguió su corte de cabello, y todavía llegó a tiempo a la iglesia para prepararse para su casamiento.

La boda transcurrió con toda alegría. El novio estaba feliz y la novia brillaba. La ceremonia fue un poco diferente de las demás. En lugar de pedir a la novia y al novio que dijeran "Sí, quiero", el pastor les pidió que se dieran la mano si querían casarse para los tiempos buenos y los malos, para la riqueza o la pobreza, etc.

En su oración, el ministro pidió que el Señor bendijera a la

joven pareja de una manera especial, y que los mantuviera a salvo aun en tiempos de guerra.

¡Por fin eran el señor y la señora Doss!

Desmond decidió que la frase "para la pobreza" en su ceremonia era muy apropiada. Veintiún dólares por mes no alcanzarían para mucho, y Dorothy tampoco tenía mucho dinero. Pasaron la noche de bodas en casa de los padres de Desmond, en Lynchburg, donde se quedaron unos pocos días más, antes de que Desmond tuviera que regresar a Fort Jackson.

Desmond encontró que cuando se es casado la paga en el ejército aumentaba un dólar entero por mes, a veintidós dólares, y que Dorothy recibiría otros cincuenta dólares por mes. Ella trabajaba donde y cuando podía, mientras seguía a Desmond y vivía cerca de los cuarteles donde él estaba estacionado, como muchas otras esposas durante la Segunda Guerra Mundial. Dorothy trató de guardar esos cincuenta dólares que recibía cada mes, de modo que pudieran tener algunos ahorros para cuando terminara la guerra.

Cuando terminó la licencia de Desmond y él volvió a Fort Jackson, no se alegró por tener que separarse de su flamante esposa. Sin embargo, estaba feliz porque se hubiesen casado. Le daba un sentido de estabilidad, así como de responsabilidad. Agradeció a Dios por tener una esposa maravillosa que lo animara y lo acompañara... por lo menos, parte del tiempo.



CAPÍTULO 11

FORT JACKSON Y PUNTOS AL OESTE

Cuando Desmond regresó a Fort Jackson después de su licencia, comenzó a oír rumores de que su unidad saldría pronto. ¿Hacia dónde? Tal vez algunos lo supieran, pero la mayoría de los soldados no tenía idea.

El 10 de septiembre de 1942, la 77ª División partió en un tren con la tropa hacia Fort Sill, Oklahoma. El cuartel estaba ubicado cerca de la pequeña ciudad de Lawton. Desmond pronto encontró la iglesia adventista de la ciudad, y junto con varios otros soldados obtuvieron pases para ir a la iglesia los sábados de mañana. Cada sábado, las hermanas de la iglesia preparaban un almuerzo de camaradería, también llamado almuerzo a la canasta. A los soldados siempre les gustaba la buena comida que recibían allí.

Pero una dama de la iglesia hizo la “segunda” –o, tal vez, hasta la tercera y la cuarta– milla. Se llamaba Lovey Hutchinson –un nombre muy apropiado, pues “Lovey” significa “cariño” y se relaciona con la palabra *love*: amor, en inglés–. Desmond y sus compañeros nunca olvidaron su bondad. Ella decía a los soldados: “Yo trabajo todo el día, pero nunca cierro mi casa con llave. Ustedes, muchachos, son siempre bienvenidos cada vez que estén en la ciudad, a cualquier hora. Y yo trataré de tener comida todo el tiempo en el refrigerador, ¡a menos que

demasiados muchachos hayan atacado el refrigerador al mismo tiempo! Sirvanse lo que deseen, con toda libertad".

Esto hizo maravillas para la moral de los soldados, y ellos aprovecharon su bondad. Su hogar llegó a ser una especie de USO [por sus siglas en inglés, Organizaciones de Servicio Unidas] privada. Muchas veces, Lovey y los soldados se unían para preparar una comida. ¡Les gustaba hacerlo!

Después de un par de meses en Fort Sill, la 77ª División invirtió la dirección de marcha y pasaron unos días en un tren que volvía a Fort Jackson. Las tropas pasaron los siguientes dos meses y medio allí, mayormente haciendo maniobras que, en general, involucraban ¡caminatas de unos cuarenta kilómetros!

Desmond, por supuesto, iba con todos los demás hombres. Una de las cosas malas que ocurrían a los caminantes eran las ampollas.

-Doss, necesito ayuda. ¡Mis pies me están matando! ¿Tienes algo para las ampollas?

Numerosos soldados se acercaban a Doss pidiendo ayuda. Él pinchaba la ampolla con una aguja desinfectada con alcohol, extraía el líquido que contenía, colocaba una gasa en forma de una rosquilla frita alrededor de la ampolla y la vendaba. Eso quitaba la presión sobre la ampolla, y permitía al hombre caminar sin que le doliera tanto.

Desmond estaba algo orgulloso por su trabajo de sanar ampollas. Ninguna de ellas se infectó. A veces, mientras trabajaba en eso, se preguntaba si lo que su maestra le había dicho acerca de hacer las cosas bien de entrada podría aplicarse incluso al tratamiento de ampollas.

Cuando los soldados estaban de maniobras, en ocasiones Desmond tenía problemas con la observancia del sábado.

-¿Podría conseguir un pase para asistir a la iglesia mañana? -preguntó al capitán.

-Doss, no tenemos idea de dónde estaremos mañana de noche. ¿Cómo podría volver a reunirse con nosotros? -contestó el capitán.

-No estoy del todo seguro, capitán. Pero si me dijera aproximadamente dónde estarán, probablemente podría encontrarlos. Creo que Dios me ayudara.

-El problema es que no sé ni siquiera aproximadamente dónde estaremos.

Pero el capitán finalmente le dio un pase.

Después de pasar un día maravilloso con la familia de la iglesia, Desmond volvió al cuartel, para intentar encontrar que alguien lo llevara hasta donde estaban los soldados haciendo maniobras. Finalmente, encontró un MP [policía militar] que le dijo que fuera a cierto edificio, donde encontraría vehículos del ejército que iban hasta donde estaba la tropa en el campo. Sin embargo, cuando llegó al edificio y le preguntó al MP que estaba de guardia si alguien salía esa noche hacia donde estaba la tropa, recibió una respuesta negativa. Comenzó a irse, pero el MP lo detuvo.

-No irá a ninguna parte, soldado. Está bajo arresto. Puede salir mañana con el resto de los prisioneros.

¿Qué otra cosa podía hacer Desmond? Al día siguiente, cuando llegó junto con los demás presos al lugar donde se encontraba la compañía, se encontró con las inevitables bromas.

-¿En qué clase de picardía estuviste, Doss? ¿Te emborrachaste? -quisieron saber muchos soldados.

-No: todo lo que hice fue ir a la iglesia -contestó Desmond, inocentemente.

El tiempo pasó con rapidez, y nuevamente la unidad de Desmond estaba sobre un tren de transporte de soldados, esta vez en dirección a Louisiana... y más maniobras. Este campamento era diferente de todo lo que había experimentado hasta entonces. Por un lado, el lugar era nuevo; estaba ubicado en un área donde nunca antes había habido un campamento. Era terreno salvaje; incluyendo cerdos salvajes, que eran abundantes. Corrían alrededor del cuartel y hasta se arrastraban, a veces, para entrar en las carpas con los soldados. Se las arreglaban para entrar en la carpa de los alimentos y comían lo que encontraban. Otra molestia nueva para los hombres eran las garrapatas y las niguas, o piques, muy abundantes en el sur. ¡Durante esos días, muchos tuvieron que rascarse bastante!

Mientras Desmond estuvo en Louisiana, tuvo la alegría de que Dorothy pudiera acompañarlo por un tiempo. Ella encon-

tró alojamiento en la casa de un chacarero, del otro lado del camino al campamento. Ella y Desmond agradecieron al Señor porque pudieran estar juntos otra vez.

Un viernes de tarde, Desmond pidió al mayor Wendell (el capitán había sido promovido) un pase para ir a la iglesia el siguiente día. El mayor se lo rehusó directamente. Desmond y Dorothy quedaron chasqueados, pero decidieron que guardarían juntos el sábado, de todas maneras.

Desmond fue hasta la casa del granjero por la mañana para buscar a Dorothy, y pasaron el día en la pradera, leyendo sus Biblias, cantando y conversando. Cuando llegaron de regreso al campamento esa tarde, le dijeron que el mayor quería verlo ¡enseguida!

-El soldado raso Doss se presenta, señor -dijo Desmond.

-¿Cuál es la idea, Doss? -gruñó el mayor-. Yo no le di un pase, pero usted se fue al pueblo de todos modos.

-Señor, yo no estuve en el pueblo hoy -replicó Desmond-. Mi esposa vive del otro lado del camino y pasamos el día en la pradera allí. Señor, permítame recordarle que fue una orden de la División que tuviera mis sábados libres siempre que fuera posible.

Eso le quitó el entusiasmo al mayor, pero él debía dar un golpe más, antes de terminar.

-Si alguna vez tengo la mitad de una oportunidad, Doss, lo enviaré a una corte marcial.

-Señor, procuraré nunca darle ni la mitad de una oportunidad -respondió Desmond.



El siguiente lugar adonde se dirigió la 77ª División fue el desierto de Arizona. Llegaron allá en abril de 1943, y pasaron un verano muy caluroso. Partieron en septiembre, otra vez hacia un lugar donde nunca antes había habido un campamento militar. No había barracas con ventilación: en realidad, no había ninguna barraca. Las carpas se levantaron sobre la arena caliente. Se decía que, a la sombra, hacía entre 45 °C y 50 °C, excepto ¡que no había sombra!

Todo estaba caliente, aun el agua para beber. Venía de pozos profundos, pero ya estaba caliente cuando llegaba a la super-

ficie. Luego, las cosas se volvieron más difíciles, pues alguien decidió que el agua debía contener sal, puesto que muchos hombres se desmayaban de agotamiento por el calor. También entregaban tabletas de sal a los hombres. Ellos necesitaban agua, y la bebían... pero no porque les gustaba el agua caliente y salada. De hecho, a menudo los enfermaba más del estómago de lo que antes estaban.

De vez en cuando, traían un cargamento de cerveza al campamento. La cerveza estaba rodeada de hielo, para mantenerla fría. ¡Cuánto más hubieran gozado esos hombres de tener algo de hielo para poner en el agua caliente y enfriarla un poco! Sin embargo, no se les permitía usar ese hielo. ¡Después de todo, era para mantener fría la cerveza!

Es triste decirlo, pero muchos soldados que nunca antes habían bebido cerveza, ahora la consumían porque era la única bebida fría en el desierto. Y formaron un hábito que nunca abandonaron.

Un día, llamaron a reunirse a todos los soldados. "Hoy iremos de maniobras a Montezuma's Head. Reúnan sus cosas. Pueden llevar una cantimplora de agua, que debe durarles hasta el final de nuestra marcha de veinte kilómetros. Allí se les dará el almuerzo, y agua para poner en las cantimploras para el camino de regreso".

Hubo bastantes rezongos. Andar veinte kilómetros en un clima templado con una brisa que baja de las montañas, habrían sido suficientemente severo; pero en este clima abrasador, ¡era un asesinato! En realidad, para algunos, casi lo fue.

Desmond fue con todos los demás, por supuesto. Pero, cuando llegó al final de la marcha de veinte kilómetros, no había agua para que él llenara su cantimplora vacía. Habían llevado agua en barriles, sin embargo, mucha de ella fue usada para hacer café y té, que él no bebía. Como no había suficiente agua para todos, él y unos pocos más no recibieron su cuota.

Desmond y otro soldado comenzaron el regreso sin agua. Antes de mucho, su compañero cayó hacia adelante, al suelo. Desmond reconoció las señales de agotamiento por calor, pero no sabía mucho acerca de cómo tratarlo. Lo que el soldado necesitaba era agua, y ninguno de los dos la tenía.

Al mismo tiempo, el comandante del regimiento llegó cerca

de ellos, y también un jeep. Cargaron al soldado inconsciente en el jeep.

-Señor, ¿podemos tener un poco de agua? No recibimos nada antes de salir, y esa es la razón del desmayo del soldado -declaró Desmond.

-Usted miente, soldado, y sabe que es así. Simplemente, se la bebieron toda y ahora quieren más -fue la cruel respuesta del comandante.

-No, señor. No recibimos nada -insistió Desmond.

En ese momento, el comandante volcó un poco de agua de su cantimplora sobre el soldado inconsciente, ni siquiera procurando que le entrara en la boca, que era donde la necesitaba.

-Señor, ¿puedo tener un poco de agua? -rogó Desmond.

-Aquí, puedes tomar un trago -respondió el comandante.

Desmond llevó la cantimplora a sus labios, y tomó un sorbo bien grande, hasta que el comandante le quitó la cantimplora de las manos.

-Eso es suficiente. Ahora, tu amigo tendrá que volver en el jeep, pero tú caminarás. ¿Entendiste? -ordenó el comandante.

El comandante se fue y, contra sus órdenes, Desmond saltó al jeep y trató de hacerle sombra al soldado inconsciente. Se dio cuenta de que también él, sin agua, fácilmente podría desmayarse si trataba de caminar de regreso, y no quería ser una baja allí en el desierto. El jeep llegó a una estación de socorros, donde había algo de agua. Desmond tomó una buena cantidad y luego llenó su cantimplora. Después de eso, fue a pie el resto del camino sin dificultades. Nunca supo qué le pasó al soldado inconsciente.



El campamento en el desierto estaba ubicado a unos pocos kilómetros de Phoenix, Arizona. Entre Phoenix y el campamento había un pueblecito, Buckeye. Desmond pronto encontró una iglesia adventista allí. También encontró que no era fácil llegar al pueblo.

Un sábado, supo que un convoy de camiones del ejército pasaría por Buckeye, y preguntó a uno de los conductores si le sería posible viajar con él al pueblo.

-Te diré algo, Doss. Se supone que yo no debo llevar a nadie a Buckeye, pero súbete a la parte trasera de mi camión. Cuando llegues adonde quieres bajar, golpea el techo de la cabina. Crearé un pequeño problema en el motor durante un minuto, mientras saltas. Pero recuerda, si te descubren, yo no sé nada acerca de esto.

Desmond golpeó el techo de la cabina. El conductor se apartó a la banquina, y saltó para levantar el capó por un instante. Luego saltó de nuevo al camión. Entretanto, Desmond bajó y se escondió detrás de un edificio. Llegó a la iglesia a tiempo, fácilmente, pero él sabía que pocas veces ocurriría algo así.

Había cerca del campamento una pequeña estación, donde el tren se detenía cuando alguien le hacía señas. Los soldados podían subir a ese tren, que se detenía en Buckeye. Pero algunos de los soldados -probablemente, después de haber bebido algo de esa cerveza gratuita- causaron muchos problemas en el tren, de modo que ningún soldado, ni siquiera los generales, podían subir al tren en ese campamento.

Así que, había solo una manera segura en que Desmond podía ir a la iglesia: ir a Phoenix en un vehículo del ejército y tomar el tren de regreso a Buckeye. Pero, para cuando terminara de hacer el recorrido, la hora del culto habría pasado.

Así que, Desmond fue a ver al jefe de esa pequeña estación de tren.

-Señor -le dijo-, soy adventista del séptimo día y quiero ir a la iglesia en Buckeye el sábado por la mañana. Yo sé que se supone que los soldados no deben subir al tren, pero ¿le parece que será posible hacer una excepción? Quiero ir a Buckeye para asistir a la iglesia, y a ningún otro lugar.

-En realidad, mis superiores no me prohíben permitir un soldado en el tren. Así que, si lo que quieres es ir a la iglesia, creo que puedo depender de ti, que no hagas un alboroto. Sí, puedes tomar el tren aquí -respondió el jefe de la estación.

-¿Todos los sábados de mañana? -preguntó Desmond.

-Sí, todos los sábados de mañana.

-Muchas gracias, señor -dijo Desmond, contento.

Desde entonces, cada sábado de mañana Desmond tomaba el tren hacia Buckeye y asistía a la iglesia. Sin embargo, no

le fue tan bien con sus superiores en el campamento. Uno de ellos subrayó: "Doss consigue más pases que un General".

Otra razón por la que Desmond estaba tan ansioso por ir a la iglesia era que Dorothy también estaba en Arizona. Ella estaba trabajando para un médico en Buckeye, de modo que no solo iba a la iglesia, sino también ¡iba a la iglesia *con Dorothy!* Los sábados llegaron a ser días especiales para ellos.



Un viernes de tarde, cuando Desmond fue a la carpa de las oficinas centrales del batallón médico para recoger su acostumbrado pase sabático, sintió que estaba sucediendo algo, que él no podía comprender. El sargento principal, que reflejaba la desaprobación que tenía el comandante hacia Doss, le extendió el pase con una desagradable media sonrisa.

–No seguiré haciendo esto mucho más, Doss –le dijo–. Se están haciendo arreglos de modo que puedas tener todos tus sábados libres de ahora en adelante.

Desmond decidió que encontraría de qué se trataba todo esto, de modo que buscó a un oficial de su batallón y le preguntó qué estaba pasando.

–Tengo noticias para ti, Doss –le informó–. Saldrás del ejército. Hemos discutido tu caso extensamente, y hemos llegado a la conclusión de que estás en condiciones de ser dado de baja por la Sección Ocho. Vete a tu carpa, hasta que la Comisión de Bajas esté lista para verte. No demorará mucho.

Desmond era humano. Estaba cansado de ese desierto abrasador. Su nariz estaba inflamada por el polvo constante y sus ojos le lloraban. Los oficiales estaban en contra de él y no podía nunca relajarse. Ya había tenido suficiente. Estaba listo para salir del ejército e irse a casa.

Sin embargo, él sabía que la Sección Ocho se refería a inestabilidad mental. Y Desmond Doss no creía que estuviese "chiflado" sencillamente porque quisiese ir a la iglesia los sábados.

La Comisión de Bajas pronto lo llamó para que compareciera ante ellos. La comisión consistía en cinco oficiales médicos y el comandante del batallón; estaban sentados alrededor de una

mesa, afuera, al calor del desierto. El presidente de la comisión dijo a Desmond que estaba por ser dado de baja sobre la base de la Sección Ocho, hecho que él ya sabía.

-¿Por qué la Sección Ocho? ¿No es satisfactorio mi trabajo? -preguntó Desmond.

Estaba frente a cinco oficiales médicos que creían que él estaba loco. ¿Qué diría él?

-Bueno, sí, lo es -admitió el oficial-. No tenemos problema con tu trabajo. Es solo que eres demasiado estricto con tu religión. Estar afuera el sábado podría significar que podrías perderte algo importante que deberías saber.

-Señor -dijo Desmond-, si sirvo a Dios en sus sábados como él ordena en el Cuarto Mandamiento, siento que él me dará la sabiduría suficiente cuando la necesite. Si es una emergencia, siempre estoy listo para cuidar de los soldados enfermos o heridos, aunque sea sábado. Otro paramédico y yo hemos hecho el arreglo, de modo que él atiende mis deberes el sábado y yo atiendo los de él el domingo. Y permítame recordarle, señor, que la Compañía B tiene el número menor de licencias por enfermedad de todo el regimiento.

Desmond bien podría haberse evitado gastar esas energías. Todo lo que a la comisión le interesaba era que Desmond aceptara la baja sin protestar; algo que él no podía hacer.

-Ustedes dicen que mi trabajo es satisfactorio -le recordó a la comisión-, de modo que la única causa para mi baja es mi observancia del sábado. Sería un cristiano muy pobre si aceptara la baja, implicando que estoy desequilibrado mentalmente por mi religión. Lo lamento, caballeros, pero no puedo aceptar esa clase de baja.

Esa respuesta detuvo la baja por la Sección Ocho. Era obvio que Washington nunca aprobaría una baja dada por motivos puramente religiosos. Así que, Desmond permaneció en el ejército en el desierto abrasador. Era una victoria extraña, que no aumentó su popularidad con el alto mando.

Se comenzó a insinuar que la División se mudaría del desierto, un indicio bienvenido. No más arena caliente, no más agua caliente para beber, no más maniobras en el desierto. La División estaba lista para seguir adelante.

Un par de días después de la reunión de la Comisión de Bajas, se le dijo a Desmond que se presentara en las oficinas de la enfermería del regimiento. Se preguntaba para qué, pero pronto lo supo. “Doss, se te transfiere a la infantería”, le comunicó el sargento. Sus enemigos en el batallón médico habían encontrado otra manera de sacárselo de encima. Él debía devolver su equipo médico y presentarse a las oficinas centrales de la Compañía del Primer Batallón.

Mientras recogía su equipo médico, se dio cuenta del comienzo de sus dificultades. Inclino la cabeza por un momento y oró: “Querido Jesús, por favor, quédate conmigo y ayúdame a saber qué debo hacer”. Le vino el pensamiento de ir a ver al capellán Stanley, quien ahora era el capellán de la División. El capellán escuchó su historia y le mostró simpatía, pero había poco que él pudiera hacer en ese momento.

Desmond devolvió su equipo médico. Cuando abandonaba su tienda, un amigo, T/4 March Howell, lo despidió.

–De paso, Doss –le dijo–, acabo de hacer una apuesta de diez dólares con tu nuevo comandante de compañía. Él dijo que te tendría portando un arma dentro de treinta días. Le aposté que no lo conseguiría.

–Howell, tú sabes que no creo en juegos de azar. No sé cómo hacer para que los dos ganen, pero tú sabes que no portaré un arma –respondió Desmond.

Desmond se presentó a su nuevo comandante, el capitán Cosner (no es su nombre real). Cosner había sido advertido acerca de este “alborotador” que era transferido a su compañía y estaba listo para recibir a Doss. Había asignado a Desmond a la sección de zapadores con municiones; la carabina que había de llevar estaba lista para él.

–Aquí, Doss –le ordenó–. Toma esta carabina.

Desmond se dio cuenta de lo que el capitán estaba tratando de hacer. Como “Objetor de conciencia”, oficialmente estaba exento de portar armas; aunque no estaba exento de obedecer una orden de un oficial a cargo.

Así que Desmond no tomó la carabina, sino que contestó:

–Lo lamento, señor, pero de acuerdo con mis convicciones religiosas, no puedo portar armas.

DESMOND DOSS >> OBJETOR DE CONCIENCIA

El capitán trató otra vez con la carabina, y luego intentó el mismo juego con una pistola automática calibre 45.

-Vamos, Doss, puedes tomar esto. No es realmente un arma.

-Entonces ¿qué es, señor? -preguntó Desmond.

El capitán trató con un cuchillo de monte y un equipo de municiones. Desmond declinó tomar estas cosas, pero sin rechazarlas directamente.

-Mire, Doss -dijo el capitán-, no quiero que mate a nadie. Solo quiero que se entrene como el resto de los soldados.

-Yo confiaré más bien en Dios que en una carabina -respondió Desmond.

El capitán probó otra cosa.

-Doss, tú eres casado. Suponte que alguien esté violando a tu esposa. ¿No usarías un arma?

-No tendría un arma.

-¿Qué harías, entonces?

-No me quedaría allí parado -replicó Desmond, claramente-. ¡No mataría y no usaría un arma, pero ciertamente él desearía estar muerto para el momento en que terminara con él!

De este modo, terminó el conflicto por ese día. De paso, al final de los treinta días, se presume que T/4 Howell recogió sus diez dólares.

CAPÍTULO 12



PUNTOS AL ESTE OTRA VEZ, Y AL COMBATE

Había llegado el momento de que los soldados abordaran el tren para el viaje a la Reserva Militar Indiantown Gap, en Pensilvania. Es dudoso que siquiera un soldado hubiera deseado quedarse en el desierto: todos estaban listos para trasladarse a un lugar con menores temperaturas. Casi se habían olvidado cómo se sentía el aire fresco. No sabían, entonces, que más tarde llegaría el momento en que habrían estado contentos con un poco del aire caliente del desierto.

El tren, cargado de tropas, recorrió su camino a través de los Estados Unidos y llegó a Indiantown Gap. Allí, el capitán Cosner tuvo la última palabra en el conflicto con Desmond sobre la portación de armas. Puso a Desmond en KP [policía de la cocina] permanente, y se le dio la tarea de rasquetear ollas y sartenes, y lavar las mesas. Se ponía lejía en el agua para estas tareas, y las manos de Desmond pronto quedaron lastimadas y sangrantes. No podía tocar nada sin que le dolieran.

Cuando Desmond dejó el desierto de Arizona, Dorothy volvió a su casa, en Richmond, Virginia. Como Desmond no podía conseguir ni siquiera un pase para salir del área del campamento, no tenía sentido que ella fuera hasta Pensilvania para vivir cerca.



-Aquí hay una carta para ti, Doss.

El sargento le tiró la carta a Desmond mientras volvía a las barracas una tarde.

Desmond estaba contento de recibir noticias de sus padres. Sin embargo, el mensaje era un tanto desconcertante. "Harold estará en casa, de licencia de la marina, comenzando el día doce. ¿Hay alguna posibilidad de que consigas una licencia también, de modo que podamos estar todos juntos antes de que Harold vaya a ultramar? Estará aquí una semana".

Desmond miró el calendario, y encontró que tendría que salir dentro de solo tres o cuatro días, si quería ver a su hermano. A Desmond, y a varios otros soldados, les tocaba pronto tener una licencia, de modo que pensó que podría conseguir una a tiempo para ver a Harold. Al día siguiente, el capitán Cosner reunió a estos hombres para darles los papeles de la licencia. Los estaba distribuyendo, cuando le llegó el turno a Desmond.

-Doss, todavía no te has calificado para portar un arma -le dijo-. Hay un reglamento que dice que no puedes tener una licencia a menos que te hayas calificado con un arma -y así, arrancó los papeles de manos de Desmond y los rompió.

¡Qué chasco! Desmond salió para ver al capellán y luego a otros oficiales, y finalmente al comandante del regimiento.

-Señor -dijo Desmond-. Soy un OC, y se supone que estoy exento de portar armas. Pero, por cuanto no porto armas, el capitán de mi compañía no quiere darme una licencia para que pueda ir a casa y ver a mi hermano, antes de que él se vaya a ultramar. ¿Puede usted ayudarme?

-Doss, usted viene de Virginia, ¿verdad? Hay muchos buenos hombres en el ejército que son de Virginia. Usted debería seguir el ejemplo de ellos. Me parece que usted es un holgazán y esquiva el trabajo -dijo el comandante-. ¿Por qué no se olvida de todo este asunto del OC y toma un arma, como el resto de la Infantería? Entienda, Doss, que esta es simplemente una conversación amable, que intenta que vea las cosas en forma diferente.

-Señor, no he tenido la oportunidad de decir ni una palabra.

Si esto era una conversación amable, se preguntaba cómo sería una que no lo fuera.

-No, no le daré licencia. No la merece. Puede irse -terminó el comandante.

Así que, Desmond se fue triste hasta la cantina militar, para llamar a su casa por teléfono de larga distancia. Cuando su madre respondió, le dijo:

-Mamá, habla Desmond. Recibí tu carta, pero no puedo ir a casa... -y se atascó.

En ese momento, se preguntaba si vería a Harold o a sus padres otra vez. Por la manera en que se estaban dando las cosas, fácilmente podría terminar en prisión. Y allí se quedó mudo, incapaz de hablar, mientras los segundos que estaba pagando seguían pasando.

-Desmond, ¿qué te pasa? -preguntó su madre-. ¿Dónde estás, Desmond?

Finalmente, Desmond logró controlar sus emociones lo suficiente como para explicar a su madre la situación. Ella se entristeció, y no sabía qué decirle que hiciera. Sin embargo, a Desmond lo ayudó el escuchar la voz de su madre.

A la mañana siguiente, estaba en la carpa de la cocina, con sus manos y brazos en agua jabonosa, cuando entró un soldado.

-Doss, el sargento me ordenó que te dijera que te presentarías a las oficinas del Batallón Médico.

¿Y ahora qué?, pensó Desmond, mientras se secaba las manos en la áspera toalla.

Cuando llegó a las oficinas del Batallón Médico, el mayor Wendell le dijo:

-Bienvenido de regreso, Doss. Estás otra vez en el batallón sanitario.

Desmond casi no podía creerlo, y se preguntaba el porqué del cambio repentino. En ese momento, tuvo la presencia de ánimo de pedir al sargento que estaba parado cerca:

-¿Puedo tener mi licencia? -Y explicó que su hermano estaría en su casa por unos pocos días antes de ir a ultramar.

-No, tendrás que esperar tu turno para la licencia -respondió el sargento.

-¿Puedo, entonces, conseguir un pase? -preguntó.

-Si te damos un pase, no podrás tener una licencia.

-No tengo otra elección en este asunto. Deme un pase, por favor.

Ese mismo día se fue a su casa; y descubrió lo que había sucedido. Cuando sus padres recibieron su llamada telefónica, enviaron una carta nocturna a Carlyle B. Haynes, presidente de la Comisión de Servicios de Guerra de la Iglesia Adventista en Washington, D. C., contándole acerca de Desmond y su problema.

Entonces, a la mañana, Haynes llamó al comandante del regimiento en Indiantown Gap.

-Entiendo que tienen algunas dificultades con un soldado llamado Desmond Doss. ¿Será necesario que vaya allí, para investigar?

-Oh, no, señor Haynes. Es solo un malentendido. Ya tenemos todo atendido -respondió el comandante.

Y fue en ese momento que repentinamente llamaron a Desmond para transferirlo de nuevo al Batallón Médico.

Lo cierto era que tanto el comandante como los que estaban debajo de él, que le habían causado tantos problemas a Desmond, se dieron cuenta de que estarían en problemas si Carlyle B. Haynes llegara a venir a su campamento para investigar. Desmond era un "Objetor de Consciencia" y no debía ser forzado a portar armas. Desmond hasta había visto sobre la mesa del comandante una carta que él sabía que estaba en su propio legajo: una carta firmada por el Presidente Roosevelt, Comandante en Jefe, y por George C. Marshall, jefe del Estado Mayor, diciendo que los objetores de consciencia no podían ser obligados a portar armas. Así que, Desmond sabía que el comandante conocía esta reglamentación y que era consciente de que tendrían dificultades si Carlyle B. Haynes hacía alguna investigación.

Cuando Desmond vio que las situaciones imposibles se resolvían a su favor, se dio cuenta de que Dios estaba actuando. Y siempre se acordó de agradecer a Dios por la forma maravillosa en que lo cuidaba.



La 77ª División se entrenó en toda esa área. Estuvieron en Indiantown Gap; en el Camp Pickett, en Virginia; y arriba, en

las montañas cerca de Elkins, West Virginia. Cuando fueron llevados a las montañas, vestían uniformes color caqui; y al llegar a su destino, había en el suelo como 18 centímetros de nieve. ¡Ese allí que desearon tener solo un poquito del calor del desierto de Arizona!

En las montañas sucedió algo que fue importante para la posterior carrera militar de Desmond; aunque no se dio cuenta de ello en el momento. Una cosa importante que los soldados tuvieron que aprender fue a atar nudos. Tenían que bajarse unos a otros por barrancos, cruzando corrientes de agua y amarrándose de árboles, y sus vidas podían depender de cuán bien supieran hacer un nudo. Desmond había aprendido a atar nudos en su programa de Jóvenes Misioneros Voluntarios en la escuela de iglesia, y era una actividad que le gustaba.

–Doss, tú eres bastante bueno con los nudos. ¿Por qué no ayudas a algunos de los otros? –dijo el sargento un día.

Desmond estuvo contento de hacerlo.

Un día, tenía a varios hombres practicando en cada extremo de una soga larga. Como estaban haciéndolo bien y él quería practicar haciendo el as de guía él mismo, dobló un trozo de la soga en el medio e hizo un as de guía. Encontró que tenía dos lazos en vez de uno, y que ambos estaban firmes. Nunca lo había visto antes, y decidió memorizarlo en caso de que lo necesitara más adelante.



Los soldados de la 77ª División, la División “Estatua de la Libertad”, se habían entrenado juntos en los Estados Unidos por un poco más de dos años. Su adiestramiento había sido completo, y trabajaban juntos como un buen equipo. Había llegado el momento de poner ese adiestramiento en uso en la Segunda Guerra Mundial.

Las tropas estaban en Camp Pickett, Virginia. “¿A dónde crees que nos enviarán?” se preguntaban los soldados unos a otros. Nadie sabía. Podría ser el escenario de guerra de Europa o el escenario de guerra del Pacífico.

Un día, llamaron a todos. “Junten todas sus cosas para viajar”, les dijeron. “Saldremos pasado mañana”.

las montañas cerca de Elkins, West Virginia. Cuando fueron llevados a las montañas, vestían uniformes color caqui; y al llegar a su destino, había en el suelo como 18 centímetros de nieve. ¡Ese allí que desearon tener solo un poquito del calor del desierto de Arizona!

En las montañas sucedió algo que fue importante para la posterior carrera militar de Desmond; aunque no se dio cuenta de ello en el momento. Una cosa importante que los soldados tuvieron que aprender fue a atar nudos. Tenían que bajarse unos a otros por barrancos, cruzando corrientes de agua y amarrándose de árboles, y sus vidas podían depender de cuán bien supieran hacer un nudo. Desmond había aprendido a atar nudos en su programa de Jóvenes Misioneros Voluntarios en la escuela de iglesia, y era una actividad que le gustaba.

-Doss, tú eres bastante bueno con los nudos. ¿Por qué no ayudas a algunos de los otros? -dijo el sargento un día.

Desmond estuvo contento de hacerlo.

Un día, tenía a varios hombres practicando en cada extremo de una soga larga. Como estaban haciéndolo bien y él quería practicar haciendo el as de guía él mismo, dobló un trozo de la soga en el medio e hizo un as de guía. Encontró que tenía dos lazos en vez de uno, y que ambos estaban firmes. Nunca lo había visto antes, y decidió memorizarlo en caso de que lo necesitara más adelante.



Los soldados de la 77ª División, la División "Estatua de la Libertad", se habían entrenado juntos en los Estados Unidos por un poco más de dos años. Su adiestramiento había sido completo, y trabajaban juntos como un buen equipo. Había llegado el momento de poner ese adiestramiento en uso en la Segunda Guerra Mundial.

Las tropas estaban en Camp Pickett, Virginia. "¿A dónde crees que nos enviarán?" se preguntaban los soldados unos a otros. Nadie sabía. Podría ser el escenario de guerra de Europa o el escenario de guerra del Pacífico.

Un día, llamaron a todos. "Junten todas sus cosas para viajar", les dijeron. "Saldremos pasado mañana".

Les permitieron a las esposas que vinieran al área del campamento para despedirse de sus maridos, así que, Dorothy viajó desde Richmond muy temprano, la mañana en que la división saldría. Fue bueno estar juntos, aunque solo pudieran darse las manos y susurrar "Te amo", mientras esperaban la partida del tren.

-¡Todos a bordo!

Un último beso, y Desmond abordó el tren con los demás soldados. Se sentó en una ventanilla desde donde podría saludar a su querida Dorothy.

Mientras el tren arrancaba rumbo al oeste, le dijeron a Desmond que debía presentarse en el vagón del equipaje para ayudar a pelar papas; un trabajo interminable en el ejército. A medida que avanzaban, comenzó a reconocer el paisaje y se dio cuenta de que, pronto, el tren pasaría por su pueblo natal de Lynchburg. Sabía que el tren pasaría muy cerca de la casa de sus padres en la Avenida Easley. También sabía que a su padre le gustaba ver pasar los trenes.

-¡Oigan, muchachos! -les dijo a los soldados que trabajaban con él-. Estamos por pasar frente a mi casa, y a mi papá le gusta ver pasar los trenes. Ayúdenme a saludarlo.

Así que, los compañeros reunieron escobas, lampazos y palanganas, y se pararon a la entrada de los vagones. Al llegar al lugar donde vieron al hombre parado en su porche delantero, comenzaron a saludar con todos los elementos que tenían en la mano. Probablemente, él se preguntaría de qué se trataba todo eso, sin soñar que uno de los soldados era su propio hijo.

Desmond hizo algo más. En un trozo de papel, escribió: "Estamos saliendo. Oren por mí. Los amo, Desmond". Luego, ató al papel el pañuelo con que había despedido desde el tren a Dorothy, y lo arrojó. Su familia recibió el papel con el mensaje al día siguiente.

Desmond se sentía bastante abatido en ese momento. Sentía que dejaba atrás todo lo que conocía y le era querido. Mientras el tren cruzaba el viaducto en el centro de Lynchburg, le asaltó el pensamiento de que podría saltar del tren y terminar con todas sus dificultades. Pero, se dio cuenta de que se estaría quitando la vida y quebrantando el sexto Mandamiento... Elevó una breve oración a su Dios, y volvió a pelar papas.

Al poco tiempo, los soldados comenzaron a darse cuenta de que estaban viajando hacia el oeste, lo que finalmente significaría el escenario de guerra del Pacífico. Tres días más tarde, entraron en Oakland, California. Desde allí, fueron transferidos al barco de transporte de tropas que los llevaría por debajo del puente Golden Gate y a través del Océano Pacífico.

-Nunca pensé que vería las islas Hawaii -observó uno de los soldados, mientras él y Desmond estaban parados juntos en la cubierta del barco, después de haber atracado en Honolulu.

-Tampoco yo -respondió Desmond-. Sospecho que esto es Pearl Harbor, donde los japoneses dejaron caer sus bombas.

Desde Honolulu, la división fue llevada a las montañas en el extremo opuesto de la isla, donde establecieron su campamento. El primer jueves de noche, Desmond estaba sentado sobre su camastro, escribiendo una carta a Dorothy, cuando de repente le pareció oír una voz que le decía: "Vé a la base de la Fuerza Aérea". La ignoró, pero otra vez vino el mensaje. Aunque no entendía de qué se trataba, puso a un lado la carta y fue a la enfermería.

-¿Puedo tener un pase para ir a la base de la Fuerza Aérea?

-¿Conoce a alguien allá? -preguntó el sargento.

-No.

-Bueno, no sé por qué quiere ir, pero vaya. Debe estar de regreso a las diez y media de la noche -le respondió el sargento mientras le alcanzaba el pase.

Desmond ni siquiera sabía dónde estaba la base de la Fuerza Aérea. Comenzó a caminar por el camino de tierra hacia la carretera, pero no sabía en qué dirección ir cuando llegara allá. Se volvió hacia la derecha, y pronto un jeep del ejército lo recogió.

-¿Hacia dónde va? -le preguntó el conductor.

-A la base de la Fuerza Aérea -respondió Desmond.

-Soldado, entonces es mejor que se baje aquí y vaya en la otra dirección.

Desmond bajó, se dirigió hacia el lado opuesto y, finalmente, encontró la base de la Fuerza Aérea.

Decidió que iría a la oficina, para ver si había algún adventista del séptimo día en la base.

-¿Hay algún adventista del séptimo día aquí? -preguntó.

-No sé de ninguno. Pero le digo algo, soldado. ¿Por qué no va a la enfermería allí? Ellos tal vez puedan ayudarlo.

Desmond encontró la enfermería, pero hizo su pregunta de una manera un poco diferente esta vez.

-¿Hay alguien que sale cada sábado de mañana para ir a la iglesia?

-No sé de ninguno -replicó el asistente.

En ese momento entró un oficial. Él había oído la conversación.

-Warm va a algún lugar cada sábado de mañana. Tal vez sea él a quien quiere ver. Él trabaja en la oficina dental, allí.

Desmond encontró al cabo Warm. Sí, él era adventista del séptimo día. Sí, él sabía dónde estaba la iglesia en Honolulu e iba allí cada sábado. Los dos tuvieron una buena charla, y acordaron que Desmond vendría para encontrarse con Warm el sábado, a fin de ir a la iglesia juntos.

Cuando Desmond salió, miró su reloj: ¡las diez y quince! No llegaría de regreso para las diez y treinta. Eran más de las diez cuarenta y cinco cuando llegó a la puerta del campamento.

-¡Alto! ¿Quién va? -preguntó el guarda.

-El soldado raso Doss, señor -respondió Desmond.

-Doss, ¿qué diablos estás haciendo aquí a esta hora de la noche?

-Tenía un pase para ir a la base de la Fuerza Aérea y me llevó más tiempo de lo que pensaba. Lo lamento -se disculpó Desmond.

-Bueno, corre de vuelta a tu carpa, y que no te atrapen, o ambos estaremos en problemas.

Cuando Desmond fue el viernes al puesto sanitario a buscar su pase para salir el sábado, el sargento estaba de guardia. Desmond cortésmente pidió un pase para poder ir a la iglesia.

-Doss, ¿habrá algún lugar de la Tierra donde los adventistas no tengan una iglesia? -preguntó el sargento, de muy buen humor.

-No hay muchos lugares, sargento. Estamos por todo el mundo -respondió Desmond, sonriendo.

Desmond y el cabo Warm pasaron un día muy agradable con los miembros de iglesia en Honolulu. Desmond se encontró allí con otros soldados, hombres de la Marina y de la Fuerza Aérea. Se encontró con un capellán civil que cuidaba bien a "sus mu-

PUNTOS AL ESTE OTRA VEZ, Y AL COMBATE

chachos". El "Papá" Munson era también muy querido. Gozaban de las charlas que daba ocasionalmente, con dibujos en tiza. Un cuadro que dibujó fue el de un soldado de sanidad que se ocupaba de un soldado herido, con Cristo que los contemplaba con aprobación. A Desmond realmente le gustó el dibujo, y unos pocos años más tarde, "Papá" Munson realizó una pintura de esa escena para que él usara en sus presentaciones.



Antes de mucho, la 77ª División estaba preparándose para dejar Hawaii con su clima maravilloso, su gente amable y sus sabrosas piñas (ananás). Esta vez, el barco que llevaba las tropas fue más al oeste. Otra vez, los soldados desconocían su destino.

Fue en ese barco, mientras navegaban saliendo de Hawaii, que Desmond pasó varias noches en cubierta, recordando lo que había vivido mientras crecía.



CAPÍTULO 13

GUAM Y LEYTE

El 9 de julio de 1944, el convoy de barcos con tropas zarpó de Pearl Harbor, otra vez en dirección al oeste. La 77ª División, "Estatua de la Libertad", estaba a bordo. Varios destructores acompañaban a los barcos, y todo el convoy zigzagueaba, en un intento de evitar cualquier clase de ataque sorpresa de los japoneses.

Varios días más tarde, el convoy cruzó la línea Internacional de Cambio de Fecha y, luego, llegaron al Atolón de Eniwetok, en las Islas Marshall. Allí el grupo recibió órdenes oficiales de seguir hacia Guam. Por primera vez, toda la división participaría de un combate *real*.

-No sé si tener miedo o estar entusiasmado -observó Desmond a otro soldado un día.

-Ambas cosas -fue la respuesta.

La guerra que se había iniciado el 7 de diciembre de 1941 con el bombardeo de Pearl Harbor en Hawaii, estaba ahora en su tercer año. No es un secreto que Estados Unidos no estaba preparado para una guerra el 7 de diciembre de 1941. Pero de inmediato toda la nación se transformó de manera urgente en una máquina de guerra. Debían fabricarse barcos, tanques, vehículos y municiones de todas clases, y había que adiestrar hombres para que sirvieran en el Ejército, la Marina, la Infan-

tería de Marina y la Fuerza Aérea. Se inició el sistema de reclutamiento: "Vas a la guerra, te guste o no". La gente vivía con racionamiento de azúcar, aceites, gasolina y otros elementos.

Los japoneses, además de bombardear Pearl Harbor, rápidamente conquistaron Guam, las Filipinas, Iwo Jim, y otras islas del Pacífico. Dos años y medio más tarde, los estadounidenses estaban comenzando a liberar estas islas una a la vez. ¡No era fácil! Los japoneses estaban bien atrincherados y tenían planes de quedarse donde estaban. Fueron necesarios muchos combates para convencerlos de lo contrario. Muchos militares murieron, y muchos más fueron heridos. Desmond era uno de los soldados de sanidad, o paramédicos, que cuidaban de estos hombres.

Mucho más tarde, Desmond oyó una historia fascinante. Él nunca supo con certeza si era verdad, pero pudo haberlo sido. Un pastor adventista se dio cuenta de que lo seguían. Un día, su "sombra" se acercó a él.

-Señor, ¿sabe usted algo de Guam? -inquirió el.

-Bueno, sí -respondió el ministro.

-El general MacArthur quisiera hablar con usted. ¿Sería tan amable de venir conmigo, para verlo? -le preguntó el hombre.

Cuando llegaron al cuartel del general, el general le preguntó:

-¿Qué sabe usted acerca de Guam? Si yo tuviera que desembarcar en Guam para luchar contra los japoneses, ¿dónde lo haría usted?

-Hay solo un lugar, señor: Agat Bay [Bahía Agat]. Hay demasiados barrancos empinados en el resto de la isla. Pero le advierto, Agat Bay está fuertemente fortificada. Los japoneses están bien atrincherados -le respondió el ministro.

Después de examinar un mapa de Guam y analizar toda la situación, el general MacArthur preguntó:

-¿Cómo sabe tanto acerca de Guam?

-General, yo fui un misionero adventista allí por muchos años. Llegué a conocer bien toda la isla mientras estuve allá. Sin embargo, tuvimos que abandonar la isla cuando la tomaron los japoneses.

Así que la 77ª División estaba ahora en Agat Bay.



–Lo sentimos mucho, pero no podremos acercarnos más a la orilla –dijeron los marineros a los soldados –. El agua no tiene suficiente profundidad.

Los soldados recibieron muchas municiones, pero tuvieron que llevarlas por sobre las cabezas al entrar en el agua que les llegaba casi hasta el cuello. Desmond no tenía municiones, pero tenía muchos elementos y vendajes de primeros auxilios que llevar, y debía evitar que se mojaran. Finalmente, los hombres llegaron a tierra firme sin saber qué esperar.

Una cosa que no habían tomado en cuenta acerca de Guam era la lluvia. Lluvia, lluvia y ¡LLUVIA! En la orilla, la lluvia había transformado la tierra en un barro blanduzco. A medida que los soldados subían hacia los cerros, ese barro blanduzco se transformó en uno pegajoso. Se supone que los soldados son altos y se ven bien vestidos en sus uniformes, ¿verdad? Este es el cuadro que tiene la mayoría de la gente. Sin embargo, estos soldados no eran ni parecidos a aquellos, con sus uniformes mojados y embarrados. Su reacción era usar todas las imprecações y las maldiciones que les vinieran a la mente mientras chapoteaban en el barro.

Desmond pensó que había una manera mejor. “Firmes y adelante, huestes de la fe”, cantaba en voz baja para sí mismo, mientras él también chapoteaba en el barro, que a veces le llegaba hasta la rodilla.

–Aquí están sus raciones K, tropa. Suficientes para durarles tres días, hasta que tomemos Barrigada –dijo el teniente–. ¿Saben por qué es un objetivo importante?

–No, señor –respondieron varios soldados a la vez.

–Hay allí un buen pozo de agua potable. Ustedes, camaradas, han estado tomando el agua que pudieron. Aun con las tabletas de purificación, muchos de ustedes tuvieron dolores de estómago y diarrea. Creo que una buena provisión de agua ayudará.

Las raciones K eran principalmente porotos y tocino, o tocino y queso. Como Desmond era vegetariano y, particularmente, no comía productos derivados del cerdo por lo que leemos en Levítico 11, tenía poco para comer, excepto duras “galletas para perros” y, ocasionalmente, un coco de las palmeras. Cier-

to o no, los soldados creían que las “galletas para perros” y las raciones C y K eran sobrantes de la Primera Guerra Mundial.

La primera noche en la isla, cavaron trincheras barrosas para pasar la noche. Apreciaron el hecho de que un cañón estuviera tronando contra los japoneses en los cerros detrás de ellos, pero el ruido era ensordecedor y sentían como que saltarían expulsados de las trincheras. Ninguno de los soldados recordó haber dormido esa noche.

Al día siguiente, los soldados observaban cuidadosamente por si veían al enemigo. ¡Vieron algunos soldados a muy poca distancia de ellos! Abrieron fuego, y el enemigo devolvió el fuego... hasta que, de repente, se dieron cuenta de que ambos grupos eran soldados estadounidenses. La “batalla” se detuvo antes de que comenzara... o, por lo menos, antes de que hubiese heridos.

Un poco más tarde, mientras andaban por un camino, vieron una iglesia en llamas. Supieron que los japoneses habían usado esa iglesia como depósito de municiones y oficinas centrales. Los estadounidenses habían bombardeado ese edificio, y las municiones almacenadas allí estallaban, al quemarse. Afortunadamente, estaba lo suficientemente lejos como para que no hubiera la más mínima posibilidad de que alguno de los hombres fuera herido o muerto por el estallido de las municiones.

Al otro día, siguieron hacia Barrigada; sin embargo, con los francotiradores japoneses y, ocasionalmente, el fuego de un tanque o de una trinchera con ametralladoras, les llevó más tiempo de lo que esperaban.

Los soldados comenzaron a quejarse de hambre, incluyendo a Desmond. Finalmente, llegaron a su objetivo y se encontraron vinculados con una unidad de los Infantes de Marina. En este lugar, los marinos tenían buena comida, por lo que no dependían de las raciones C o K; por lo tanto, habían tirado sus raciones en la pila de desperdicios. La comida que los infantes de marina les prepararían no estaba lista, pero las descartadas raciones C y K estaban allí mismo. Muchos de los soldados recogieron algunas de esas latas mientras esperaban. ¡Tenían hambre! Desmond encontró algo que podía comer, así que, hizo lo mismo.

Esta cosa no tiene un gusto muy bueno, pensó. Probablemente "eso" esuviera deteriorado, porque para cuando la comida buena estuvo lista, él estaba enfermo y no pudo comerla.



–Creemos que hay un puesto japonés arriba de ese cerro, y se supone que debemos subir y "limpiarlo" –dijo el sargento a su grupo de hombres–. Vayamos. Pronto oscurecerá. Esperemos que podamos terminar con esto antes de que sea de noche, así no tendremos que preocuparnos porque los japoneses anden por ahí.

El grupo, con Desmond como soldado de sanidad, comenzó a subir por la senda. Antes de mucho, vieron a cuatro japoneses que corrían a través del cerro. Pronto, los cuatro fueron eliminados, pero los estadounidenses no tenían idea de dónde podría haber más, y pronto estaría oscuro.

–Muchachos –dijo el sargento–, mejor acuéstense a lo largo de la senda. Esperemos que no haya ningún japonés por allí cerca, pero manténganse en guardia. Podría haber algunos.

Un poco más tarde, cuando Desmond estaba sentado en el suelo tratando de ponerse cómodo, sintió que algo estaba cerca de él.

–¡Alto! –gritó.

No tuvo tiempo de añadir "¿Quién anda allí?", cuando algo agudo le golpeó el hombro y luego la cabeza. ¿Era una bayoneta? Parecía ser eso.

"¡Miauu! ¡Miaaau!" Un gato negro, con sus uñas, lo paralizó de susto por un momento, hasta que se dio cuenta de lo que era... y luego se rió un rato a solas.



La batalla que quitó Guam a los japoneses y la devolvió a manos estadounidenses duró hasta mediados de agosto. Luego, por un tiempo, los soldados permanecieron en la isla para patrullarla. Fue una especie de vacación de la guerra. El clima era hermoso y cálido.

Desmond estuvo contento por unos pocos días, cuando pudo descansar y dormir, escribir cartas y leer la pequeña Biblia que Dorothy le había regalado. La mayor parte del tiempo había tenido un resfrío y estaba cansado. Mucho más tarde, se dio cuenta finalmente de que era más que un poco de frío. Se sintió mucho mejor después de unos días de descanso. Cuando el barco con la tropa abandonó Guam, estaba listo para ser un paramédico otra vez.

Todo el convoy salió de Guam el 2 de noviembre. Se dirigieron hacia el sur, y escucharon que irían a Nueva Caledonia para un período de descanso y recreación, hasta que fuera necesario que combatieran en otra región. El Pacífico se portó a la altura de su nombre en ese viaje. El océano estaba increíblemente calmo. Unos pocos días más tarde, cruzaron el Ecuador y entraron en el hemisferio sur.

Estaba viajando hacia el sur. Pero un día todo el convoy viró y se dirigió hacia el noroeste. El general MacArthur había enviado un mensaje por radio diciendo que los necesitaba en Leyte, una isla grande en las Filipinas. El barco de tropa ancló en la costa oriental de Leyte y, más tarde, dio vuelta hacia la isla y fue a la parte occidental.

“Subiremos por la sección del río Ormoc, en la parte noroeste de Leyte”, dijeron a los soldados. Los japoneses estaban bien atrincherados allí, y los soldados veteranos supieron que tendrían un combate rudo.

Y estaban en lo cierto.

Siempre que había tales combates, los paramédicos tenían que trabajar muy duramente, cuidando de los heridos y llevándolos de regreso al puesto sanitario en camillas.



Un día, la Compañía B se estaba trasladando a otra área de vivac. Mientras Desmond caminaba con el grupo, un soldado de infantería se le acercó.

-¿Sabías que Glenn recibió una herida? -le preguntó.

-No -respondió Desmond-, ¿dónde está?

-En ese cerro, allí mismo -señaló el soldado.

Otros se detuvieron cuando oyeron la conversación.

–Yo iré a buscarlo –anunció Desmond–. ¿Quién viene conmigo?

–Yo iré –respondió Herbert Schechter.

Desmond sabía que Schechter era un judío que creía en la predestinación, y que iría con Desmond a lugares donde otros no querrían ir. El capitán Vernon dijo a otros cinco soldados que fueran con Doss y Schechter como retaguardia, para ayudar a protegerlos en el área expuesta hacia donde iban.

Había dos hombres heridos en el cerro: Glenn y el soldado a quien Glenn había ido a ayudar. Desmond se agachó todo lo que pudo y corrió hacia el otro soldado, mientras Schechter corría hacia Glenn.

El joven soldado tenía una fea herida en la frente, y la sangre le corría por el rostro y le cubría los ojos, donde comenzaba a coagularse. Desmond sacó una gasa de su equipo, la humedeció con agua de su cantimplora y lavó la sangre de la cara del soldado.

De repente, el rostro del joven se iluminó con una sonrisa, aun en el peligroso lugar y la circunstancia en que se encontraban.

–Pensé que me había quedado ciego –dijo.

Desmond recordó esa sonrisa toda su vida, y se sintió recompensado por la ayuda que había dado a ese soldado y a muchos otros. El joven se arrastró sobre una pequeña elevación, donde otros soldados lo ayudaron a llegar al puesto sanitario.

Entonces, Desmond dirigió su atención a Glenn.

–¿Cómo está él? –le gritó a Schechter.

–Está muy mal herido. Inconsciente, pero vive... –informó Schechter.

Evidentemente, los japoneses estaban cerca y oyeron sus voces, y abrieron fuego en dirección a ellos. Schechter saltó y empezó a correr.

–¡Abajo, Schechter! ¡Tírate al suelo! –gritó Desmond.

Schechter se tiró al suelo en forma tan realista que Desmond pensó que le habían pegado. Se arrastró para ver cómo estaba, y estuvo más que contento de encontrar que no había sido herido.

–No hablemos más, Schechter –dijo Desmond–. Solo susurremos.

Ahora el problema era qué podían hacer por Glenn. Era un muchacho grande y bastante pesado. Los dos paramédicos tomaron su poncho, lo abrieron sobre el suelo y envolvieron a Glenn con él. Luego, comenzaron a arrastrarlo en dirección a la estación de socorro. Estaban en terreno abierto, y tenían que agacharse lo más posible. En un lugar, lo arrastraron por sobre el cuerpo de un japonés muerto; y finalmente, a un área con arbustos.

-Creo que aquí podemos seguir de pie -dijo Desmond.

Aprovechó para controlar a Glenn. Seguía inconsciente, pero todavía respiraba.

La retaguardia seguía allí. Desmond pidió prestado un machete a uno de ellos y echó abajo dos palos de bambú. Ataron el poncho a las cañas y siguieron, mientras dos de los soldados los ayudaban. Hacía calor, y Desmond estaba muy cansado. Pero se concentró en que llevaba a su amigo y siguió empujándose a sí mismo, hasta que llegaron al área del vivac.

Desmond controló a Glenn otra vez. ¡Parecía que no respiraba! Le tomó el pulso. ¡No tenía! Clarence Glenn había muerto.

El Dr. Tann miró a Desmond y vio cuán cansado y emocionalmente agotado estaba. Le dio un puñado de píldoras, y le ordenó tomarlas y acostarse. Esas píldoras lo noquearon, y no se despertó hasta el día siguiente. Cuando lo hizo, recordó otra vez agradecer a Dios por su protección en aquella situación muy peligrosa.

Perder a su mejor amigo fue un choque terrible para Desmond. Desde ese momento en adelante, trataría de hacer todo lo que pudiera por los soldados heridos. Pero intentó no mirar nunca sus rostros: no quería ver a otro buen amigo muerto.

Algún tiempo más tarde, Schechter y Doss estaban llevando a un soldado en una camilla. En el momento en que estaban subiendo el barranco del río que acaban de cruzar, una bala de un francotirador le pasó silbando a Desmond y golpeó a Schechter, que cayó.

-¡Vengan, ayúdenme! -gritó Desmond a algunos soldados en un jeep que estaba a poca distancia.

Uno de ellos fue para ayudar a Desmond a llevar hasta el jeep al hombre que él y Schechter habían estado cargando. Entonces,

consiguieron otra camilla y volvieron para buscar a Schechter. Justo cuando estaban poniéndolo en el jeep, los japoneses comenzaron a regarlos con balas de ametralladora. Los soldados saltaron al jeep y arrancaron. Desmond solo tuvo tiempo de empujar la camilla de Schechter un poco más adentro del jeep y aferrarse de la parte trasera del vehículo con la punta de los dedos. Sintió como si volara la mayor parte del camino hasta el puesto sanitario, pero estaba agradecido porque pudo llegar hasta allí.

Herb Schechter nunca recuperó la conciencia. Otro buen soldado y amigo se había ido. Desmond no se atrevió siquiera a pensar acerca de esto.



Cuando Desmond estaba con los soldados que combatían, siempre trataba de estar a dos tercios del camino detrás del frente del grupo; de ese modo, podía ver más fácilmente a cualquier soldado herido y llegar a él. Un día estaba caminando con ellos, y antes de darse cuenta de lo que hacía se encontró muy cerca de la línea del frente.

Justo entonces, un soldado que estaba a su lado gritó y comenzó a tomarse el pie, diciendo "¡Oh, eso duele mucho!"

Desmond se detuvo, examinó el hoyo de la bala en el pie del hombre y lo vendó.

-Camarada, mejor te doy una inyección de morfina. Te ayudará a sentirte mejor del pie -sugirió Desmond.

-No, no necesito eso. Realmente no duele tanto -replicó el soldado, y se volvió para ir al puesto sanitario, mientras Desmond seguía con el resto de los hombres.

Desmond realmente quería darle el calmante al soldado, pero no le gustaba ir contra los deseos de los pacientes. Él sabía que cuando el *shock* pasara, el pie le comenzaría a doler realmente.

Un poco más adelante, otro soldado cayó. Había recibido un balazo en el estómago, y Desmond podía ver de inmediato que dolía muchísimo. El balazo había abierto un gran agujero, y sus intestinos estaban comenzando a salir del cuerpo. Desmond siempre creía en dar a cada hombre todas las posibilidades que pudiera, aun si la situación parecía desesperada. Así que, empujó los

intestinos de nuevo adentro y puso una gasa de batalla grande encima de la herida. Los camilleros llevaron al soldado al puesto de socorro; pero Desmond nunca pensó que llegaría con allí vida.

Al día siguiente, estaba en el puesto sanitario para recoger más vendas, y aprovechó para preguntar por ambos hombres.

-Oh -dijo el médico-. ¿El que tenía el agujero de bala en el pie? Él murió.

-¡Qué pena! -respondió Desmond-. No estaba tan mal herido. ¿Qué pasó?

-Realmente, no lo sé. Supongo que fue el *shock*. Tú sabes que eso puede pasar.

-¿Y el que tenía los intestinos colgando? -preguntó Desmond.

-Lo operaron en el hospital de campaña y entiendo que mejorará -contestó el médico.

Desmond apenas podía creerlo. Años más tarde, se encontró con este soldado en una ceremonia militar. Al hombre le gustaba decir: "Tengo pruebas de que tú te preocupaste por mí", mientras señalaba la cicatriz que le cruzaba el abdomen.



Otro día, en Leyte, un soldado cayó herido y quedó en el borde de un arrozal. Cuando Desmond comenzó a ir hacia donde estaba, un par de sargentos lo llamaron:

-Tonto, cúbrete, hasta que las cosas se calmen. Hay un francotirador allá y no lo hemos encontrado todavía. ¿Tienes que ir?

-Siento que debo ir. Si espero, él puede morir antes de que llegue hasta él -respondió Desmond.

Cuando estuvo junto al hombre, encontró que estaba inconsciente. Atendió sus heridas y luego llamó a dos camilleros. Rápidamente lo pusieron en la camilla y lo llevaron al puesto sanitario.

Cuando volvió adonde estaban los sargentos, ellos le dijeron:

-Esperábamos verte muerto en cualquier momento. No podíamos disparar al francotirador sin matar a nuestros propios hombres, y él tenía una ametralladora apuntando directamente hacia ti. ¿No lo viste?

-No -respondió Desmond.

Y otra vez agradeció a Dios por su protección.

Tres o cuatro años más tarde, un misionero en Japón estaba contando esta historia acerca de Desmond. Un hombre, en la parte de atrás del salón, dijo a uno de los diáconos: "Ese japonés bien pude haber sido yo. Yo estaba allí, y recuerdo haber tenido al soldado en la mira de mi arma, pero no pude apretar el gatillo". Más tarde, quisieron preguntar más detalles a este hombre, pero había desaparecido.



En Leyte, Desmond pasó por un momento en el que se sentía muy débil. Los soldados estaban caminando por en medio de la jungla, desbaratando la resistencia japonesa. Caminaban cincuenta minutos y descansaban diez. Desmond encontró que no podía seguirlos. Alcanzaba a los hombres en el momento en que ellos se levantaban para seguir. Esto significaba que la mayor parte del tiempo estaba caminando por la peligrosa jungla infestada de japoneses, completamente solo. Fácilmente podrían haberlo matado, si el Señor no lo hubiera protegido.

Cuando las tropas llegaron al área de descanso en la playa, los soldados descansaron, y luego se pusieron a jugar; pero no Desmond. Él durmió y durmió; y probablemente no habría comido, si Jim Dorris no le hubiese llevado comida. Se sintió mejor después del descanso y estaba listo para seguir otra vez. Él sabía que Dios lo cuidaba.

Al fin, la isla de Leyte estuvo en manos de los estadounidenses. La 77ª División debía seguir adelante. Las fuerzas estadounidenses estaban cercando a los japoneses por todos lados. La isla de Okinawa estaba a solo unos 560 kilómetros de Japón mismo, y los japoneses estaban combatiendo fuertemente allí. Así que, allí fue enviada la 77ª División.

Leyte no había sido un lugar bueno para Desmond Doss. La pérdida de sus dos mejores amigos fue una tragedia que encontró difícil de afrontar. Fue únicamente mediante sus oraciones a Dios y su pedido de fuerzas, que pudo soportar la tristeza.

CAPÍTULO 14



OKINAWA

-¿Eso es Okinawa? No parece muy grande -observó un soldado.

-No, creo que esa es solo una islita cerca de Okinawa, que se llama "Le Shima"; "Shima" significa "isla". Hay otra isla llamada Zamami Shima, creo -contribuyó otro soldado.

Y otro proporcionó más información:

-Ustedes saben, acabo de escuchar que Ernie Pyle, ese corresponsal de guerra verdaderamente bueno, fue muerto en Le Shima hace uno o dos días. Es una desgracia. Él siempre estaba junto a los hombres, y a los soldados en el campo de batalla les decía exactamente lo que sucedía.

Por unos pocos días, la división permaneció a bordo del barco en esa área, y para el 20 de abril los hombres estaban en la isla de Okinawa misma.

Los japoneses habían dicho a los nativos de Okinawa que los estadounidenses los tratarían cruelmente; que violarían a sus mujeres y matarían a sus niños. Dijeron a la gente que se escondiera o, incluso, que se matara, para alejarse de estos "terribles" estadounidenses; y algunas madres creyeron lo que les dijeron. Cuando desembarcaron en la isla, vieron evidencias de que muchas madres les habían cortado la garganta a sus hijos y luego se habían suicidado. Otras habían arrojado a sus hijos al océano desde los acantilados y luego habían saltado ellas mismas. Centenares perdieron la vida de

ese modo. Quienes no lo hicieron, pronto supieron que los estadounidenses no eran tan crueles como les habían dicho los japoneses.

Extendiéndose a través de la isla, había un barranco de 120 metros de altura, llamado el Acanalado de Maeda, que del lado del mar se elevaba verticalmente. La cumbre tenía entre 75 y 90 metros de ancho, y luego bajaba del otro lado lentamente.

Aunque no lo percibieron hasta más tarde, los japoneses estaban enterrados en el mismo centro de esa gran colina. Habían excavado cuevas de dos y tres pisos en su interior, conectadas por escaleras de un piso a otro.

La 77ª División acampó frente al acantilado de 120 metros de altura. Su trabajo era eliminar a los japoneses que estaban en la cumbre y en la parte posterior del barranco. Pero comenzaron a darse cuenta de que iba a ser un trabajo enorme.

Como paramédico, Desmond no tenía obligación de hacer guardias. Sin embargo, los soldados habían estado combatiendo y perdían mucho sueño, de modo que algunas veces se ofreció voluntariamente para hacer guardias. Cierta vez, cerca de la base del acantilado, estaba de guardia junto con otro soldado. Desmond tomó el primer turno, o vigilia. Después de un par de horas, despertó al otro soldado... que de inmediato se volvió a dormir.

Entonces Desmond escuchó algo. Al lado de donde estaban había un hueco grande; podía oír voces que salían de ese hueco... y no hablaban inglés. Había granadas a su lado, y él sabía que si echaba una adentro, tendría algunos japoneses muertos. Desmond sintió esto como su mayor tentación de destruir vidas. Creía que si un japonés arrojaba una granada que cayera en su falda, él estaría justificado en devolverla antes de que explotara; pero también sentía que causaría confusión si él, un OC, arrojaba una granada y mataba a varios hombres. Tocó al otro soldado: estaba roncando y Desmond se preguntaba si los japoneses podrían oírlo. El hombre inmediatamente se durmió de nuevo. Así que, Desmond se puso lo más lejos que pudo de ese pozo y el resto de la noche oró pidiendo la protección de Dios. Sus oraciones fueron respondidas, y otra vez no fue herido.

Desde el área del vivac, al pie del barranco, los soldados podían subir hasta una altura de unos cien metros, aunque no era fácil porque la pendiente era muy pronunciada y el terreno, áspero; además, los últimos diez o quince metros eran casi verticales, y ¡la parte superior sobresalía más de un metro de la vertical!

Más tarde, el teniente Gornto pidió a Desmond que lo ayudara.

-Doss, ¿podría, junto con un par de soldados, llevar estas redes marineras para cargas hasta allá, y preparar así una escalera para los últimos diez metros? Yo creo que pueden hacerlo, uniendo las redes con vigas de cinco por diez centímetros

-Sí, señor. Trataremos de hacerlo -respondió Desmond.

Unieron las redes de carga y las ataron a las rocas coralíferas, en el borde superior del barranco. Otros soldados usaron rocas que encontraron en la zona para hacer un muro cerca del borde del acantilado como una pequeña protección.

-¡Buen trabajo, camaradas! -dijo el teniente-. Por cierto nos ayudará a subir y bajar más fácilmente... y con mayor seguridad, espero.

El 29 de abril de 1945, comenzó la verdadera batalla del Acantilado Maeda. El combate ocurrió en la cumbre del barranco, después de que los soldados llegaran arriba. Un problema grande que encontraron era que los japoneses habían estado tanto tiempo allí, que habían podido cavar trincheras y pozos individuales para los tiradores, y los estadounidenses ni siquiera podían reconocer que había trincheras. La zona parecía terreno natural, pero los fusiles asomaban para tirarles a los estadounidenses que no sospechaban de nada.

Henry D. López, en su libro *From Jackson to Japan* [De Jackson a Japón], mencionó: "Las defensas japonesas en Okinawa fueron las más robustas e impenetrables alguna vez asaltadas [...] El terreno en Okinawa, con su infinidad de montículos, crestas y promontorios de roca de coral y caliza [...] se prestaba muy favorablemente a la conducta de una defensa decidida".



DÍA DE MILAGROS

-Muy bien, camaradas, subiremos a la cumbre hoy otra vez. Estas redes de carga están arriba, así que, será más fácil llegar. Tienen municiones suficientes. Hagan lo mejor que puedan, hombres -el teniente Gornto daba las instrucciones de última hora.

Desmond fue hasta donde estaba el teniente Gornto.

-Teniente -le dijo-, yo creo que una oración es el mejor salvavidas que existe. Los hombres realmente deberían orar, antes de subir.

-Muchachos -exclamó Gornto-, acérquense. Doss quiere orar por nosotros.

¡Esa no era la idea que tenía Desmond! Él sentía que había que recordar a los hombres que oraran por sí mismos antes de subir, porque nadie sabía si sobrevivirían a esta batalla. Pero, como el teniente Gornto lo dijo de esa manera, Desmond oró en voz alta:

"Querido Dios", comenzó, cuando todos se habían reunido, "bendícenos hoy. Sé con el teniente y ayúdalo a darnos las órdenes correctas, porque nuestras vidas están en sus manos. Ayuda a cada uno de nosotros a tomar todas las precauciones debidas, de modo que todos podamos regresar vivos. Y Señor, ayúdanos a hacer las paces contigo, antes de subir esa red. Gracias. Amén".

Con eso, todos comenzaron a subir el barranco y a la red de carga. Llegaron a la cumbre, y casi de inmediato quedaron inmovilizados, incapaces de seguir adelante. La Compañía A estaba combatiendo a su izquierda y encontrando una oposición encarnizada. Los primeros cinco hombres de la Compañía A que habían alcanzado la cumbre fueron matados. Por radio, llegó un mensaje del cuartel general preguntando cuántos hombres de la Compañía B habían sido muertos o heridos.

Desmond informó que, hasta el momento, no había ninguna baja. Así que, dieron órdenes a la Compañía B de que debía tomar toda la cumbre ella sola, porque la Compañía A estaba totalmente diezmada. El "Tío Sam", a veces, tiene que sacri-

ficar vidas para ganar objetivos importantes, y el Acantilado Maeda era un objetivo importante.

Así que, la Compañía B comenzó a atravesar la cumbre del acantilado. Los hombres liquidaron ocho o nueve "nidos" japoneses. El milagro de la historia fue que ningún hombre de la Compañía B fue muerto y solo uno fue herido... ¡por una roca que le cayó sobre la mano!

Fue un evento tan asombroso, que las oficinas centrales pronto lo supieron y la noticia llegó hasta los Estados Unidos.

-¿Cómo pudieron hacerlo? -era la pregunta que todos se hacían.

-Fue por causa de la oración de Desmond -respondían los hombres de la Compañía B.

Al día siguiente, un miembro del Cuerpo de Señaleros llegó a la zona de la Compañía B.

-Hemos escuchado del buen trabajo que ustedes hicieron ayer, muchachos. ¿Puedo sacarles una foto?

-Sí -dijo el teniente Gornto-. Doss, sube el acantilado y permítele que te saque una foto.

-Ven conmigo arriba -le dijo Desmond al hombre del Cuerpo de Señaleros.

-No pienso hacerlo. No perdí nada allí arriba, ¡y no tengo la intención subir!



EL DÍA DE LA MEDALLA DE HONOR

Era tiempo de subir el barranco otra vez. Aunque en el fragor de la batalla no siempre era posible recordar en qué día vivían, por otras fuentes, se cree que fue el sábado 5 de mayo.

Desmond estaba leyendo su Biblia, cuando el capitán Vernon se acercó a él y le dijo:

-Doss, ¿te molestaría subir hoy el acantilado? Tú sabes que eres el único paramédico que nos queda, y realmente te necesitamos.

-Sí, capitán, subiré. Pero ¿le parece que podría tomarme el tiempo para terminar mis devociones? -preguntó Desmond.

-OK, te esperaremos -replicó el capitán.

Desmond estaba estudiando su lección de la Escuela Sabática. El tema hablaba de seguir a Jesús. Terminó, e inclinó la cabeza en oración. Más tarde, calculó que habían pasado unos diez minutos desde que el capitán Vernon le había pedido que subiera el barranco hasta que estuvo listo para unirse al grupo. Alguien le dijo después que fue una media hora. Pero, como ninguno de los hombres estaba ansioso de subir y combatir, estuvieron contentos por la demora.

Los soldados creían que la batalla más severa ya había sido peleada y que, este día, sería más bien un trabajo de "limpieza" final. Desmond mencionó otra vez lo de orar, pero el capitán Vernon dijo:

-Lo lamento, Doss, ya postergamos todo demasiado -Y no se dijo más nada acerca de la oración.

Los 155 hombres que quedaban en la Compañía B subieron el barranco. De inmediato, enfrentaron el infierno de la guerra. Todo parecía salir mal. Había una posición japonesa que los hombres parecían no poder aniquilar. Los estadounidenses arrojaron bolsos de cargas (bolsas de TNT) y otros explosivos a la posición japonesa, pero el enemigo arrancaba las mechas antes de que estallaran. Finalmente, varios hombres tomaron latas de veinte litros de gasolina y las arrojaron sobre las posiciones japonesas. Entonces, el teniente Phillips arrojó una granada de fósforo blanco.

El resultado fue mayor del que esperaban. Hubo una explosión terrible en la trinchera misma, pero una explosión aún mayor más abajo, como debajo del cerro. Evidentemente, no solo estallaron todos los explosivos que los hombres habían arrojado a la trinchera cuando se incendió la nafta, sino también un depósito de municiones más, adentro del barranco.

Lo que sucedió después fue totalmente inesperado. De todas direcciones, emergieron japoneses de otras trincheras; probablemente, hayan calculado que era ahora o nunca. Había tantos japoneses y combatían tan ardientemente, que habría sido suicida que los estadounidenses se mantuvieran en la cumbre del acantilado. Se dio la orden de retirada. Se esperaba que fuera una retirada ordenada, pero terminó en pánico.

Desmond estaba en la cumbre, con sus hombres... hasta que todos se fueron. Pero ¿qué pasaría con los heridos que estaban esparcidos por todo el acantilado? No podía irse y dejarlos solos. Sabía que muchos de ellos tenían familias en casa.

Comenzó por el soldado que se encontraba más cerca de él, que estaba muy mal herido. Desmond lo arrastró hasta el borde del acantilado, y miró a su alrededor para ver qué podía usar. Había una camilla y la soga que habían usado para subir los suministros. Hizo rodar al herido hasta ponerlo en la camilla y lo ató tan bien como pudo. Luego, lo dejó bajar por el acantilado mientras él sostenía la soga. Cuando iba a medio camino, pensó que perdería al hombre, pero la soga aguantó y la camilla llegó con toda seguridad al lugar donde terminaba la red de carga, unos diez metros más abajo. Allí, algunos de los soldados se habían dejado caer para descansar un momento antes de seguir bajando el barranco.

-¿Qué es lo que está pasando? -se preguntaban, al ver que la camilla estaba bajando.

-Llévenlo al puesto sanitario, ¡pronto! -les gritó Desmond desde la cumbre-. Está muy mal herido.

Mientras un par de hombres comenzaba a bajar el barranco con el hombre herido, Desmond subió la soga. Le había llevado mucho tiempo bajar a ese hombre. Entonces, se acordó del nudo as de guía con dos lazos que había atado durante su entrenamiento en Elkins, West Virginia. Hoy, Desmond cree que Dios se lo hizo recordar. Rápidamente ató ese nudo, trajo a otro hombre herido al borde del barranco y deslizó los dos lazos por sus piernas. Luego, dobló la soga otra vez y la ató alrededor del pecho del hombre. Cuidadosamente, lo bajó. Dios hasta le proveyó un tocón allí cerca, y Desmond pasó la soga a su alrededor mientras la iba soltando gradualmente. Esto evitaba que tuviese que mantener él todo el peso del hombre que bajaba. Todo el tiempo se mantenía orando: "Señor, ayúdame a bajar a uno más".

Por qué los japoneses no fueron hasta esa parte del barranco donde estaban los soldados heridos para liquidarlos finalmente, Desmond no lo sabe. Su única explicación es que Dios cuidó de él y de sus hombres. Más tarde, tuvo tiempo de

agradecer a Dios. Él no sintió que pudieran matarlo, porque recordó que nunca había deshonrado a sus padres, y el quinto Mandamiento dice que si honras a tus padres tus días se alargarán en la tierra que el Señor tu Dios te da. Él no sintió que eso lo mantendría sin ser herido, pero sintió que valía la pena ser herido, si podía salvar a sus hombres.

A Desmond le llevó unas cinco horas rescatar a todos los soldados heridos, pero lo hizo. Fue un soldado cansado, agradecido y cubierto de sangre el que finalmente bajó del Acantilado Maeda ese día. E increíblemente, ¡no estaba herido!

Los miembros de la Compañía B que habían visto a este paramédico, a este soldado objetor de conciencia, haciendo lo que hizo, quedaron asombrados; no pasó mucho tiempo hasta que el resto de la compañía también lo supo. Y luego, otros.

Cuando Desmond llegó de regreso al área del vivac, escuchó palabras de bienvenida.

–Doss, ese uniforme de fajina está empapado en sangre. Además, te cubren las moscas, y no tenemos ningún aerosol contra las moscas. Tendremos que encontrar otro uniforme de fajina.

Antes de mucho, lo vistieron con un uniforme limpio. Decidió irse a un lugar tranquilo y leer su Biblia. ¡Ciertamente tenía algo especial que agradecer a Dios por esta ocasión!

Mientras estaba alejado del grupo, el general A. D. Bruce, de las oficinas centrales de la 77ª División, llegó al campamento. Había escuchado de la hazaña de Desmond y quería estrecharle la mano. También sugirió que debería recibir la Medalla de Honor del Congreso, y pidió a los que podían iniciar el proceso que lo comenzaran. Desmond supo de esto más tarde, ya que no había estado para estrechar la mano al general. Deseó haber estado allí.

¿Cuántos hombres había bajado Desmond del barranco? Los oficiales más altos dijeron:

–Veamos. Fueron 155 hombres los que subieron, y solo 55 hombres bajaron por sí mismos. Así que, debiste de haber salvado a 100 hombres.

–Eso no puede ser –dijo Desmond, modestamente–. No pudieron haber sido más de 50; no habría tenido tiempo de salvar a 100 hombres.

Así que, se quedaron con 75, y ese es el número que aparece en la citación de la Medalla de Honor del Congreso que recibió Desmond.



Dos semanas más tarde, todavía había lugares donde los japoneses combatían duramente. Se decidió usar las tácticas japonesas, que llegaban a la mañana temprano para encontrar durmiendo a los estadounidenses y matarlos. ¿Por qué no hacer ellos lo mismo?

Los oficiales decidieron probarlo. Una noche muy oscura, los soldados estadounidenses salieron marchando de su vivac. Desmond pegó un trozo de cinta adhesiva blanca en la mochila de cada hombre, de modo que pudieran seguirse unos a otros con el débil resplandor que mostraban. Pero era tan oscuro, que ni siquiera eso ayudaba. Finalmente, llegaron cerca del área donde debían estar a la mañana siguiente. Desmond y otros tres encontraron un pozo y se arrastraron a él.

¡La vieron venir! ¡Una granada! Los otros tres alcanzaron a salir del pozo, pero Desmond estaba demasiado atrás en la trinchera. La granada cayó a sus pies. Casi sin pensarlo, puso su pesada bota militar sobre la granada. ¡¡BOOM!! Se sintió volando por el aire, y vio estrellas... que no estaban allí. Cuando estuvo otra vez en el suelo, se tocó la pierna. ¡Todavía la tenía! Pero estaba sangrando copiosamente. Vendó su pierna lo mejor que pudo.

Tenía que salir de la zona porque era territorio japonés, de modo que, con otro soldado, comenzaron a arrastrarse cruzando la colina, para llegar a territorio estadounidenses. Encontraron allí una trinchera pequeña. Como el otro soldado estaba herido en el hombro, Desmond le pidió la pala y cavó para ensanchar un poco más la trinchera. Luego, se acurrucaron para pasar el resto de la noche allí. Desmond sabía que estaba perdiendo mucha sangre. Se sentía adormilado y estaba acostado con la cabeza inclinada hacia atrás. Cuando comenzó a aclarar, los dos hombres miraron a su alrededor. Entonces, vieron que la pala que Desmond había usado la noche an-

terior para ensanchar el pozo estaba a pocos centímetros de una bala de artillería sin estallar. Si la hubiese golpeado, solo habría quedado una mancha de grasa.

Otra vez, Dios había cuidado de Desmond.

Poco después de amanecer, los camilleros vinieron para recoger a los heridos. Cargaron a Desmond en la camilla y empezaron a volver al puesto sanitario. Por el camino, encontraron a un soldado que había sido herido en la cabeza cuando los japoneses abrieron fuego. Pero tenían solo una camilla y no había suficientes hombres para llevar a dos soldados. Desmond se dio vuelta bajando de la camilla, y les dijo que llevaran al hombre con la herida en la cabeza.

-No queremos hacer eso, Doss -dijeron.

Pero, Desmond insistió.

-He estado aquí por cinco horas y puedo esperar un poco más. Llénenlo.

-Muy bien, Doss. Pero volveremos pronto.

Cuando ellos se fueron, Brooks, un amigo de la ciudad de Dorothy, Richmond, Virginia, pasó por allí. Él había sido herido solo ligeramente.

-Doss, ¿qué te pasó? Oh, ya veo. Si te recuestas sobre mí, ¿te parece que podríamos llegar al puesto sanitario por nosotros mismos? Vamos, tratemos de hacerlo -sugirió Brooks.

Comenzaron a caminar, y no habían llegado muy lejos cuando un francotirador japonés le pegó un balazo a Desmond en el brazo. La bala entró por la muñeca en dirección al codo, y se alojó en el brazo, destruyendo huesos y nervios en su camino. Si la bala no le hubiera dado en el brazo, probablemente habría atravesado el cuello de Brooks y, posiblemente, lo habría matado.

-Brooks, dame tu fusil -dijo Desmond.

Brooks se preguntaba por qué este hombre que nunca había portado un arma de repente quería un fusil. Pero Desmond lo sabía. Lo puso junto a su brazo inutilizado, y le pidió a Brooks que envolviera su chaqueta alrededor del arma y de su cuerpo. Funcionó como un entablillado. Siguieron hacia un puesto de socorro, pero Desmond había perdido tanta sangre que se desmayó. Brooks corrió al puesto y consiguió que unos camilleros fueran a buscar a Desmond. Pero el puesto sanitario al

que habían llegado no era el del Primer Batallón. Eso produjo un suceso interesante en Lynchburg, Virginia.

Cuando los camilleros originales del Primer Batallón volvieron al lugar donde habían dejado a Desmond, él ya no estaba. Así que, informaron que había muerto en acción y ese informe llegó hasta Lynchburg, donde se publicó en el diario. Sin embargo, mientras tanto, Desmond estaba en el hospital; y después de las cirugías de su pierna y de su brazo, pidió a una enfermera que lo ayudara a terminar su carta a la familia, que él envió a casa.

El día después de que saliera el periódico con la historia de que Desmond Doss había muerto en acción, mamá Doss fue a trabajar en la fábrica de zapatos, como siempre. Sus compañeras de trabajo estaban en estado de *shock*.

-¡Señora Doss! ¿Cómo puede venir a trabajar, cuando su muchacho ha muerto?

-Pero ¡él no ha muerto! Fue herido y está en el hospital; pero estará bien. Miren, recibí una carta de él ayer.

Al día siguiente, el periódico tuvo que publicar una corrección.

Cuando Desmond llegó al hospital de campaña, el médico miró su brazo y pierna heridos, y dijo:

-Doss, lo estamos registrando para que vuelva al continente tan pronto como esté un poco más en condiciones.

En ese momento, Desmond decidió que haber sido herido era una cosa buena.

La cirugía incluyó remover diecisiete trozos de metralla de su pierna herida, y componer el brazo herido y ponerle un yeso muy pesado. Después de la operación, lo pusieron en un barco hospital, esta vez, con rumbo al este. ¡Ya era tiempo de notar que le faltaba su pequeña Biblia! Debió de habersele caído en algún campo de batalla. Envió un mensaje a sus compañeros, pidiéndoles que mantuvieran sus ojos abiertos, por si la encontraban. Los amigos se abrieron en abanico por toda la zona, la encontraron y se la devolvieron a Desmond. Él atesora esa Biblia.

El barco hospital llegó a Guam y un avión lo llevó a Hawaii.

-Mi brazo realmente me duele, y además huele muy mal -dijo Desmond al soldado que lo ayudaba.

-Le pediré al médico que lo mire -respondió el soldado.

El médico tuvo que cortar un trozo de yeso para llegar al brazo. Encontró un vendaje de gasa que envolvía los huesos, y descubrió que la herida estaba infectada. Cuando vio la condición del brazo de Desmond, de su boca salió una buena selección de maldiciones dirigidas a cierto médico en Okinawa.

-Si ese médico fuera veterinario, no le llevaría ni siquiera a mi perro -estalló.

-Doctor, ¿hay algo que pueda hacer, para que este yeso sea más cómodo? Es terriblemente pesado, y no me permite pararme derecho -dijo Desmond al médico que trabajaba en su brazo.

-Se está poniendo muy malo. Si se pone un poco peor, tal vez tengamos que cambiarlo.

Así que, Desmond se preocupó para que el yeso se pusiera peor en muy poco tiempo. Como resultado, le quitaron el pesado yeso y le colocaron un nuevo tipo de tablillas en su brazo. Estaba hecho con tiras de metal y cubierto con muselina, y lo llamaban "entablillado avión".

Cuando el médico terminó con el brazo de Desmond, este se sintió mucho mejor... Y además, ya no hedía.

Luego, siguió su viaje a través del Océano Pacífico hacia su casa.

CAPÍTULO 15



OTRA VEZ EN CASA

—Querida, estoy otra vez en casa. Bueno, no en mi casa, pero en casa, en los Estados Unidos. Estoy en Seattle. Todavía no sé cuán pronto podré estar en Virginia, pero estaré allí tan pronto como pueda —dijo Desmond por teléfono.

Cuando Desmond llegó a Seattle, le dijeron que podía tener hacer llamada telefónica gratuita. Por supuesto, hablaría con Dorothy, pero ¿dónde estaría ella? No le habían llegado cartas de Dorothy desde que había sido herido. Él sabía que ella estaba enseñando en una escuela en Norfolk, pero ahora era verano. Cuando llamó a Richmond, mamá Schutte dijo que Dorothy estaba en el Washington Missionary College estudiando durante los meses de verano. Así que, llamó a Washington.

La llamada telefónica de Desmond era lo que Dorothy había estado esperando. ¡Qué gozo fue escuchar su voz! Él le había escrito, contándole lo que le había ocurrido, pero no era lo mismo que escuchar su bienvenida voz.

—Hola, querido, te amo. Y ¡es tan bueno realmente escuchar tu voz! Desmond, quiero ir a Seattle para verte. ¿Puedo? —preguntó Dorothy.

—Querida, ni siquiera sé cuánto tiempo estaré aquí. Me dicen que me mandarán a algún lugar cerca de casa. De modo que sería mejor que esperaras hasta que regrese allí —contestó Desmond.

Pocos días más tarde, estaba en el Hospital Swannenoa, en Asheville, Carolina del Norte. Sus padres fueron a visitarlo allí, y fue maravilloso verlos; sin embargo, todavía no había visto a Dorothy. Ambos anhelaban mucho verse. Le habló otra vez por teléfono.

-Desmond, quiero ir a Asheville. Todavía me quedan dos semanas de escuela de verano, pero las abandonaré -dijo Dorothy.

-Querida, tú sabes que quiero verte, pero no creo que deberías perder tu esfuerzo de todo el verano. Quédate hasta que termines. El tiempo pasará rápidamente -le pidió Desmond.

Pero Dorothy se las arregló para adelantar unos días sus exámenes finales.

Pero "a los que esperan, todas las cosas les vienen a bien", y para cuando Dorothy llegó a su casa en Richmond, Desmond estaba tomando el ómnibus para ir hacia allá.

Mamá Schutte llevó a Dorothy a la estación de buses y, por fin, Desmond tenía a su Dorothy en sus brazos... Bueno, por lo menos, en su brazo sano. ¡Qué maravilloso era estar juntos otra vez!

Desmond todavía tenía la bala alojada en la parte superior del brazo y fue transferido al Hospital Woodrow Wilson, cerca de Waynesboro, Virginia, donde se la extrajeron. No pasó mucho tiempo más y le quitaron también el yeso. Comenzó a sentirse otra vez "como un ser humano".

Un día, el comandante del hospital se detuvo en su habitación.

-Doss, ¿está listo para ir a Washington? -le preguntó.

-¿Qué quiere decir con eso, señor? -preguntó Desmond a su vez.

-Vamos a llevarlo a Washington, para recibir la Medalla de Honor del Congreso. Hasta lo llevaremos allá en mi automóvil oficial. ¿Podría venir su esposa con usted? ¿Y sus padres? ¡Esperamos que ellos también puedan estar allí!

¡Qué sorpresa agradable y qué tiempo maravilloso tuvieron en Washington! La historia de este soldado adventista del séptimo día que recibiría la Medalla de Honor del Congreso había sido contada vez tras vez en las iglesias adventistas de todas partes. Su foto y su historia hasta fueron publicadas en la *Review and Herald*, revista oficial de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Varios dirigentes de la Asociación General asistieron

a las ceremonias en los prados de la Casa Blanca, el 12 de octubre de 1945, cuando el presidente Harry S. Truman colocó la cinta azul con la medalla alrededor del cuello de Desmond. La "Citación de la Medalla de Honor del Congreso" fue leída en la ceremonia (la citación está transcrita al comienzo del libro).

Cuando Desmond partió de Washington, pidió permiso para tomar su licencia, por mucho tiempo demorada, en Richmond. Luego, como no había realmente ninguna razón para volver al Hospital Woodrow Wilson, fue al hospital de Richmond y habló acerca de ser transferido allí.

-Sencillamente, preséntese como enfermo aquí. Entonces, no tendrá que regresar al Woodrow Wilson -le dijeron.

-No puedo hacerlo. No estoy enfermo, y eso sería ser deshonesto -respondió Desmond.

Así que, volvió al Hospital Woodrow Wilson y, más tarde, fue transferido. Ahora era paciente en el hospital del ejército en Richmond; pero también estaba trabajando en el departamento de Hidroterapia y le gustaba. Sin embargo, encontró que, aunque se sentía bien por la mañana, hacia el mediodía se sentía tan cansado que apenas podía seguir adelante.

-Desmond Doss, ¿podría venir a nuestra iglesia, o a nuestra reunión campestre, o a nuestro Congreso de Jóvenes, para contarnos su experiencia?

Esta pregunta le llegaba continuamente, y se encontró "en la carretera" durante los fines de semana.

Una semana se suponía que debía ir a California para una asamblea de jóvenes de fin de semana, pero se sentía agotado y exhausto, y tenía tos seca todo el tiempo. Fue a ver a un médico del ejército.

-Doctor, tengo una tos que no puedo superar, y estoy cansado todo el tiempo -le dijo Desmond.

-¿Qué ha estado haciendo que lo cansa tanto?

-Viajar por todo el país, hablando los fines de semana.

Le contó al médico sobre su Medalla de Honor y por qué estaba viajando tanto.

-Se espera que vaya a California este fin de semana, pero no me siento en condiciones de hacerlo.

-Parece que necesita una orden médica de quedarse en

casa. Es mejor que no viaje este fin de semana. Quédese en casa y descanse –le indicó el médico.

Por lo tanto, Desmond canceló la cita. La siguiente semana, sintió un dolor agudo en el pecho, así que, volvió a ir al médico.

–Creo que será mejor que le tomemos una placa de rayos X del pecho, y veamos qué está pasando.

Luego de que le hicieron la placa de rayos X, Desmond se quedó esperando los resultados.

–Doss, usted necesitará más radiografías –subrayó el médico.

Un tiempo después, cuando tuvo los resultados en la mano, afirmó:

–Doss, lo transferiremos a otra ala. Tendrá que quedarse aquí, en el hospital –y lo transfirieron a una habitación privada en otro pabellón.

¿De qué se trata todo esto?, se preguntaba Desmond. Finalmente, tuvo la respuesta: tenía tuberculosis, y debería quedarse en el hospital. Entonces, llamó a Dorothy.

–Querida, estoy en el hospital, y no me dejan volver a casa. Han encontrado que tengo tuberculosis –él estaba muy molesto.

–¡Oh, no, Desmond! Justo cuando estábamos listos para establecernos y vivir una vida normal... ¡Y yo, embarazada!

–Lo lamento, querida –fue lo único que Desmond pudo responder.

Una cosa por la que estaba molesto era que Dorothy solo podría ir a verlo en horario de visitas, pero, como estaba enseñando, no podía hacerlo.

–No te preocupes por eso –aseguró el médico cuando Desmond le explicó la situación–. Yo haré arreglos para que pueda venir a visitarte en cualquier momento en que lo desee.

Desmond aprovechó para contarle al médico sobre las veces en que, estando en el Pacífico, se había pescado resfríos que no podía sacarse de encima; y también habló de cuando estaba demasiado cansado para marchar junto con sus camaradas.

–¿Me habré estado enfermando de tuberculosis en ese entonces? –le preguntó.

–Probablemente, sí –respondió el médico.

Durante los siguientes cinco años y medio, Desmond pasó la mayor parte de su tiempo en hospitales de veteranos. Po-

dría llenar un libro entero relatando solo todas las cosas que le ocurrieron durante ese tiempo, así que, aquí vamos a contar solo algunas.

En un primer momento, estuvo en el Hospital Fitzsimmons, en Colorado, porque esa institución tenía un buen registro de tratamientos exitosos de tuberculosis. Sin embargo, se sentía muy solitario sin Dorothy y estaba preocupado por ella. Ella estaba enseñando otra vez y él sabía que era capaz de quedarse levantada la mitad de la noche para tener las cosas en forma perfecta para el día siguiente; además, estaba embarazada. Estas preocupaciones hicieron que la salud de Desmond empeorara.

El Dr. Dart, un médico adventista del hospital, tenía un primo, Archa Dart, que trabajaba en la obra educacional. Archa Dart era el supervisor de Dorothy, así que, el doctor le escribió y le dijo:

-Desmond necesita más a Dorothy que tú.

Entonces, Dorothy fue a Colorado, y la salud de Desmond mejoró.



Muchos adventistas del área de Asheville, Carolina del Norte, donde Desmond estuvo un tiempo, iban a visitarlo. Dos de ellos pasaron un sábado de tarde:

-¿Hay algo que podamos hacer por usted o conseguirle? -le preguntaron.

-Por cierto, me gustaría poder tener unas grabaciones y algo con qué reproducirlas. Me ayudaría a pasar el tiempo, y me daría algo para escuchar los sábados. Como saben, no puedo ir a la iglesia.

-Creo que tengo una grabadora en casa que podría prestarle -respondió uno de ellos.

Se la llevó a Desmond, junto con muchas grabaciones para que escuchara. Ahora Desmond gozaba de oír las grabaciones y, cuando podía, compartir la música con otros.



En otra ocasión fue a verlo Sug, la encargada de la institución. Ella era "Sug" para todos los pacientes, y todos ellos eran "Sug" para ella.

-Sug, ¿usted realmente quiere que todos nos sanemos? -le preguntó Desmond.

-Por supuesto, Sug. ¿Por qué? -repreguntó ella.

-Bueno, los pacientes reciben aquí todos los cigarrillos gratis que puedan fumar. No son buenos para uno, usted sabe. Y todavía, quieren disminuir la cantidad de leche que podemos tomar. ¿Cómo es eso?

-Sug -respondió ella-, recibirás tu leche.



A Desmond le sacaron muchas placas de rayos X, broncoscopías, y le dieron otros tratamientos. La tuberculosis estaba en ambos pulmones, pero el izquierdo estaba peor que el derecho. La broncoscopia era para ensanchar sus tubos bronquiales, de modo que pudiera respirar mejor. El médico le hacía una broncoscopia cada dos semanas. Escupía sangre durante una semana, y justo cuando empezaba a sentirse mejor, se repetía todo el proceso.

Un día, Desmond fue llevado al laboratorio para hacerse otro análisis de sangre. (Él se preguntaba si le quedaba todavía algo de sangre.) Después del análisis, lo llevaron al departamento quirúrgico.

-¿De qué se trata todo esto? -preguntó.

-Órdenes -respondió el camillero, y no dijo nada más.

Cuando llegó un médico a la sala de espera un poco más tarde, él observó:

-Supongo que sabe por qué está aquí.

-No, no sé nada. Eso es lo que estoy tratando de averiguar -dijo Desmond.

-Hablaré con usted en un momento.

Cuando volvió, le mostró a Desmond sus placas de rayos X y le explicó que necesitaban removerle su pulmón izquierdo.

-¿Y cuáles serían mis expectativas de supervivencia, si no me operaran? -preguntó Desmond.

-Ninguna -dijo el médico.

-¿Cuáles son las expectativas con la cirugía?

-Cincuenta-cincuenta.

-Doc, soy vegetariano -le contó Desmond, pensando que eso podría ayudarlo a tener más posibilidades de recuperarse.

-Oh, Doss, usted nunca superaría esta cirugía sin una dieta alta en proteína. La única manera en que puede obtener suficiente proteína es comiendo carne.

-Doctor, seguiremos adelante con la cirugía, pero no comeré carne. Tomo mucha leche, huevos y queso *cottage* (una variedad de requesón o queso fresco). Compraré mis propios porotos de soja y me darán media lata cada día. ¿No debería eso ser suficiente?

-No lo sé -respondió el médico-; pero si insiste en hacerlo a su manera, tendremos que ver cómo resulta.

¡Muy desanimador!, pensó Desmond; y en voz alta preguntó:

-¿Cuándo me operan?

Se fijó una fecha para unas dos semanas más tarde. Entretanto, Dorothy llamó a amigos y personas interesadas por todos los Estados Unidos, y les pidió que recordaran a Desmond en sus oraciones. Además, contactó al pastor Roach, un ministro adventista, y él prometió ir y orar con Desmond la mañana de la cirugía.

La mañana de la cirugía, cuando Dorothy, el pastor Roach y los padres de Desmond llegaron, las enfermeras ya estaban preparando a Desmond porque el camillero había aparecido una hora más temprano de lo fijado para llevárselo. Ni bien Desmond supo que ellos estaban afuera, él insistió en que quería que oraran por él antes de entrar a cirugía. Por lo tanto, lo sacaron en la camilla hacia donde estaban Dorothy, los padres de él y el pastor Roach. Se reunieron todos alrededor de él, y mientras el pastor Roach oró por Desmond.

Después de eso, Desmond se sintió completamente relajado mientras lo llevaban de nuevo a la sala. Estaba seguro de que Dios sabía todo lo que le pasaba, y que él lo cuidaría y haría lo que fuera mejor para él.

Más tarde, después de la cirugía, le dijeron a Desmond que había salido de la operación mejor que cualquiera de los otros

pacientes. Además, que su columna vertebral era la más derecha de todos los pacientes quirúrgicos. Y cualquiera que vio a Desmond puede testificar de esto.

Otra vez, él supo que Dios lo había cuidado.

Por ese tiempo, los médicos estaban comenzando a usar antibióticos para tratar muchas enfermedades, y una de ellas era la tuberculosis. El único problema era que su uso estaba todavía en la etapa experimental, y nadie sabía exactamente qué dosis usar. Algunos de esos antibióticos le fueron administrados a Desmond. Él recuerda uno que tenía que tomar por vía oral, y ¡qué gusto malo tenía y cuánto lo enfermaba! El otro medicamento se lo administraban con una aguja hipodérmica y le produjo una herida tal que apenas podía sentarse. Pero los antibióticos lo ayudaron y, pronto, los resultados de los análisis eran todos negativos.

–Doctor, todo el tiempo me zumban los oídos. ¿Qué puede ser? –preguntó un día.

–Probablemente, sea una pequeña reacción a los antibióticos. Debería pasar pronto –respondió el médico.

Pero no solo no pasó, sino que Desmond encontraba que cada vez le era más difícil oír; y durante aproximadamente los siguientes 25 años, la sordera de Desmond fue avanzando cada vez más. Al principio, lo ayudó usar audífonos, pero finalmente, ni aun así podía escuchar lo que la gente decía. Los médicos le dijeron que la pérdida de audición sin duda se debía a los antibióticos que había tomado en la etapa experimental, cuando realmente no se sabía cómo proporcionarlos.

CAPÍTULO 16



CAMP DOSS

—Yo sé que tuvimos muchos cursos de adiestramiento de Cadetes Paramédicos, a fin de ayudar a nuestros jóvenes que estaban en espera para ser reclutados. Pero ¿cómo sería abrir un campamento nacional donde los muchachos puedan venir y obtener un buen entrenamiento que los ayudara? Además, hay muchos jóvenes que no viven cerca de los lugares donde se enseñan las clases de Cadetes Paramédicos —le dijo el coronel Everett Dick, uno de los oficiales de la Organización Nacional de Servicio de los adventistas del séptimo día, a Carlyle B. Haynes, su jefe.

—Me parece una buena idea —respondió Haynes—. Y creo que conozco un lugar donde podríamos tenerlo. Me parece que la Asociación de Michigan nos dejaría usar el lugar de su campamento juvenil cerca de Grand Ledge. Yo fui presidente de esa Asociación cierta vez.

Otra cosa que conversaron era qué nombre pondrían al campamento.

—¿Recuerda a ese joven que recibió la Medalla de Honor? Se llama Desmond Doss. ¿Por qué no llamar al campamento “Camp Desmond Doss”? —sugirió Haynes.

Todos los presentes aceptaron la idea.

Se estableció el campamento en Michigan, como habían esperado, y lo llamaron Camp Desmond Doss. Desmond pasó por el lugar en diversos momentos, ayudando a los líderes y

hablando a los jóvenes que se registraban para el curso, animándolos.

Por causa de la terrible presión a la que estuvo sometida Dorothy durante el tiempo en que Desmond estuvo en tratamiento por tuberculosis –y otras cosas que surgieron que le produjeron estrés–, ella tuvo un quiebre nervioso. Sentía que nunca más podría hacer nada que valiera la pena, ni siquiera manejar un hogar.

Por el consejo de una persona que había pasado por una situación similar, Desmond llevó a Dorothy a un Centro de Salud en Wildwood, Georgia, donde el personal empleaba alimentos nutritivos, ejercicio y descanso para ayudar a la gente a superar esas situaciones. Dorothy fue admitida como paciente, y estuvo allí por más de un año. Durante ese tiempo, mientras Desmond trabajaba, los padres de él y su hermana, Audrey, se ocuparon de Tommy, el hijito de Desmond y Dorothy. Desmond viajaba casi cuatrocientos kilómetros para ver a Dorothy casi cada fin de semana.

Un fin de semana, Dorothy y otros sugirieron que él pidiera una licencia en su trabajo y fuera a Wildwood para quedarse. Él podría trabajar en el Centro de Salud en el área de mantenimiento, y no tendría que viajar ida y vuelta esas grandes distancias. Finalmente, decidieron hacerlo.

Un día, Roy Cooper, que también trabajaban en el Centro de Salud de Wildwood, sugirió:

–Desmond, una señora, la señora Terry, está comenzando una escuela en Lookout Mountain. ¿Le gustaría subir allá con algunos de nosotros, y ayudar a construir algunos edificios?

–Creo que me gustaría hacerlo; pero primero oraré sobre esto –respondió Desmond.

Y al orar, sintió que Dios quería que ayudara en ese proyecto. Mientras Desmond estaba en Lookout Mountain, a unos 35 kilómetros de Wildwood, la esposa de Roy, Edith, lo ayudó a cuidar de Tommy. Otra vez, sintió que Dios estaba atendiendo sus necesidades.

En la montaña, Desmond encontró una propiedad de cinco acres (unas dos hectáreas), con una cabina de tres ambientes en ella. Era realmente bastante vieja. Había que poner ollas

en los lugares donde goteaba el techo cuando llovía, y cuando soplaban el viento, el piso de linóleo se levantaba en algunos lugares. En 1955, usó su póliza de seguros del ejército y la compró. Dorothy estaba mejorando por ese tiempo, pero no estaba muy contenta con la compra, porque sentía que nunca más podría hacerse cargo de una casa. Sin embargo, estaba muy equivocada. Más tarde, Dorothy no solo volvió a atender su hogar, sino también terminó su curso de enfermera; además, obtuvo su título de Enfermera Registrada y hasta un Bachillerato en Ciencias en Enfermería.

Desmond edificó otras habitaciones alrededor de las tres originales, y la pequeña casita terminó siendo una casa más bien grande. Desmond y Dorothy agradecieron a Dios por ella, y se establecieron en ese lugar, que pronto llegó a ser su hogar.



-Hola, Desmond. Soy Clark Smith -Desmond se preguntaba por qué Clark Smith, uno de los oficiales de la Organización Nacional de Servicio, lo llamaba-. Tenemos la oportunidad de hacer una película para ayudar a nuestros soldados, y queremos contar su historia. Pensamos que sería maravilloso si pudiera ir a California y hablar en la película. Sin duda, aumentaría la calidad del film.

-Clark, no sé. He hablado mucho en tantos lugares. Estoy teniendo dificultades con el pozo de agua y necesito arreglarlo. Además, usted sabe que Josephine Cunnington Edwards está escribiendo mi historia, y necesito estar por aquí cerca, para atender cualquier pregunta que ella tenga.

-Bueno, Desmond, simplemente, no podemos dejar pasar esta oportunidad. ¿Le dije que un señor está pagando todo? Y eso no ocurre con mucha frecuencia... Le digo una cosa: deme el número de teléfono de la señora Edwards; la llamaré, para saber si puede interrumpir su trabajo por unos pocos días. Realmente queremos que venga. ¿Qué le parece? -insistió Clark.

Desmond le pidió unos momentos y, dándose vuelta, le explicó la situación a Dorothy.

-Yo creo que debes ir, Desmond -fue su consejo.

Así fue que Desmond se encontró en camino a California; esta vez en tren, en lugar de avión. Clark había hecho los arreglos para el boleto y le dijo que, como la película tenía que filmarse en determinado tiempo, debía avisarle de inmediato si perdía alguna combinación. ¡Y una vez casi la perdió!

Clark Smith y Des Cummings, el presidente de la Asociación del Sudeste de California, lo esperaron en la estación. Cuando fueron a buscar el equipaje, ¡no había equipaje! Las valijas no habían llegado, y ¡la reunión debía realizarse esa noche!

–Está bien –dijo Clark–. Iremos a los lugares donde venden los sobrantes de equipo militar, y veremos qué podemos encontrar.

Les llevó bastante tiempo encontrar un buen uniforme y luego fueron a comer algo. Parecía que Clark y Des querían estar seguros de que Desmond estuviera bien alimentado, porque seguían poniendo comida en su bandeja.

–Oigan, caballeros. Nunca podré comer todo eso –protestó.

–Sencillamente, coma lo que pueda comer –le aseguraron.

No se dio cuenta de que hacían todo eso para llenar el tiempo.

Pronto, llegó la hora de ir al estudio para el programa. Un hombre los buscó del hotel donde habían registrado a Desmond. Él se había puesto el uniforme que le habían comprado ese día. A todos les pareció que lucía bien.

Cuando llegaron al estudio, el conductor se acercó a un portón y el cuidador lo abrió de inmediato. Desmond parecía un poco sorprendido y el conductor observó:

–No se preocupe por eso. Yo solo trabajo aquí.

Llevaron a Desmond a un estudio en la parte posterior del edificio, y pronto estaba en una plataforma, preparado para dar un mensaje especial para los soldados que verían ese film. Apenas había comenzado a hablar, cuando se le acercó un hombre y lo interrumpió. Desmond se preguntaba: *¿De qué se trata todo esto? ¿Por qué me interrumpe, cuando estoy tratando de concentrarme en el mensaje?* Además, Desmond pensó que el hombre se parecía un poco a un payaso (en realidad, esta persona estaba maquillada para salir en televisión, pero era algo que Desmond nunca había visto de cerca).

El hombre fue muy cortés. “Desmond Doss, de Rising Fawn, Georgia, quien recibió la Medalla de Honor del Congreso, us-

ted está ahora en "This is Your Life!" [Esta es tu vida]. Yo soy Ralph Edwards".

Desmond no podía creer lo que oía. Pronto se encontró en otra plataforma, con centenares de personas en la audiencia. Ralph Edwards estaba dando a la gente una breve historia de su carrera militar y lo que había hecho para recibir la Medalla de Honor.

Esta entrevista había traído a muchos amigos y asociados para sorprender al huésped honrado. Tres de sus amigos del ejército estaban allí: el mayor Cooney, O. C. Brister y Fred Carr. Sus hermanas Audrey Doss-Millner y Harold también se encontraban allí, así como sus padres, Thomas y Bertha Doss. Y por último, y no menos valioso, Dorothy y su hijo, Tommy. ¡Qué sorpresa! Desmond se sentía muy nervioso: "Esto es peor que un combate".

Recibió muchos regalos agradables: una sierra circular de mesa; un pequeño tractor para el jardín, con sus herramientas; un automóvil Edson; y aun dinero, con el que compraría un poco más de tierra para añadir a las dos hectáreas que había comprado en Lookout Mountain. Tanto él como todos sus familiares fueron invitados esa noche a participar de una placentera cena en el hotel.

Desmond comenzó a darse cuenta de por qué habían sucedido algunas de las cosas. El largo viaje en tren, él lo sabía ahora, dio tiempo a sus familiares, y en especial a Dorothy y a Tommy, de volar a California. Él sabía ahora por qué Dorothy lo había animado a ir a California: ella sabía lo de "This is Your Life!" Él también se dio cuenta de por qué Clark Smith lo había llamado y le había pedido que fuera; y además podía ver por qué le dijeron que no era tiempo de ir a las oficinas de la Voz de la Profecía (su programa de radio favorito) en Glendale. Alguien allí podría haber dado algún indicio, ya que todo había tenido que mantenerse en secreto para que Desmond no se enterara, pues si lo hubiera sabido, el programa no se habría emitido al aire. Ralph Edwards lo habría sustituido con otro programa.

También supo que Josephine Cunnington Edwards, que estaba escribiendo un libro sobre él, le había estado pidiendo información, que ella le pasaba a Ralph Edwards para el pro-

grama. Ella era pariente lejana de Ralph y era una escritora adventista popular, quien había sugerido su nombre a Ralph Edwards. Poco después de esto, el esposo de Josephine falleció y ella no se sintió con ánimo de terminar el libro, de modo que el proyecto fue dado a otro escritor, Booton Herndon. Él escribió el libro *The Unlikeliest Hero* [El héroe inesperado].

Hay que añadir una cosa. A Desmond y a Dorothy les gustaba devolver el diezmo (incluso de los regalos que recibían). En determinado momento, calcularon la cantidad que debían dar, pero estaban tan ajustados de dinero que no lo pudieron entregar. Sin embargo, Desmond recordó las experiencias de su madre con la devolución del diezmo. Así que, decidieron dar a Dios su parte, aun cuando les quedó muy poco para sus gastos. Solo un mes después, Desmond estuvo en "This is Your Life!" Esto representó una buena ayuda y, de allí en adelante, sus finanzas mejoraron mucho. Desmond sabía que Dios lo había cuidado y bendecido otra vez.



Por ese tiempo, Desmond se dio cuenta de que, por causa de su experiencia con la tuberculosis y la pérdida de un pulmón, no podía mantener un horario de trabajo de ocho horas por día. Fue a ver a varios médicos y a la Administración de Veteranos (AV), y finalmente lo pusieron en la categoría de incapacidad permanente.

Así que, los siguientes quince años, aproximadamente, Desmond trabajó sus dos hectáreas (cinco acres), que habían llegado a ser cinco, al añadirles el terreno que compraron con el dinero del programa "This is Your Life". Estas parcelas adicionales eran mayormente boscosas, con muchas flores delicadas y hermoso musgo verde. Un invierno, hubo una terrible tormenta de hielo y cayeron muchos árboles. Él solucionó los daños causados, y el condado le construyó un pequeño dique en su propiedad, de modo que ahora tenían un lago muy hermoso.

También pasó muchos fines de semana, y aun semanas seguidas, atendiendo invitaciones para hablar. Su audición no era buena, pero se las arreglaba. Los que le pedían que fue-

CAMP DOSS

ra a hablarles le pagaban los gastos, pero Desmond nunca cobró por la charla misma: él quería hacerlo como gratitud por el cuidado de Dios. Sin embargo, él siempre hablaba de construir una capilla en Lookout Mountain, y muchas veces se recogieron ofrendas para ese fin. Con ese dinero, Desmond compraba materiales necesarios para la construcción y, cuando estaba en casa, pasaba muchas horas edificando. Hoy hay una hermosa capillita adventista en Lookout Mountain.



CAPÍTULO 17

SORDERA E IMPLANTE COCLEAR

Creo que debo arreglar esa cerradura en la puerta del dormitorio, pensó Desmond. Fue a buscar las herramientas que necesitaría y comenzó la tarea. Esto sucedía en 1976. Dorothy era una buena enfermera, que trabajaba todo el día, y volvería pronto.

De repente, Desmond se sintió mareado. “Me pregunto qué me pasa”, murmuró para sus adentros. “Creo que me voy a recostar unos minutos”.

Entretanto, Dorothy llegó a casa del trabajo y encontró a algunas personas en la puerta delantera.

–Vinimos para ver a Desmond –dijeron–. Sabemos que está adentro, pero no responde a la puerta.

–Iré a ver cuál es el problema –respondió ella.

Entró en la casa y se encontró con Desmond recostado en el sofá.

–¿Qué te pasa, cariño? –le preguntó, preocupada.

No tuvo respuesta, pero él la miraba con una expresión de perplejidad en su rostro.

–Desmond, ¿me puedes oír? –ella sabía que Desmond estaba casi sordo.

Aunque había vivido con su sordera durante años, generalmente, podía escuchar algo y le respondía. Esta vez, no respondió.

Por su parte, él la miraba con perplejidad pues pensaba que ella había perdido la voz. Entonces, él sacudió la cabeza y ambos se dieron cuenta, de repente, de que él estaba totalmente sordo: ¡no podía oír nada!

Esto sucedió de tarde, y Desmond decidió ir de inmediato al hospital de veteranos en Atlanta, para ver si podía obtener ayuda allí. Por el camino, se detuvo en Calhoun, Georgia, en las oficinas de la Asociación, para dejar su informe de tesorería de la iglesia que acaba de terminar. También le dijo a la gente que estaba totalmente sordo y pidió que oraran por él.

Cuando llegó a Atlanta, en el hospital de veteranos le dijeron: -Te vamos a poner en una habitación en un hotel y te vemos mañana de mañana.

-No, no voy a hacer eso -respondió Desmond-. No oigo nada y necesito ver a un médico ahora mismo.

Bess, una de las voluntarias en el hospital, lo tomó bajo sus alas, y se aseguró de que tuviera una cama en el hospital y que el médico lo viera esa misma noche.

Lo revisaron, decidieron que era una sordera dependiente del nervio y lo pusieron con suero intravenoso, tratando de salvar los nervios que pudieran. Nada pareció ayudar en forma permanente y volvió a su casa, a un mundo casi totalmente silencioso. Podía oír un poco de lo que sonaba como un ruido, pero no podía decir qué clase de ruido era.

Durante los siguientes doce años, fue todo así. Dorothy tenía que escribir cualquier información que él recibía, en casa, en la iglesia o en cualquier otra parte.

-Querido, yo soy tu "perro lazarillo" para tu oído -le decía Dorothy.

Tuvo que dejar de hacer bastantes cosas: era el tesorero y el primer anciano de su iglesia, pero al no poder escuchar, ya no podía realizar ciertas tareas.

-¿Te parece que puedes seguir siendo el jefe de los rescatistas del Condado de Walker, Desmond? -le preguntaron sus colegas de rescate.

Era una buena pregunta.

Desmond había sido el jefe de rescate del condado durante años, y había conseguido desarrollar el trabajo con buen equipamiento y buenos trabajadores. Si había problemas en cavernas, de las que había muchas en la zona, Desmond siempre estaba allí. Él no pedía a otros camaradas que hicieran cosas que él no estuviese dispuesto a hacer personalmente. Una vez, la cuadrilla tuvo que ir a rescatar a algunas personas en una caverna grande. Consiguieron sacarlas, pero dos de ellas murieron por los efectos de los gases en la caverna. Esos mismos gases hicieron que a Desmond le fuera muy difícil respirar. Fue llevado al hospital, y casi perdió la vida por neumonía. Esa fue otra vez en la que Dios lo cuidó.

-No, no podré ser el jefe de rescate, si no puedo escuchar nada. Tendré que abandonar esta tarea y dejar que ustedes se hagan cargo de ella -respondió.

Renunciar era muy difícil...

Pasaron los años. Probablemente, a mediados de la década de 1980, Desmond comenzó a enterarse de algo llamado implantes cocleares. Se suponía que podía ayudar a quienes eran totalmente sordos.

-Cariño, ¿podrías, por favor, preguntar a la AV si saben algo acerca de esto nuevo, llamado implante coclear? -sugirió Desmond a Dorothy.

Dorothy llamó. Sí, ellos sabían algo acerca de eso, pero todavía no mucho. Recordarían a Desmond y lo contactarían con las novedades.

Algunas semanas más tarde, la AV llamó a Desmond para decirle que lo enviarían al hospital de veteranos en West Haven, Connecticut, donde los médicos estaban comenzando a hacer implantes cocleares a los pacientes, si creían que eran buenos candidatos para el procedimiento. Esa vez, Desmond fue solo. Echaba de menos a Dorothy, que generalmente estaba con él, pero ella no podía ir. Sin embargo, la AV escribió notas para que él se las diera a la gente de la aerolínea, a los conductores de taxi, y a cualquiera otra persona que necesitaba ayudarlo. Con ellas, llegó con toda seguridad a West Haven.

Aun cuando Desmond estaba tan sordo que no podía oír

casi nada, los médicos le dijeron que él podía oír “demasiado bien” y, por eso, no era candidato para el implante. Le dieron audífonos más potentes, pero eso no lo ayudó.

Volvió a su casa desanimado.

-Ahora, ¿qué hago? -le preguntó a Dorothy; ella tampoco sabía qué decir.

El Señor se estaba haciendo cargo de la situación, pero en ese momento Desmond no sabía nada de esto. La convención de la Medalla de Honor ese año se llevó a cabo en Orange, California. Se realizaba cada dos años en diferentes lugares de los Estados Unidos, y las aerolíneas generosamente llevaban a los que habían recibido las Medallas de Honor y a sus esposas sin cobrarles nada. Así que, Desmond y Dorothy se encontraron en el sur de California.

-Quisiera asegurarme de ver a Dot Reid mientras estoy allá -le había dicho Dorothy a Desmond.

Dot era una prima de Desmond que vivía en Glendale.

Pasaron un poco de tiempo adicional en California después de que terminó la convención, para visitar a Dot Reid. Después de conversar un poco, ella les dijo:

-Algunos de mis amigos en Loma Linda tienen amigos que nunca se encontraron con Desmond y quisieran verlo. ¿Por qué no vamos allí esta tarde?

De esa manera, Desmond llegó a Loma Linda, un centro médico adventista muy grande. Las personas que querían ver a Desmond eran bien conocidas en el centro médico, y ellos sugirieron: “Veamos si podemos llegar hasta el departamento de Audiología, y le hacemos revisar su audición”. Y ¡oh, maravilla!, consiguieron un turno para la mañana siguiente.

Mientras lo revisaron, Desmond le preguntó al personal médico:

-¿Qué pueden decirme acerca de los implantes cocleares?

-Ahora los estamos haciendo aquí todo el tiempo, si creemos que un implante puede ayudar a la audición de una persona. Cada uno es muy diferente, así que, tenemos que revisar sus problemas con mucho cuidado.

Después de varios controles a la audición de Desmond, le dijeron:

–Usted es un muy buen candidato para el implante coclear. No solo eso, lo hemos conversado y hablamos con las autoridades, y están de acuerdo en que le hagamos un implante coclear sin costo, en agradecimiento por su servicio a Dios y a la patria.

Desmond apenas podía creer lo que escuchaba. Pero otra vez vio la mano de Dios solucionando las cosas para él de una manera maravillosa. Sin embargo, había un problema. El mantenimiento y el seguro por el implante sería costoso, y la AV no estaba lista para atender nada de eso.

Desmond y Dorothy regresaron a su casa, pero siguieron trabajando en ese proyecto. La AV finalmente aceptó hacerse cargo del costo del mantenimiento y el seguro por el implante, por lo que ese problema estaba resuelto. Ahora lo que necesitaban era dinero para el viaje a California. Las diversas organizaciones militares en Chattanooga –el DAV [Veteranos norteamericanos incapacitados], el VFW, y la del Corazón Púrpura, bajo la dirección de Bryant Cook, jefe de asuntos de veteranos– recogieron una donación para ayudarlos a llegar a Loma Linda, y para los gastos mientras estuvieran allí.

–Realmente apreciamos esta maravillosa donación, y que piensen en nosotros y en nuestro problema –les dijo Desmond.

La donación fue presentada a Desmond y Dorothy en una reunión del DAV. Durante la reunión, llamaron a Desmond para que saliera y se encontró con que otra sorpresa lo esperaba. El cuñado de Dorothy, Robert Jensen, le entregó una llave.

–Esta es la llave de la casa de mi madre en Loma Linda. Ella no está allí ahora, y dice que pueden quedarse en la casa mientras estás allí, si tan solo pagas los servicios y el alquiler de un pequeño departamento donde está ella.

Desmond no se dio cuenta de cuán maravilloso era esto, hasta que llegó a Loma Linda y vio cuánto le habría costado alquilar un lugar allí.

Después de establecerse en la casita, que estaba a solo dos cuadras del centro médico, Desmond fue al departamento de Audiología. Hubo más pruebas y más conversaciones con el Dr. Jung, quien haría la cirugía. Por supuesto, la conversación se desarrolló con el Dr. Jung escribiendo en un papel, pero ambos estaban acostumbrados a eso.

-Usted ve, señor Doss, entraremos en una zona detrás de su oído donde está la cóclea. Para decirlo en términos no médicos, básicamente, lo que haremos es conectar los nervios a un imán que pondremos dentro de su cabeza. Luego, ponemos otro imán del lado de afuera de su cabeza, en el lugar donde está el imán dentro de ella. El sonido irá por un alambre a una pequeña computadora que llevará usted en un bolsillo. La computadora tiene los controles, de modo que puede hacer los ajustes necesarios para oír.

-¿Cree usted que realmente ayudará, Dr. Jung? -preguntó Desmond.

-Es difícil garantizar cualquier cosa, debido a la complejidad de los oídos, pero creo que hay muy buenas posibilidades. Señor Doss, ¿cree usted en la oración? -preguntó el Dr. Jung-. Loma Linda es un centro médico adventista, y muchos de los médicos son buenos cristianos.

-Por supuesto que sí -respondió Desmond-. Y ciertamente he estado orando acerca de esto. Yo creo que Dios hará lo que sea mejor.

La cirugía de Desmond fue fijada para septiembre de 1988. Thomas, el hijo de Desmond y Dorothy, estaba en Hawaii en ese momento y voló a Loma Linda para la cirugía de su padre.

Desmond fue llevado al quirófano. Precisamente cuando el anestesista estaba por administrarle la anestesia se detuvo, esperó quince minutos y comenzó el procedimiento de nuevo. Luego, se detuvo y esperó un poco más.

Desmond se preguntaba por qué no comenzaban la cirugía, pero no podía escuchar ninguna explicación. Más tarde, supo que justo en ese momento estaba sucediendo algo que casi nunca ocurre en Loma Linda: una lluvia con relámpagos y truenos. El hospital tenía un sistema eléctrico para emergencias, pero llevaría unos momentos para que se reconectara la corriente eléctrica. El equipo de cirujanos no quería que nada sucediera que pusiera en peligro la cirugía de Desmond.

El hermano de Dorothy, el Dr. Harold Schutte, tenía un hijo que era médico y estaba haciendo su residencia en el Centro Médico Loma Linda. Era animador para Desmond que Del estuviera en el quirófano con él. También, mantenía informados

a Dorothy y a Thomas, que estaban en la sala de espera, respecto de lo que iba ocurriendo.

Desmond despertó con un fuerte dolor de cabeza y la cabeza enyesada.

–Esto no resulta muy cómodo. Siento como si mi cabeza estuviese hinchada y va a reventar el yeso –dijo a Dorothy y a Thomas–, pero por lo menos la cirugía terminó.

–También nosotros estamos contentos –concordaron ambos.

Un mes más tarde, llegó la hora de sacar el yeso, enganchar ese imán del lado exterior de la cabeza y ver cómo funcionaba.

Linda Dyer, que afinaría el implante dentro de su cabeza por medio de la computadora que estaba del lado de afuera, puso cuidadosamente el auricular en su oído.

–Desmond, este auricular solo mantiene todo el conjunto en su lugar. Usted no oye a través de él, como con un audífono. Ahora pondré el imán, esta pieza redonda, sobre el imán que está en su cabeza; puede sentirlo con su dedo. Todo esto ya está conectado con la pequeña computadora que puede poner en su bolsillo. Ahora, ¿está listo? –Linda iba escribiendo esto mientras lo decía.

–Listo como nunca, supongo –dijo Desmond.

Linda ajustó el imán exterior por encima del imán interior. Luego, le preguntó:

–Desmond, ¿puede oírme?

¡Su rostro se iluminó!

–Claro que puedo –respondió.

Era el primer sonido inteligible que había escuchado en doce años.

Dorothy y el Dr. Jung estaban mirando, así como otros que estaban interesados en lo que sucedía. Todo era entusiasmo y emoción, y los presentes aplaudían.

Pero no todo estaba terminado todavía. Como el médico le había explicado a Desmond:

–Esto nunca será tan bueno como un audífono, porque con un audífono usted escucha sonidos que conoce. Esto le da sonidos, pero no son sonidos familiares. Tiene que aprender a reconocerlos como palabras –y Desmond encontró que eso era cierto.

SORDERA E IMPLANTE COCLEAR

Linda Dyer pasó horas con él, enseñándole y diciéndole cuán bien iba adelantando, y animándolo de toda manera posible.

Aun cuando Desmond todavía no oía bien, era tanto mejor que no escuchar nada que realmente apreció ese implante coclear. Cuando se lo saca por la noche o se agota su batería, él se da cuenta aún más de cuánto lo aprecia. Es otra cosa por la que agradece a Dios.



En junio de 1986 ocurrió otro incidente feliz. Los graduados de la Universidad Adventista del Sur, en Collegdale, Tennessee, pidieron a Desmond que pronunciara el discurso de graduación. A su vez, el colegio decidió darle a Desmond en ese momento un doctorado honorario. Él y Dorothy estaban vestidos con birretes y togas, y él marchó por la plataforma para recibir su título honorífico. ¡Era un graduado universitario!

Un día, Dorothy estaba visitando una tienda de artículos de segunda mano en Chattanooga. Ella notó una réplica de la Estatua de la Libertad, de 2,40 metros de alto.

-Desmond, quiero que vayas a la tienda de cosas usadas conmigo. Tienes que ver algo allí -dijo a Desmond cuando se encontró con él en otra tienda.

Ella lo condujo hasta donde estaba la réplica de la Estatua de la Libertad. Desmond no pudo menos que admirar este símbolo de su división del ejército. Pero, aunque era usada, era costosa.

-Considéralo de este modo: Tú nunca fumaste. Compra esta estatua con el dinero que habrías hecho humo y que te ahorraste -bromeó Dorothy.

Desmond decidió comprar la estatua y la llevaron a su casa.

Más tarde, un amigo, Cliff Johnston, la montó sobre un pedestal de concreto. Luego, planificaron un evento para inaugurar aquella Estatua de la Libertad. Los amigos militares de Desmond y muchos otros vinieron para participar de la celebración. Su Estatua de la Libertad todavía está en pie en el patio delantero de la casa de Desmond, y constituye un lugar favorito para tomarse fotografías.

En el centro de la ciudad de Fort Oglethorpe, Georgia, cerca de la ciudad de Chattanooga, Tennessee, la Carretera 2 cruza la Ruta 27. Desde ese punto hasta la Carretera 193, a unos diez kilómetros al oeste de la ciudad, la Carretera 2 es un camino de cuatro vías.

Bryan Hall Jackson es un militar retirado muy agradable, a quien nada le gusta más que planificar cosas lindas para los héroes y otros hombres bien conocidos. Él decidió que los diez kilómetros de la Carretera 2 entre la Ruta 27 y la Carretera 193 lleven el nombre de "Carretera Medalla de Honor Desmond T. Doss".

El 10 de julio de 1990, esta sección de la carretera fue dedicada a Desmond.

Bajo la dirección de Bryan Hall Jackson, David Carroll, de la estación WRCB-TV, de Chattanooga, fue el maestro de ceremonias; y el gobernador de Georgia, Joe Frank Harris, fue el orador principal.

Después de la ceremonia de dedicación, Desmond cortó la cinta, y luego él y Dorothy anduvieron por la carretera de un extremo al otro. Desmond sintió que era un gran honor que una carretera llevara su nombre; además, era la primera vez que una carretera en Georgia llevaba el nombre de alguien que había recibido una Medalla de Honor.

Dios ha bendecido a Desmond tantas veces y de tantas maneras, que él no puede menos que estar sumamente agradecido.

CAPÍTULO 18



TRAGEDIA

Era el año 1982.

–Cariño, hoy encontré un bulto en mi seno –le escribió Dorothy a Desmond una noche–. ¿Te parece que podría ser cáncer? Estoy preocupada.

–Seguramente, espero que no sea cáncer, querida –respondió Desmond–. Pero, la única manera de estar seguros es que vayas al médico.

Dorothy pidió un turno con el médico y pocos días más tarde le dieron los resultados. Era el temido cáncer.

Dorothy fue operada, se recuperó bien, y volvió a ejercer enfermería.

Poco después de esto, la madre de Desmond también recibió un diagnóstico de cáncer, y mamá Schutte también tuvo el mismo diagnóstico.

–Parece ser una epidemia en nuestra familia –dijo Dorothy–. ¡Qué epidemia terrible!

Mamá Doss no tenía a nadie que la atendiera; así que, Desmond decidió ir a Lynchburg a cuidar de ella. No le gustaba dejar a Dorothy, pero corría el año 1983 y ella ya estaba a punto de fallecer, por lo que lo animó a ir.

Desmond pasó seis meses en Lynchburg. Durante ese tiempo, nunca volvió a su casa, pero Dorothy fue a Lynchburg algunas veces, para verlos a él y a mamá Doss. Al final de los seis

meses, mamá Doss falleció. Más o menos al mismo tiempo, también falleció mamá Schutte.

En 1990 Dorothy empezó a sentir síntomas extraños. ¿Era el cáncer? Otra vez, las esperanzas de Desmond y de Dorothy se desvanecieron. El cáncer se había extendido por metástasis.

El año siguiente fue muy triste en el hogar de los Doss. Dorothy fue muy valiente, y hasta alegre, pero llegó a ser evidente durante el verano y el otoño de 1991 que el cáncer estaba dominando su cuerpo. Peor aún, los médicos no podían prometerle una recuperación completa... En realidad, no podían prometer ninguna recuperación.

-Querida, ¿qué puedo hacer para ayudarte a no sufrir tanto? -le preguntaba Desmond, al ver que ella declinaba y que sufría mucho.

-Los masajes ayudan algo -respondía ella.

Así que, Desmond masajeaba su cuerpo donde le dolía. A veces, eso ayudaba; a veces, no. Ambos comenzaron a darse cuenta de que solo era una cuestión de tiempo, y trataron de no pensar en el futuro. Oraban a Dios pidiendo ayuda y bendiciones.

La noche del 16 de noviembre, Dorothy estaba muy adolorida. Había llegado a ser una rutina que Desmond le hiciera masajes. Pero esa noche no parecía ayudar mucho, y Desmond estaba ¡tan cansado! Sin embargo, no se detuvo; quería ayudar a Dorothy tanto como pudiera, mientras todavía la tenía.

Finalmente, como a las cuatro de la madrugada, Dorothy decidió levantarse y darse un baño caliente; tal vez, eso la relajaría. Desmond estaba tan cansado, que se volvió a dormir tan pronto como ella salió de la cama. Cuando ella volvió a acostarse, se sentía mejor y más relajada, y se durmió.

El pequeño despertador vibrante de Desmond, preparado para personas sordas, marcó las siete de la mañana. Apenas podía levantarse de la cama, pero sabía que tenía que llevar a Dorothy al hospital a las ocho y media, para uno de los tratamientos diarios que recibía. Se preparó, y despertó a Dorothy.

-Querida, no me gusta tener que despertarte, pero tenemos que ir, si queremos llegar al hospital a tiempo. ¿Qué quieres ponerte? -dijo Desmond.

-Solo dame el tapado. Mi vestido está aquí -respondió ella.

Entraron en su Cadillac rojo, el mejor automóvil que Desmond alguna vez haya tenido. Dorothy sentía que era un vehículo seguro, comparado con otros más pequeños.

Como siempre, inclinaron las cabezas para orar antes de salir. "Querido Padre, sé con nosotros esta mañana, mientras viajamos al hospital. Tú sabes que son momentos tristes para nosotros. Quédate con Dorothy. Dale consuelo y fortaleza. Lo pedimos en tu nombre. Amén", oró Desmond.

Con eso, salieron a la carretera. A unos tres kilómetros, estaba el Nickjack Road, camino que tomarían para bajar de Lookout Mountain al valle. No lejos de la esquina, había una curva bien suave, y entre la curva y el Nickjack Road había una caída de tres a cuatro metros a la derecha del camino.

Desmond no iba muy rápido, pero él sabía que Dorothy estaba algo nerviosa, así que, tocó suavemente el freno para disminuir un poco más la velocidad. ¡Lo que sucedió después es increíble! El Cadillac rojo se salió de control. Patinó por el camino y cambió de dirección, y se dio vuelta por el pequeño barranco. Aterrizó del lado del acompañante, y la cabeza de Dorothy quedó aplastada entre el techo y el asiento. ¡Dorothy estaba muerta!

El automóvil se detuvo finalmente en posición normal junto a un poste de teléfono, y la puerta del lado del conductor no se podía abrir por el poste. Desmond no creía estar herido, pero tenía que salir y conseguir ayuda. En ese momento, el vehículo se movió un poco, apenas lo suficiente como para que él pudiera abrir la puerta. Había visto la muerte muchas veces durante la guerra, y por eso sabía que Dorothy había fallecido.

-Señora -dijo a la persona que contestó el llamado a la puerta en una casa cercana-, hemos tenido un accidente. ¿Podría hacerme el favor de llamar al 911 por mí? Soy sordo.

La señora, bajita, estaba tan nerviosa que sentía que no podría llamar, así que, Desmond llamó al 911, y pidió al equipo de rescate que viniera con elementos para cortar la carrocería, pues su esposa estaba atrapada en el automóvil. Por lo menos, él sabía que lo podían oír... aun cuando él no podía oírlos a ellos.

La señora aceptó llamar a Thomas, que había ido a la casa

desde Hawaii para estar con su madre. La policía y el equipo de rescate llegaron pronto, pero como Dorothy estaba muerta, no podían hacer nada hasta que llegara el médico forense. Las siguientes dos horas estuvieron cargadas con mucha tristeza y emoción. Finalmente, todo había terminado. Y Desmond estaba sin Dorothy.

El día del funeral, parecía que el cielo simpatizaba con los deudos. Llovía y llovía. A pesar de la lluvia, muchos concurren al funeral. Todos amaban a Dorothy. Cuando la procesión llegó al Cementerio Nacional, donde enterraron a Dorothy, Desmond, desde su lugar al frente de la procesión, miró hacia atrás desde la cumbre de la colina, y vio automóvil tras automóvil acompañándolos al lugar del servicio junto a la tumba.

Ahora, Desmond estaba en casa con su dolor y su confusión. Por causa de la sordera, Dorothy había atendido muchas cosas, y Desmond no tenía idea de dónde estaban las cosas. Eso fue duro; pero era peor lo mucho que extrañaba a Dorothy.

Los meses siguientes fueron muy difíciles para Desmond. Se sentía solo. Sus amigos de la iglesia y del museo de la Medalla de Honor en Chattanooga, así como también otros, fueron muy bondadosos con él, pero igual se sentía muy desolado.

Perder a Dorothy habría sido difícil en cualquier circunstancia; sin embargo, con su problema de audición, la soledad le pesaba aún más. A veces, se le cruzaba por la mente que, quizás, algún día podría volver a casarse, pero su amor y respeto por Dorothy, y su recuerdo, lo llevaron a decidir no hacer nada hasta que hubiesen pasado por lo menos dos años. Además, ¿quién querría casarse con un sordo?

Cada tanto, surgían en su mente estos y otros pensamientos, mientras continuaba con su día a día.

CAPÍTULO 19



FELICIDAD OTRA VEZ

Había pasado un año desde el accidente en el que había muerto Dorothy. Desmond comenzó a sentir que necesitaba otra compañera, especialmente cuando un amigo le recordó que Dorothy no habría querido que él siguiera viviendo en la soledad en la que se encontraba.

Un día, después del almuerzo de compañerismo en la iglesia, estaba hablando con el pastor y su esposa, cuando surgió el tema de casarse de nuevo. Sonriendo, Desmond dijo:

–Necesito a alguien que pueda preparar una comida decente. He descubierto que no sé cómo cocinar: una lata de arvejas un día, una lata de porotos el siguiente, y si me pongo realmente ambicioso, un par de papas con algo de sal. Me gustan las salsas, pero no sé cómo hacer una. Además, sería bueno que pudiese ayudarme a mantener la casa en forma decente; aunque, en realidad, ¡cualquier forma de atender una casa sería mejor que la manera en que lo hago yo! –Desmond hizo una pausa–. Pero, lo peor de todo es que, por causa de mi sordera, necesito alguien que pueda escribirme los sermones que no puedo escuchar. Oh, sí, y alguien que me pueda ayudar con todo el correo que me llega.

Con una sonrisa de picardía, la esposa del pastor respondió:

–Desmond, uno no sale a buscar una esposa como quien busca comprar un auto.

Todos se rieron, pero Desmond se dio cuenta de que, por causa de su sordera, tenía necesidades que no toda mujer podría, o querría, atender.



En Wildwood, a unos 35 kilómetros bajando Lookout Mountain, el Centro de Salud, una institución de sostén propio, estaba realizando un seminario médico. Los visitantes de otras instituciones contaban buenas historias de cómo Dios los conducía cuando llegaban al seminario.

El sábado de tarde, Desmond fue a Wildwood. Él no podía escuchar bien las historias, pero se anunció que, después de la reunión, los que desearan podrían participar de una caminata con Earl Qualls, quien sabía mucho sobre la naturaleza. Desmond decidió que iría.

Mientras caminaban por el sendero, Desmond vio a una dama que le pareció familiar... ¿Podría ser Sue Westcott? Él y Sue se habían conocido antes de la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué estaba haciendo en Wildwood?

Sí, era Sue, y tuvieron momentos muy agradables al volver a conversar. Ella le contó que su esposo había fallecido poco antes, y Desmond supuso que estaba en Wildwood para recibir ayuda al tratar con su duelo.

-¿Qué haces en Wildwood, Sue? -preguntó cortésmente; aunque creía que ya lo sabía.

-Oh, estoy trabajando aquí como voluntaria. Me gusta Wildwood. Los dirigentes y mis compañeros de trabajo son muy buenos. Todos sentimos que Dios nos trajo aquí desde diferentes direcciones, y es realmente agradable trabajar como un equipo. Siento que este es el lugar donde Dios quiere que esté en este momento -respondió Sue.

Al final de la caminata, Sue le dijo a Desmond:

-Si quieres bajar para asistir a cualquiera de las reuniones en Wildwood, tendré mucho gusto en tratar de escribir para ti lo que los oradores dicen.

¡Qué pensamiento maravilloso! Y Desmond aprovechó esta sugerencia; descubrió que recibía mucho más de los sermones que antes. Sue era una buena secretaria.

Mientras se veían durante las semanas que siguieron, Desmond le contó a Sue de la terrible soledad que había estado sintiendo durante el año anterior.

-Realmente, me casaría otra vez, si pudiera encontrar una compañera que yo sienta que es quien Dios quiere para mí.

Sue comenzó a pensar en las damas que estaban en el Centro de Salud de Wildwood y que pudieran ser adecuadas para Desmond. Ella sabía que había varias viudas... tal vez, alguna de ellas podría ser la apropiada.

Un día, ella decidió llamar a Happy Hollow, como le decían a la casa rodante donde vivían Frances Duman y Dorothy Johnson, dos hermanas que eran viudas. Dot (así llamaban a Dorothy), contestó el teléfono.

-¿Alguna de ustedes estaría interesada en conocer a Desmond Doss? Se siente muy solo...

Sue y Dot hablaron algo más. Frances estaba en su habitación, pero alcanzaba a escuchar la parte de la conversación de su lado.

Cuando Dot colgó el teléfono, dijo:

-Fran, Sue se estaba preguntando si alguna de nosotras estaría interesada en conocer a Desmond Doss.

-Bueno, yo sí lo estoy -observó Fran, un poco tímida.

Frances se acordó de que, cuando se estaba realizando el seminario médico, una noche después de la reunión, ella quería saludar a Bill Dull, un amigo de ella que había venido de Living Springs, Nueva York. Como otros estaban hablando con él, se quedó en el vestíbulo de la capilla, y allí cerca estaba Desmond Doss, también esperando. Un poco más tarde, Desmond y Bill se saludaron, se dieron un buen abrazo y conversaron brevemente antes de que Desmond se retirara. *Desearía conocer a este hombre*, pensó Fran repentinamente, mientras observaba. Tal vez ahora, por medio de Sue, su deseo podría cumplirse.

Ocurrió que unos días después de esa llamada telefónica, el sábado, Sue y Fran visitaron la iglesia de Lookout Mountain. Después del almuerzo de compañerismo, Desmond llevó a Sue y Frances a visitar a Margaret Miller, un miembro de la iglesia que había sufrido un accidente cardiovascular. Luego volvieron a la iglesia, y Desmond y Sue conversaban en la camioneta que Desmond usaba (su automóvil estaba en el mecánico). Mientras, Fran caminaba por los alrededores.

Pronto, llegó la hora en que ambas debían regresar. Desmond, siempre caballeroso, fue al otro lado de la camioneta para abrirle la puerta a Sue. Antes de salir, ella se inclinó y le preguntó en voz baja:

-¿Qué te parece ella?

De repente, Desmond se dio cuenta de que Sue había esperado que él notara a Frances... y él no lo había hecho.

Fran era la directora de la Escuela Sabática en la iglesia adventista de New England, en el valle, cerca de Trenton. Unas tres semanas más tarde, decidió que sería bueno invitar a Desmond para que contara sus experiencias, como ella sabía que él hacía cada tanto. Como él era sordo y ella no podía llamarlo por teléfono, fue hasta la casa de él en su tarde libre, pero no había nadie, así que, le dejó una nota. "¿Podría venir el próximo sábado a la iglesia de New England, para contar sus experiencias en la Escuela Sabática?"

Él la llamó para decirle que iría... pues él podía hablar por teléfono, pero no podía oír nada. Finalmente, se hicieron los arreglos.

El viernes de noche comenzó a nevar, una de esas tormentas raras e inesperadas en el sur. El sábado de mañana había entre 25 y 30 centímetros de nieve sobre el suelo, y la nevada continuaba. Ese día nadie fue a ninguna parte: Desmond se quedó aislado en Lookout Mountain, y Fran y Dot en su casa rodante en Wildwood. Desmond llamó para decirle que él no podría ir, y Fran trató de explicarle que ella tampoco podría hacerlo, pero se dio cuenta de que tal vez él no podría escucharla.

Entonces, más tarde, Fran le mandó una nota: "Lamento lo de la nieve. ¿Podría venir la próxima vez que me toque dirigir la Escuela Sabática? Eso será el segundo sábado de abril. Tendremos un almuerzo de compañerismo, y nos gustaría que pudiera quedarse, si lo desea. Y hasta trataré de escribirle el sermón, si usted cree que pueda ir". (Desmond dice ahora que ella se metió en problemas ese día: se ofreció a hacer justamente lo que él necesitaba... Fran no está de acuerdo en que haya sido un problema.)

Fran era la directora solo una vez por mes. Siendo que Dot era la directora general, ella le preguntó a Fran si alguna otra persona podría invitar a Desmond en su programa de Escuela Sabática.

-¡No, él es mío! -respondió Fran.

Desmond respondió a Fran con otra nota: "Sí, estaré contento de ir en abril. Después del almuerzo, ¿podríamos salir a caminar, para conocernos mejor? Y gracias por ofrecerse a escribir para mí, estoy seguro de que lo puede hacer muy bien".

Lo que Desmond no dijo a Fran hasta mucho más tarde es que, en ese momento, él no estaba seguro de poder reconocerla cuando la viera: ¡eso mostraba cuánto la había observado cuando estuvo en la iglesia de Lookout Mountain! Pero, al final, Desmond sí la recordó cuando la vio en la iglesia de New England.



Desmond tenía varios amigos en Wildwood y se aseguró de hablar con varios de ellos. Su pregunta era: "Conoces, por supuesto, a Frances Duman. ¿Qué clase de persona es ella?"

Las respuestas de los amigos eran más que satisfactorias. Él también sabía que ella tenía planes de jubilarse pronto y mudarse a Carolina del Norte, donde vivía su hijo. Desmond pensaba para sus adentros: *No puedo permitir que se mude a Carolina del Norte. Podría perderla. Tengo que "juntar heno mientras brilla el sol"*.



Fran recuerda un sábado en que Desmond le pidió que visitara la iglesia de Lookout Mountain y estaban gozando del almuerzo de compañerismo. Don Chace, cuyos suegros eran vecinos de Fran en Wildwood, le comentó a Desmond: "Ella es una muy buena dama".

Desmond le respondió, pero Fran no escuchó lo que dijo, así que le preguntó a Don:

-¿Qué dijo?

-Se preguntaba quiénes más se dieron cuenta -respondió Don.



-¿Por qué no baja y viene a la reunión de oración conmigo?
-sugirió Fran.

-Muy bien, iré -aceptó Desmond.

Fran y Dot fueron a la iglesia de New England a la reunión de oración, pero Desmond no estaba. ¿Por dónde andaría? Cuando terminó la reunión, se quedaron esperando algunos minutos más, pero Desmond todavía no había llegado.

-¿Te parece que él entendió que se encontrarían en la reunión de oración de Wildwood? -sugirió Dot.

-No lo creo -ella pensó un momento-. Ahora que lo pienso, podría ser. Realmente no especificamos el lugar.

Así que, volvieron a Wildwood. La capilla estaba a oscuras, por lo que volvieron a su casa. Desmond estaba allí, casi listo para irse. Había ido a la reunión de oración de Wildwood.

Mucho más tarde, mientras hablaban acerca de esta confusión, decidieron que Dios seguramente había tenido algo que ver en eso. En Wildwood, Desmond se encontró con el Dr. Bernell y la Dra. Marjorie Baldwin, quienes eran amigos tanto de él como de Fran. Desmond aprovechó para hablar con ellos sobre algo que no habría mencionado si hubiesen estado juntos: les preguntó qué pensaban del romance que estaba creciendo entre él y Fran. Ellos le dieron buenos consejos y su bendición.

Antes de que Desmond partiera de Wildwood esa noche, pasó unos momentos conversando con Fran.

-Todavía no te he pedido que te cases conmigo -observó Desmond.

-No, no los has hecho -respondió Frances, sonriendo.

-Tengo planes de hacerlo el viernes -dijo él.

Frances sabía que el viernes era el desfile del Día de las Fuerzas Armadas, en Chattanooga.

El 14 de mayo de 1993, Desmond recogió a Frances en Wildwood. Vestido en pantalón azul marino y chaleco rojo, se veía muy atractivo; al igual que ella, que llevaba un saco rojo y una falda azul oscuro. Y ambos tenían alegres sonrisas en el rostro.

El desfile no comenzaba hasta la una de la tarde, después de un almuerzo. *Son solo las nueve de la mañana. ¿Qué sucederá ahora?*, se preguntaba Fran. Desmond fue con el vehículo al Cementerio Nacional en Chattanooga, y hasta la cumbre de la colina donde se había plantado el árbol de la Medalla de

Honor. La tumba de Dorothy estaba cerca de allá. La pareja recorrió un poco el lugar, y entonces...

-Frances, ¿quieres ser mi esposa? -preguntó Desmond, mientras la atraía hacia sí.

-Sí, quiero -respondió ella, y se abrazaron.

Se sentían de maravillas estando oficialmente comprometidos. Tenían algo especial por lo cual agradecer a Dios ese día, y oraron juntos antes de volver para ver el desfile.

-Es maravilloso estar en el desfile contigo, querido -dijo Frances-. Es la primera vez que he estado en un desfile. Supongo que tú has estado en muchos... -preguntó, y él asintió.

Un cementerio era un lugar más bien extraño para hacer una propuesta de matrimonio. Sin embargo, Fran pensó en ello y decidió que Desmond, probablemente, sentía que terminaba una etapa de su vida y comenzaba una nueva... y que el cementerio sería un buen lugar para comenzar esa nueva etapa.

Más tarde, supo que eso mismo era lo que él había pensado.



Desmond y Frances miraban un calendario de 1993. ¿Qué fecha podrían fijar para la boda?

-Querida mía -dijo Desmond-, tengo que hablar en una iglesia bautista en Tiftonia el 4 de julio, y tengo que ir a un desfile en Douglasville el 5 de julio. ¿Por qué no nos casamos antes, de modo que puedas venir conmigo? La gente siempre quiere que vaya a diferentes lugares y ahora me gustaría no ir solo.

-Dot será mi madrina, y yo quiero que Mary, otra hermana, sea mi dama de honor. Pero Mary y Al van al Estado de Washington en junio para ver a su hijo, y no estarán de regreso hasta cerca de fines de junio. ¿Qué te parece si nos casamos el jueves 1º de julio? A las seis de la tarde, probablemente, sea una buena hora -sugirió Frances.

-Creo que sería bueno -respondió Desmond-. Siendo que trabajas en Wildwood, ¿te parece que te permitirían tener la boda en la capilla de allí? La iglesia de Lookout Mountain no sería suficientemente grande. Me parece que estamos de acuerdo en que queremos la boda en una iglesia.

-Sí, estamos de acuerdo en eso. Estoy segura de que podremos hacerla en Wildwood. Tengamos una boda sencilla, pero invitemos a todos los que viven en la zona, poniendo la información en los boletines de las iglesias.

Cuando el grupo estaba ensayando la ceremonia de bodas, el pastor Boykin pidió a Desmond que, para practicar, respondiera la pregunta "¿Tomas esta mujer...?"

-¡Claro que sí! -respondió Desmond, para deleite de todos.

El pastor Boykin le sugirió que sería mejor si contestara solamente: "Sí, quiero".

Desmond y Frances se sorprendieron gratamente porque unas trescientas personas asistieran a la boda. "Debe ser que querían ver a una pareja de ancianos casarse", le dijo más tarde a Desmond, riéndose.

Dot fue la madrina de honor, como lo habían planificado, pero Mary se quebró ambas muñecas en una caída y Al tuvo que someterse a una cirugía, de modo que no pudieron asistir. Fran pidió a su nuera, Tracy, que ocupara su lugar. El amigo del novio fue Bob Jensen, su cuñado, y su padrino, el Dr. Bernell Baldwin. La niña con las flores y el niño que llevó la Biblia fueron Heidi y Pasul Hogfeldt, hijos de un compañero de trabajo de Fran en la oficina de Contabilidad. El pastor Bill Boykin realizó la ceremonia. Loretta Wilson se aseguró de que toda la procesión hiciera lo que debía en el momento en que debía, y Sue estuvo allí para recordarle a Fran, cuando estaba a punto de entrar: "Sonríe. Este es un día feliz".

Parada a la entrada de la capilla y esperando la señal para avanzar por el pasillo, Frances miró hacia la plataforma, donde Desmond ya estaba en su lugar. ¡Qué emoción, casarse con Desmond! Más tarde, le preguntó qué estaba pensando él en ese momento. "Solo me preguntaba si podría hacer bien todas las cosas"; y las había hecho bien.

Margaret ofreció música hermosa en su violín; Lorraine, una amiga de Fran de Florida, cantó "Because"; y un trío de Dona, Anita y Roby Ann cantaron un himno escrito por Warren Wilson: "Jesús y tú y yo".

No fue fácil encontrar un lugar lo suficientemente grande para tener la recepción, de modo que Frances decidió que se-

ría al aire libre, cerca de la capilla de Wildwood. El jueves de mañana era difícil de saber si más tarde llovería. Alguien sugirió que podrían tener la recepción en el nuevo edificio de una tienda. La habían terminado, pero todavía no tenía estanterías y los muebles. Además, tenía aire acondicionado, y la tarde estaba resultando calurosa y húmeda. Jeannette Atwood, la gerente, dio su consentimiento con gusto, y Diane McInnis y sus ayudantes se ocuparon de los arreglos. Laurel Rudnick preparó y decoró un hermoso pastel de frutas de cinco pisos. Cuando llegó el momento de cortar la torta, Desmond recuerda que, cuando empezó a serrucharla, se comenzó a mover de lado a lado y alcanzó a detener sus movimientos a tiempo para evitar un desastre. Con todo, fue una recepción muy agradable.

Después del casamiento, la pareja pasó los primeros tres días en un hermoso hotel para recién casados: su propio hogar en Lookout Mountain. Estaba bien lejos de la carretera, y era tranquilo y con mucha paz. ¡Qué lugar podría haber sido mejor!

El domingo y el lunes cumplieron con los compromisos que tenía Desmond. Luego, estaban solos otra vez. Pasaron luego unos días en Helen, Georgia, un delicado pueblo de estilo europeo. Allí, Fran realizó una tontería: sacó 24 fotos, sin haber puesto el rollo de película en la cámara. Lo insólito es que, tres años más tarde, le sucedió lo mismo cuando pasaron su tercer aniversario en el mismo lugar. El siguiente fin de semana de su luna de miel, fueron a Carolina del Norte, donde vivían los hijos de Fran (ahora hijos de ambos): Mike; su esposa, Tracy; y sus dos muchachos, Christopher y Jonathan.

Al pensar en el noviazgo y el casamiento, y en el modo en que Dios los había reunido, a Fran y a Desmond les pareció que todo era como un sueño; quizás un milagro. Los años fueron bondadosos con los Doss, y ellos agradecen a Dios cada día por la felicidad que les brindó.



Aun cuando habían pasado más de cincuenta años desde que Desmond recibió la Medalla de Honor, todavía recibía frecuentes invitaciones para firmar autógrafos, y hablar en

iglesias, escuelas y otras reuniones. Él está muy agradecido por todo lo que puede hacer para animar a otros en su trayectoria de vida con Dios.

CAPÍTULO 20



OTRA VEZ EN OKINAWA

En marzo de 1995, Desmond recibió una carta de John Mandeville, jefe del Ejército de los Estados Unidos en Okinawa, invitando a los veteranos de Okinawa a volver a la isla para celebrar el quincuagésimo aniversario de la victoria sobre Japón en la Segunda Guerra Mundial. La celebración también conmemoraría cincuenta años de paz y de amistad entre los dos países.

Desmond respondió a la carta y mencionó que él tenía la Medalla de Honor. Tan pronto como Mandeville supo eso, Desmond y Frances comenzaron a recibir llamadas telefónicas de Okinawa. El ejército quería que estuviera allí para la celebración, especialmente porque había recibido la Medalla de Honor por lo que había hecho en Okinawa.

El ejército acordó pagar los gastos de viaje de Desmond; y como, por causa de su sordera, no podría ir sin Frances, el ejército también dispuso pagarle los gastos a ella.

Dennis Johnson, un misionero que era terapeuta de inhalación en el Hospital Adventista de Hong Kong, era amigo de los Doss. Había estado en casa de ellos el verano anterior, y Fran le había dicho: "Cuando estés en Hong Kong, iremos a verte". Todos rieron, porque sabían que era imposible que ocurriera.

Pero ahora Fran dijo: "Tenemos que ir a Hong Kong a ver a Dennis". Entonces, antes de ir a Okinawa, pasaron por Hong Kong. Dennis y Hazel, su prometida (se casaron en junio de ese año), les mostraron el lugar mientras estuvieron de visita.

Tomaron el ómnibus para ir al lugar más alto de Hong Kong y gozar de la vista desde allí. Otro día fueron al mercado chino, una excursión muy interesante. El sábado asistieron todos a la iglesia y se reunieron en la capilla del Hospital. Por la tarde, Desmond habló a los creyentes adventistas filipinos. Después, todos querían fotos, así que, Desmond y Frances estuvieron en el centro de diversos grupos que se turnaban para sacar fotos.

El domingo, Desmond y Frances volaron a Okinawa. John Mandeville y su esposa estuvieron allí para recibirlos, como también Bryan y Mischelle Canter. John Mandeville sabía que Desmond y Frances eran adventistas del séptimo día, y atentamente les había asignado al capitán Bryan Canter, un adventista también, para que fuera su escolta durante su visita a Okinawa.

–Hemos arreglado para que ustedes se queden en la Base Kadeena de la Fuerza Aérea. ¿Les gustaría ver la iglesia adventista de camino? –preguntó Bryan.

–Sí, por supuesto –concordaron ambos.

Así que, vieron la Iglesia Adventista Internacional en la primera tarde en Okinawa. Desmond la recordaba. Había estado en Okinawa durante la Segunda Guerra Mundial, por supuesto, pero también había estado allá en 1969. En ese momento, la iglesia acababa de terminar un edificio para el centro de atención a los soldados junto a la iglesia misma.

–¿Sabe usted, Bryan –preguntó Desmond–, que fui el primero que durmió en ese centro? Yo estuve allí en 1969, cuando se dedicó el centro. Pregunté si podía dormir allí la primera noche, y me lo permitieron.

–Tendremos que ir a ciertos eventos mientras estén aquí, en Okinawa. Pero, en otros momentos, podemos ir por nuestra cuenta a cualquier lugar que deseen ver. Estoy a su servicio –dijo Bryan, más tarde.

Un día, fueron a un lugar donde había una pared, semejante a la que hay en Washington, D. C., en donde están registrados los nombres de los que murieron allí. Otro día, vivieron una aventura cuando fueron a Le Shima, donde Ernie Pyle, el famoso corresponsal de guerra, fue matado. Esta vez, Mischelle también fue con ellos. El plan era tomar un ferri y recorrer la isla junto con un grupo. Fueron con el automóvil hasta el lugar donde se

suponía que estaría el ferri, ¡y no lo encontraron! La mayoría de los habitantes de esa parte de Okinawa no saben inglés, de modo que Bryan tuvo que buscar a alguien que pudiera decirles cómo llegar al ferri. Finalmente, encontró a alguien que le explicó cómo llegar, y fueron hasta esa parte del puerto... solo para ver cómo el ferri ya estaba navegando en el océano.

Pobre Bryan. Se sintió muy mal. Pero supieron que una hora más tarde saldría otro ferri, así que, pudieron viajar en ese y llegar a Le Shima. Pero ¿ahora qué?

Otra vez Bryan fue a averiguar. Mientras tanto, un soldado se acercó a los demás.

-¿A dónde quieren ir? -les preguntó.

-Esperábamos poder ir a la ceremonia en el monumento Erny Pyle, pero perdimos el ferri. Ahora queremos ver el monumento, aunque sea tarde -respondieron.

-Yo los llevo en mi van del ejército -ofreció.

De ese modo, pudieron llegar a ese monumento interesante y tomar algunas fotos, y volver a tiempo para tomar el ferri de regreso a Okinawa con todo el resto del grupo.

Otro día fue muy interesante y agradable. Iban a ir a Zamami Shima, otra isla, ¡en helicóptero! Llegaron al lugar donde debían subir al helicóptero, se registraron, y les dieron salvavidas (pues habían de volar sobre el océano), y audífonos para escuchar instrucciones.

Esto les gustó, especialmente a Fran, que volaba en helicóptero por primera vez. En la isla, se realizó una ceremonia japonesa-estadounidense para inaugurar un monumento, y luego fueron cerro arriba, desde donde podían ver el océano y la aldea de Zamami.

Mientras comían una vianda provista por el ejército, Desmond descubrió que su pequeño micrófono que lo ayudaba a escuchar a poca distancia había desaparecido. Bryan y un amigo fueron para ver si podían encontrarlo, mientras Desmond y Frances caminaban por la playa y oraban para recuperarlo. Cuando Bryan volvió, ¡tenía el micrófono! El piloto del helicóptero lo había encontrado cerca del helicóptero, pero no sabía a quién pertenecía. Fran y Desmond recordaron dar gracias a Dios.

Bryan también los llevó al museo de la Batalla de Okinawa, tres salones con recuerdos coleccionados por Dave Davenport. Cuando Bryan presentó a Desmond, el rostro de Dave se iluminó. "Yo he llevado gente para que suba el barranco muchas veces, y siempre les cuento la historia de Desmond Doss. ¡Estoy tan emocionado de tenerlo a usted aquí!", expresó.

Después de un día de recorridas, Desmond, Frances, Bryan y Mischelle volvieron al hogar de los Canter para una agradable cena. Mischelle había invitado a varias familias de la iglesia a comer con ellos y para que conocieran a Desmond. Ellos lo gozaron inmensamente.

El viernes de tardecita, Mischelle invitó al anciano de la iglesia, el señor Rice, y a su familia. Su hija tenía trece o catorce años de edad, y tenía un cabello negro, sedoso y brillante, que le llegaba más abajo de la cintura.

-Nunca te cortes el cabello -le dijo Desmond-. Es tan hermoso. Yo solía hacerle trenzas a mi madre. Ella tenía cabello largo, pero no tanto como el tuyo

Entonces, tomó su cabello en las manos y comenzó a trenzarlo en forma bien suelta. Cuando lo soltó, el cabello volvió a su condición original, lacio, largo y brillante. Al día siguiente, ella le dijo a una amiga: "Desmond Doss me hizo una trenza anoche. ¡Nunca más me lavaré el cabello!"

El sábado, Bryan y Mischelle llevaron a Desmond y a Frances a la iglesia. Fue un culto de adoración interesante. Predicó el pastor Dean Horonouchi, que era estadounidense. Contó la historia de Desmond como parte de su sermón. Las damas de la iglesia sirvieron un sabroso almuerzo de compañerismo, y todo el grupo fue muy amable con las visitas.

Desmond y Frances hicieron la fila para servirse y se sentaron en una de las mesas. Pronto, una niñita, de unos cinco o seis años, se sentó junto a Desmond. Fran notó que tenía una porción pequeña de tallarines en su plato de papel y nada más, pero que el pequeño plato para postre estaba repleto con todos los postres que pudo ubicar en él.

Entonces, ella miró a Desmond con ojos de admiración, y le dijo:

-Usted también puede servirse algún postre. Hay muchos allá -y señaló la mesa donde estaba la comida.

No pudieron evitar reírse.

Frente a la iglesia, había un monumento en memoria de los soldados que habían combatido en Okinawa; mencionaba a Desmond por nombre. Una vez, había habido un monumento dedicado a Desmond Doss cerca del acantilado, sin embargo, terminó rodeado de edificios y fue cubierto por la maleza, por lo que se decidió llevarlo hasta la iglesia. Así que, ahora estaba en el patio delantero.

Al final de la semana de celebraciones del quincuagésimo aniversario del final de la guerra, Bryan tenía que volver a trabajar a la base, pero el avión que llevaría a los Doss saldría recién tres días más tarde. Así que, Dean y Kathy Horonouchi, con Andrew y Deanne, llevaron a los Doss a otros hermosos lugares en Okinawa. Uno de sus recuerdos es haber estado sentados todos junto a la mesa, una noche, comiendo... con palitos chinos. Se rieron muchísimo.

Desmond recuerda otro incidente en Okinawa. Le gusta preguntar a la gente: “¿Lo mordió un pez alguna vez?”, y luego explicar: “Los Horonouchi nos llevaron un día al océano. Salimos en un barquito que tenía una parte del fondo hecho con vidrio. El capitán del barquito repartió un tipo de pan para los peces. Me estiré por el costado del barquito con un trozo de ese pan. Dos peces grandes procuraron comerlo. Uno consiguió el pan; el otro, mi dedo”.



Antes de regresar a los Estados Unidos, Desmond y Fran pasaron cuatro días maravillosos en Guam. Desmond había estado allí, con el ejército, en 1944.

Los adventistas de Guam estaban contentos de darles la bienvenida. El sobrino de Frances y su familia, Calvin y Laura Rick, Bonnie y Albert, habían sido misioneros allí por varios años, cuando Calvin era médico en la clínica adventista. Mary (la hermana de Fran) y Al Rick también fueron maestros allí por algún tiempo.

Un lugar en Guam que visitaron fue la Radio Mundial Adventista, que predica el evangelio por radio desde esa parte del mundo. Fue una visita emocionante.



Desmond y Frances hicieron algunos cambios en sus vidas. En lugar de vivir en Lookout Mountain, cerca de Chattanooga, Tennessee, se mudaron a Piedmont, Alabama, donde vivieron cerca de Mike y Tracy Duman. Desde que Desmond quedó casi ciego, no aceptaron compromisos para hablar, sino que se quedaron en casa. Estuvieron muy contentos con el ambiente que los rodeaba, pero esperaron siempre ansiosos la venida de su precioso Señor y Salvador, Jesucristo.



Cuando Desmond Doss miraba hacia atrás, repasando los muchos años de su vida, no pudo menos que recordar -algunas veces con asombro y siempre con gratitud- cómo el gran Dios del universo cuidó de él.

CAPÍTULO 21



CÁNCER

Querida, no me he estado sintiendo bien, y me parece tener problemas al orinar –le confió Desmond a Frances un día, en 1999.

En realidad, él había estado teniendo esos problemas desde hacía algún tiempo.

El hijo de Frances, Michael Duman, es anestesista y trabaja en Rome, Georgia.

–Mami, ¿por qué no traes a Papi aquí, a Rome, para ver al Dr. Formby? Él es urólogo, y muy bueno. Deja que el Dr. Formby vea lo que piensa acerca de ello –sugirió por teléfono, un día.

–Me parece una buena idea... si Desmond está dispuesto a hacerlo –respondió Frances.

Desmond también pensó que era una buena idea. Por lo tanto, salieron de Lookout Mountain (en ese entonces todavía vivían allí) y el 22 de junio estaban en el consultorio del médico.

El médico habló con Desmond. Pensaba que sufría de algunos espasmos, pero necesitaba estar seguro.

–Realmente, necesitaría hacer una biopsia –les dijo.

–¿Cuándo, Dr. Formby? –preguntó Frances.

–Si les viene bien, mañana –respondió él.

Al día siguiente, Desmond y Fran estaba en el departamento de Pacientes Externos del hospital, cuando Mike entró a verlos por un momento.

-Apareció un problema en el análisis de sangre de esta mañana. La hemoglobina está muy baja.

-¿Qué significa eso? -quisieron saber.

-Tendrán que esperar, y ver qué dice el Dr. Formby -respondió él.

Momentos más tarde, llegó el Dr. Formby y repitió la información que había dado Mike.

-Tendremos que darle una transfusión de sangre y posponer la biopsia por unos días. Sería peligroso utilizar anestesia cuando su hemoglobina estaba tan baja, por lo que transfundieron a Desmond tres unidades de sangre y un antibiótico.

Unos pocos días más tarde, hicieron la biopsia. Frances estaba en la sala de espera cuando llamaron su nombre. El Dr. Formby se encontró con ella en el pasillo.

-Señora Doss -le informó-, es cáncer de vejiga. Ahora tenemos que hacer una tomografía computarizada, para comprobar si se ha extendido y hasta dónde.

Pronto se hicieron los arreglos, y Desmond se encontró en otro edificio, acostado sobre una tabla dura, que lo empujaba eléctricamente, para que entrara y saliera de una pequeña zona cerrada de la sala, mientras se tomaban placas de rayos X de su vejiga. La tomografía confirmó el diagnóstico de cáncer de vejiga, pero también mostró que no había metástasis en ningún otro órgano.

Más tarde, Mike dijo a Desmond y Frances:

-El Dr. Formby se sorprendió mucho de encontrar que el cáncer estaba solo en la vejiga porque esa clase de cáncer suele producirse allí como metástasis desde otro órgano.

¿Y ahora qué?

Tanto Desmond como Fran sintieron la necesidad de ofrecer una oración especial por él, y cierto día se detuvieron en la oficina de la Asociación. El grupo que estaba allí se reunió alrededor de Desmond y oraron por su curación. Eso fue una fuente de ánimo para él.

En otra ocasión, se realizó un período de oración en el hogar de Desmond. Él y Fran recordaron lo que dice el libro de Santiago: cuando una persona está enferma, se debe llamar a los ancianos para que oren por ella y que la unjan con aceite; y

afirma que la oración de fe puede salvar al enfermo. Entonces, un día, los pastores John Swafford, Allan Williamson y Les Rilea fueron a la casa de Desmond en Lookout Mountain y siguieron esas instrucciones. Fue una ceremonia emotiva y maravillosa.

Sin embargo, desde el punto de vista médico, el doctor sentía que Desmond debía recibir tratamientos para su cáncer de vejiga. Como Desmond y Fran creen que Dios da a los médicos sabiduría y habilidad para tratar muchas enfermedades, de las cuales una es el cáncer, cada martes durante las seis semanas siguientes, Desmond recibió un tratamiento en el cual se insertó en su vejiga, y se mantuvo allí por un tiempo, una sustancia que eliminaría el cáncer.

Cada vez que Desmond recibía una sesión del tratamiento, los efectos colaterales se hacían cada vez más incómodos. Experimentaba náuseas y no se sentía bien. A veces, le daba fiebre alta y se sentía muy débil.

Y con eso ¡surgió un milagro maravilloso! Este es su desarrollo.



En Oshkosh, Wisconsin, iba a realizarse un gran camporí internacional de Conquistadores, del 10 al 14 de agosto. El pastor John Swafford, líder de los jóvenes adventistas de la Asociación Georgia-Cumberland, es un buen amigo de Desmond y de Frances, y siempre le gusta tener a Desmond en los camporís de Conquistadores.

-Frances, esperamos que tú y Desmond puedan ir al camporí de Oshkosh. Siempre es una inspiración para los jóvenes tener a Desmond allí. ¿Pueden hacer planes de ir? -preguntó John por teléfono.

-No estoy segura, John. Tú sabes que Desmond está haciendo esos tratamientos por el cáncer. Sin duda le gustaría ir, pero tendremos que esperar y ver cómo se siente por esa época. Nos mantenemos en contacto -respondió Frances.

Siendo que Desmond es sordo, siempre era Frances quien hablaba por teléfono.

Una vez, cuando estaba en el consultorio del médico, Desmond dijo:

-Dr. Formby, tenemos esta oportunidad de ir a Wisconsin para un campamento de jóvenes, pero ocurre durante la semana de mi último tratamiento. ¿Estaría bien si tomo ese tratamiento la semana siguiente?

-Sí, podría ser... si está con ánimos de viajar -contestó el Dr. Formby.

Así que, Desmond hizo planes de ir.

El tiempo pasó rápidamente, y pronto llegó la semana anterior al viaje planificado a Wisconsin. La hermana de Fran, Dot Johnson, hizo planes de ir, también; los ayudaba a conducir el automóvil, y aprovechaba para ver a su hijo y a su familia, quienes vivían en Jefferson, no lejos de Oshkosh.

Era un jueves, la semana antes de que se iniciara el camporí el martes siguiente, 10 de agosto.

-Querida, no me siento muy bien. El tratamiento de esta semana realmente me dejó mal -le dijo Desmond a Fran-. Siento que no deberíamos tratar de ir a Wisconsin, por más que quiera. Si fuéramos y me enfermo, no sería muy bueno.

Así que, decidieron que sería mejor quedarse en casa.

Fran sabía lo mucho que Desmond deseaba ir. Siempre gozaba al estar con los Conquistadores, y este, además, era un camporí muy especial. Pero ¿qué otra cosa podían hacer?

Pasó el fin de semana, y el domingo de tarde Desmond se sentía un poco mejor... realmente mucho mejor. Decidió que, tal vez, podrían hacer el viaje conforme lo planeado. Como era demasiado tarde para ir por tierra, aceptaron el ofrecimiento que John Swafford había hecho de que fueran por avión a Wisconsin. Además, Dot se había enterado de que sus hijos tenían planes para estar fuera de casa esa semana, de modo que no tenía un interés especial en viajar.

Así que el lunes de mañana, Frances hizo algunas llamadas telefónicas. Sí, podían volar a Appleton, Wisconsin, el aeropuerto más cercano a Oshkosh. Sin embargo, había un gran problema. Alguien debía esperar a Desmond y a Frances en Appleton, y como no había respuesta por ese lado, Frances no podía alcanzar a John Swafford para pedirle que hiciera los arreglos para esperarlos. Por lo que, una vez más, decidieron que había solo una cosa que podían hacer: quedarse en casa.

-Querida, ya que no vamos a Wisconsin como habíamos planeado, ¿te parece que debería ir a hacer el último tratamiento, aun cuando el médico dijo que eso podía esperar? -le preguntó Desmond a Frances el lunes de noche.

-Sí, creo que deberías hacerlo y terminar con eso -estuvo de acuerdo Fran.

Entonces, al día siguiente, Desmond fue nuevamente al departamento externo, esta vez, para su último tratamiento. Y la primera parte del milagro fue que no se enfermó, como solía ocurrir.

El miércoles, cerca de las nueve de la mañana, sonó el teléfono y Frances lo atendió. Era John Swafford, desde el camporí en Oshkosh. Recién se había enterado, por la oficina en Calhoun, Georgia, de que Desmond no iba a ir al camporí.

-Frances, ¿cómo se siente Desmond? ¿Crees que podría venir al camporí? Realmente queremos que venga. Lo tenemos en el programa para esta noche, y los Conquistadores y yo lo extrañaríamos mucho si no estuviera aquí.

-John, traté de hacer arreglos el lunes para volar ayer, pero no pude conseguir hablar contigo para que alguien nos esperara. Desmond tuvo su último tratamiento ayer, pero le preguntaré y veré qué dice -respondió Frances.

Dejó un momento el teléfono y se acercó a Desmond.

-Cariño, es John al teléfono. Él quiere saber si podríamos volar a Oshkosh hoy, si ellos pueden hacer los arreglos...

-¡SIII!

Fran volvió al teléfono y transmitió el mensaje. Media hora más tarde, John y Fred Fuller estaban otra vez al teléfono.

-Hemos hecho todos los arreglos. Pueden tomar el avión en Chattanooga a las 12:30, cambiar de avión en Cincinnati y llegar a Appleton alrededor de las cinco de la tarde. Fred Fuller los esperará y los traerá al campamento.

Eran las 9:30, y tendrían que estar en el aeropuerto de Chattanooga, a unos 45 minutos de distancia, a las 11:30. ¿Pueden imaginarse lo que pasó entonces en la casa de los Doss durante la siguiente hora y cuarto? A pesar del apuro, a las 12:30 estaban en el avión, y agradecieron a Dios.

Fred Fuller los estaba esperando; los llevó al hotel y luego al campamento, donde había comida en el área de las oficinas.

Para cuando comenzó el programa de la noche, ya estaban esperando detrás de una gran plataforma. ¡Era increíble que estuvieran realmente allí!

Ahora llegaba el momento en que Desmond Doss debía subir a la plataforma. A los 22.000 jovencitos y sus consejeros reunidos esa noche, contaron la historia de cómo Desmond había recibido la Medalla de Honor del Congreso por haber bajado aproximadamente 75 hombres del barranco hasta el puesto sanitario.

Luego, hubo una sorpresa completa y maravillosa para Desmond. En la plataforma, con Desmond y Frances, estaban los líderes John Swafford y Fred Fuller, de la Asociación de Georgia-Cumberland; Allan Williamson, de la Unión Asociación Sur; y Willie Oliver, de la División Norteamericana, junto con otros diversos dirigentes.

-Desmond Doss, usted trabajó con los Conquistadores, pasó tiempo con ellos en camporís, les habló muchas veces y deseó haber sido un Guía Mayor. Esta noche haremos que su sueño se convierta en realidad.

Luego, al colocar a Desmond el pañuelo de Guía Mayor alrededor del cuello, Allan Williamson dijo:

-Ahora, usted es un Guía Mayor. ¡Felicitaciones!

(Más tarde, Desmond descubrió que el pañuelo de Guía Mayor que Allan le entregó pertenecía realmente a Allan mismo, ya que no habían traído ninguno extra para Desmond. Eso hizo que lo apreciara aún más.)

Qué sorpresa alegre para Desmond. Al aceptar ese honor, declaró:

-Este es el mayor honor que he tenido en mi vida. Es aún mejor que una Medalla de Honor.

El sábado siguiente fue el privilegio de Desmond de investir a otras dos personas que llegaban a ser Guías Mayores. Y hasta Frances invistió a una niña. Fueron momentos muy felices.

La Three Angels Broadcasting Network (3ABN), ubicada al sur de Illinois, estaba en el camporí con un equipo de video. Toda la ceremonia de Desmond fue registrada para ser presentada en las estaciones satelitales de la 3ABN, y Desmond guardó una copia de ese video.

El jueves, el viernes y el sábado fueron días maravillosos

para Desmond y Frances. Glenda Patterson, Elizabeth Tucker y Carol Elliott los condujeron de paseo por el campamento en vehículos para golf, y en un automóvil cuando salían del campamento. Desmond habló a grupos de Conquistadores un par de veces, y luego firmó su nuevo libro, *Desmond Doss bajo el cuidado de Dios*. En todo lugar donde iban, los niños y las niñas querían autógrafos, o darle la mano, o hablar con él.

Estuvo en desfiles, u observándolos, mientras los Conquistadores recorrían la calle principal del campamento hasta donde podían observar aviones haciendo acrobacias aéreas. El sábado, él y Frances estuvieron en el desfile en Oshkosh que mostraba los buenos efectos de evitar el alcohol y las drogas.

Y entonces, ocurrió la segunda parte del milagro: después de sus tratamientos, el esquema usual eran náuseas, fiebre y debilidad por varios días. Sin embargo, durante el tiempo en que Desmond se encontraba en el campamento, aun cuando acababa de tener su tratamiento del martes, estuvo notablemente bien. Por momentos, sentía incomodidad en el estómago, pero descubrió que el jugo de tomates lo ayudaba, así que, el personal hizo lo necesario para que tuviera jugo de tomates cuandoquiera que lo deseara. Su apetito fue bueno y gozó con la comida.

El domingo de mañana, el Camporí de Conquistadores de 1999 había concluido, y era tiempo de empacar y volver a casa. Fred Fuller llevó a Desmond y a Frances al aeropuerto de Appleton, y a la tardecita estaban de regreso en Chattanooga, Tennessee. Desmond entró en su automóvil y manejó hasta una estación de servicio cercana, para cargar combustible. Pero como Frances se dio cuenta de que no se sentía del todo bien, se sentó detrás del volante mientras llenaban el tanque y condujo el resto del camino.

Cuando llegaron a casa, Desmond comentó:

-Me siento miserable -y entonces "saltó a la cama", como dijo Frances.

Por dos días, su estómago rehusaba retener alimentos o líquidos, y los siguientes dos días fueron casi igualmente malos. Los siguientes dos días los pasó en el hospital, y realmente no se sintió bien hasta dos semanas más tarde.

Esta es la razón por la que Desmond y Frances dicen que el

camporí de Oshkosh fue un milagro para Desmond. Durante los cuatro días que estuvieron en el campamento, así como durante los viajes de ida y de vuelta, Desmond se sintió bien y comió bien; y se gozó con los jovencitos, autografiando libros, estando en los desfiles y haciendo muchas cosas. Sin embargo, cuando llegó a casa estaba enfermo, y peor de lo que se sentía tras los tratamientos. ¿Por qué se sintió bien, por qué comía bien y no se enfermó en el campamento? Ellos sienten que fue porque Dios hizo un milagro para él.

Por supuesto, los médicos continuaron realizando un seguimiento del cáncer de Desmond. En septiembre de 1999, los resultados de la biopsia fueron negativos. Pero en diciembre fueron positivos otra vez.

Así que, en febrero y marzo de 2000 Desmond tuvo treinta sesiones de radiaciones. En junio, cuando lo controlaron otra vez, los resultados dieron negativo. Pudo estar activo y trabajar más de lo que lo había hecho en mucho tiempo, y no se cansaba tanto como solía.

El día en que Desmond recibió el último informe negativo, estaba tan contento que decidió detenerse en las oficinas de la Asociación de Georgia-Cumberland, en Calhoun. Quería contarle a John y a los demás las buenas noticias. Antes de salir de la oficina ese día, Desmond y Frances –junto con John, su secretaria, Glenda, y otros– se arrodillaron y agradecieron a Dios por su cuidado para con Desmond y por el buen informe médico.

Dios ha cuidado de Desmond, hasta el día en que descansó en Cristo, el 23 de marzo de 2006, y él quiso dar su propio testimonio. A continuación, se presenta ese testimonio.

Mensaje de Desmond Doss

Julio de 2000.

Quiero decir que ser investido como Guía Mayor en el camporí de Oshkosh, Wisconsin, fue el mayor honor de mi vida. Para mí, representa el gran amor que tengo por los jóvenes. Este honor me fue dado ante 22 mil jovencitos en el camporí, y tengo un video del programa que hizo 3ABN.

Ahora, con respecto a mi experiencia con el cáncer.

En junio de 1999 descubrieron que tenía cáncer de vejiga. Una vez estuve tan enfermo y tan débil que no podía pararme ni caminar. Dos veces, cuando fuimos a ver al médico, Frances tuvo que conseguir una silla de ruedas para que pudiera llegar al consultorio. Cuando estaba tan enfermo y débil, y no podía conservar alimentos en el estómago, comencé a preguntarme: ¿Hasta cuándo podré durar?

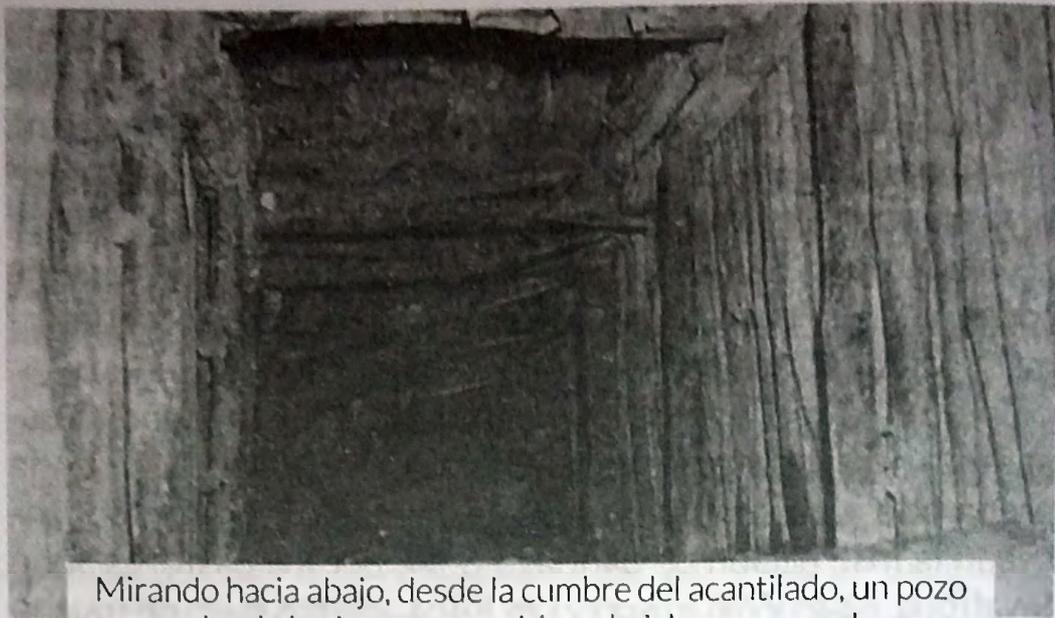
En ese tiempo, estuve muy agradecido por la “bendita esperanza” del pronto retorno de nuestro Señor. Me sentía preparado para dormir en Jesús. Fui ungido y oraron por mí, según la instrucción de Santiago 5:14, por los pastores John Swafford, Allan Williamson y Les Rilea, amigos míos de mucho tiempo. No le pedimos necesariamente a Dios que me sanara. Lo que queríamos era que se hiciera la voluntad de él. Me animó mucho el creer que Dios sabe lo que es mejor. Si era la voluntad de Dios que descansara hasta que el Señor viniera, yo estaba conforme.

Es una bendición saber que, si muero, seré llamado de mi tumba cuando Jesús venga, y tendré un cuerpo perfecto y salud perfecta para servirlo. Además, podré estar con Cristo y mis amados y amigos durante toda la eternidad.

La Biblia nos dice, en 1 Corintios 2:9: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman”. La Biblia también dice, en Juan 14:15: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”. Por cuanto yo amo a Dios y a Cristo con todo mi corazón, siempre he tratado de guardar sus Diez Mandamientos. Los principios de los Mandamientos están incluidos en la Regla de Oro, y siento que recibí la Medalla de Honor del Congreso por el amor que Dios me dio por mis camaradas. Los puse antes de mí mismo. Me gusta ayudar a la gente.

Volvamos al cáncer. La última biopsia mostró que no hay cáncer. Sabiendo que Dios vio mejor sanarme, quiero que él me use para ayudar a otros a amar a Jesús con todo su corazón.

Sinceramente,
Desmond T. Doss



Mirando hacia abajo, desde la cumbre del acantilado, un pozo por donde los japoneses subían y bajaban por escaleras.

Desmond Doss en la cumbre del barranco del Acantilado de Maeda, en Okinawa. En este lugar fue donde Desmond oró por los soldados, y ninguno murió y solo uno resultó herido... por una roca que le lastimó la mano. La soga en la foto fue la que usó para bajar aproximadamente 75 soldados heridos por el barranco al día siguiente.



FOTOGRAFÍAS



Desmond y Dorothy Doss en su día de bodas, 17 de agosto de 1942.



Desmond y Dorothy Doss en el Southern College of Seventh-day Adventists, del 2 al 4 de mayo de 1986. Desmond recibió un título honorario en esa ocasión.



Grado honorario.

DESMOND DOSS >> OBJETOR DE CONCIENCIA



La familia Doss en el 50° aniversario de Thomas y Bertha. De izquierda a derecha están Harold e Hilda Doss, Audrey y Lawson Millner, y Dorothy y Desmond Doss. Los padres están adelante.

FOTOGRAFÍAS



Desmond Doss en el Acantilado Maeda, en 1995. La cumbre del acantilado es ahora un parque japonés de conmemoración. Este es el lugar del acantilado donde Desmond bajó a los soldados.

Desmond dando una de las muchas charlas sobre Okinawa y otras áreas de la Segunda Guerra Mundial. Aquí está demostrando cómo ató el nudo as de guía que usó para bajar a los soldados desde el barranco.



Desmond y Frances Doss viajando en el helicóptero hasta Zamami Shima. Fue un viaje divertido para una pareja feliz.

DESMOND DOSS >> OBJETOR DE CONCIENCIA

Desmond "atando" a John Swafford, líder de jóvenes de la Asociación Georgia-Cumberland de los adventistas del séptimo día, en el camporí de Conquistadores en Cohutta Springs, Georgia, el 18 de abril de 1998.

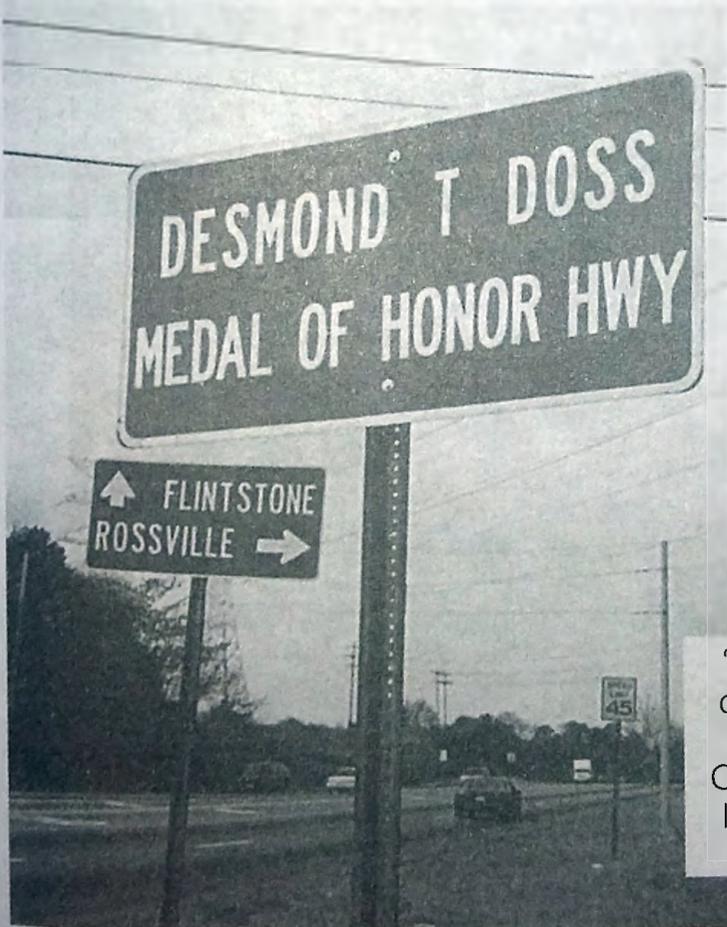


Abajo: Desmond y Frances en uniforme de Conquistadores. Desmond ha contado su historia a miles de jóvenes conquistadores.

FOTOGRAFÍAS



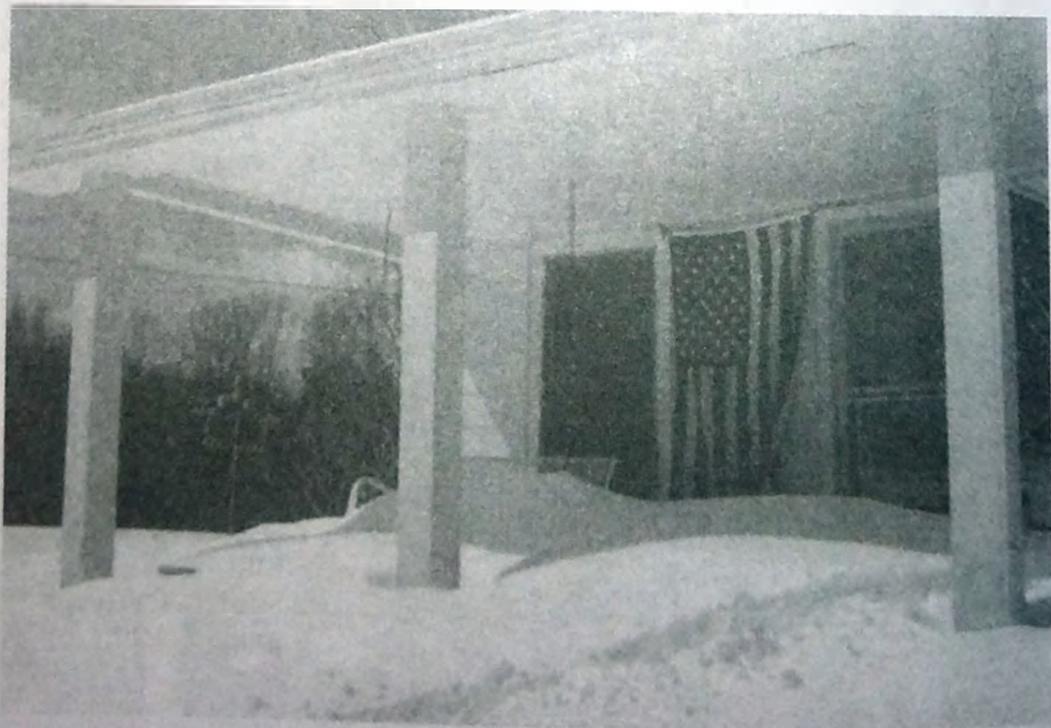
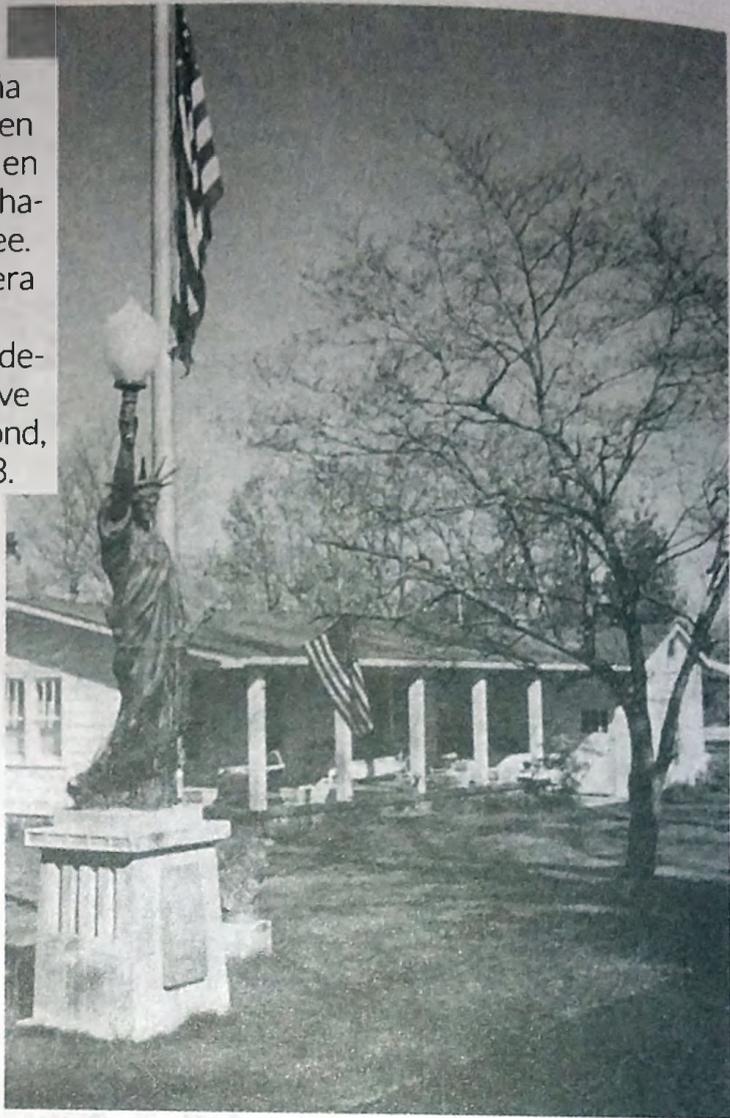
La Iglesia Adventista del Séptimo Día de Lookout Mountain, que Desmond ayudó a construir.



"Carretera Medalla de Honor Desmond T. Doss", en Fort Oglethorpe, Georgia. Inaugurada el 10 de julio de 1990.

DESMOND DOSS >> OBJETOR DE CONCIENCIA

La casa de montaña de Desmond Doss en Lookout Mountain, en Georgia, cerca de Chattanooga, Tennessee. Se destaca la bandera y la Estatua de la Libertad en el patio delantero. Abajo: Nieve en la casa de Desmond, en marzo de 1993.



FOTOGRAFÍAS



Desmond y Frances Doss, en casa en 1997. (Foto del Dr. Jim Coy, usada con permiso.)



Desmond y Frances Doss, 1° de septiembre de 2005.